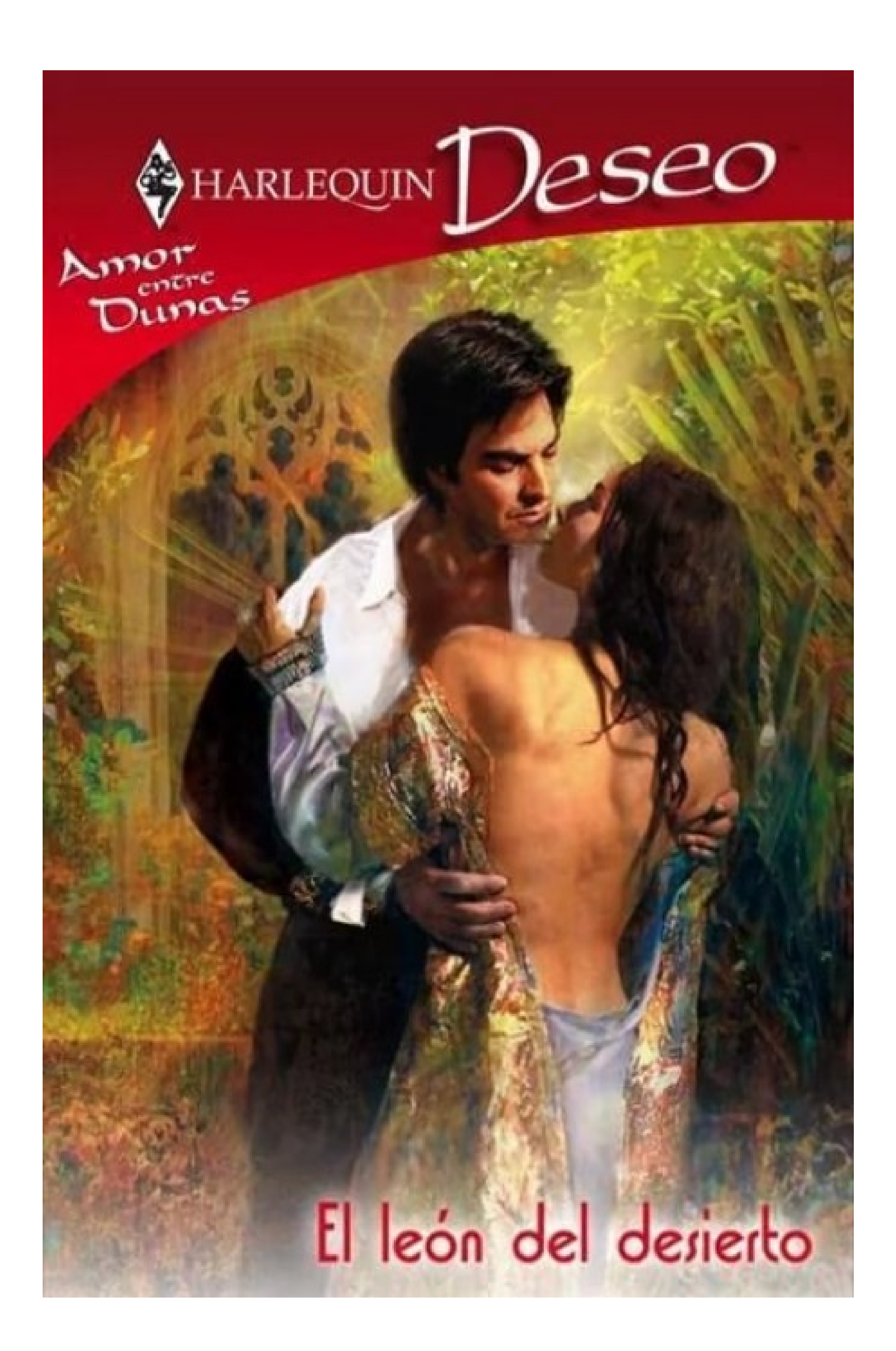

HARLEQUIN
Deseo
Amor entre Dunas
El león del desierto

EL LEÓN DEL DESIERTO

Había algo en el jeque Karim al-Raji que infundía miedo a Diane St. James. Sin embargo, le debía la vida. Y mientras cruzaban el desierto para escapar de sus perseguidores, fue cayendo bajo el embrujo del atractivo Karim.

Él pensaba que aquella era la mujer más hermosa que jamás hubiera conocido y tarde o temprano la haría suya. Pero le había prometido a su padre que se la devolvería sana y salva.

Título Original: *Lion of the desert*
Autor: Faith, Barbara
Editorial: Harlequín Ibérica
Colección: Tentación, n. 396
ISBN: 9788439628248
Generado con: QualityEbook v0.84

Prólogo

¡Que Dios nos proteja…! Un león entre damas es en extremo peligroso, ya que no hay viento más atemorizante que tu león viviente.

C WILLIAM Shakespeare, Sueño de una noche de Verano

CASABLANCA, puerta de entrada al norte de Africa.

Diane St. James se detuvo en el peldaño superior de la escalinata de entrada de la casa de su padre. La noche anterior él le había dicho:

-Asegúrate de que uno de los sirvientes te acompañe cuando vayas de compras. No debes andar sola por las calles.

-¿A las nueve de la mañana? -se había reído y lo había besado en la mejilla-. Estamos en Casablanca. Nada ha ocurrido desde que Bogart salió de la ciudad.

El aire fresco de abril era perfecto para salir a caminar. Se dirigió hacia la avenida arbolada donde hombres con trajes formales y mujeres elegantemente vestidas iban camino a sus trabajos. Casablanca siempre había fascinado a Diane porque era una ciudad de contrastes y misterios, de altos edificios y amplias avenidas en las que circulaban los coches más lujosos junto a carretas de tracción animal y alguno que otro camello.

Esa era una cara de Casablanca. En la otra, en los callejones oscuros, peligrosas cobras de cabeza plana se mecían al arrullo de la flauta y, por un número suficiente de monedas, todo podía ser comprado o vendido.

Pero era Medina la Vieja, un bullicioso centro de artesanos, de comerciantes activos, de espectáculos maravillosos y aromas exóticos, lo que más fascinaba a Diane. Y hacia allí se dirigía esa mañana. Si bien muchos extranjeros temían aventurarse en ese sector de la ciudad sin un

guía, Diane no lo necesitaba.

Las serpenteantes y estrechas calles ya estaban atestadas cuando llegó a Medina. Se detuvo frente a un souk que exhibía caftanes. El vendedor, un anciano de grandes mostachos y barba descuidada, se apresuró a invitarla a pasar a su negocio. Adquirió dos caftanes; uno azul y verde y el otro dorado brillante. Estaba examinando sandalias bordadas con pedrería cuando dos hombres con túnicas entraron en el local. Uno de ellos se situó detrás de ella y el otra se quedó cerca de la puerta.

-También me llevaré las zapatillas -indicó Diane. Al contar el dinero para pagarle, se dio cuenta de que el vendedor miraba nervioso al hombre detrás de ella. "Está ansioso de librarse de mí para continuar con las ventas", pensó. Recogió sus paquetes, pagó y salió de la tienda.

Decidió volver por uno de los callejones menos transitados, más allá de los teñidores de lana y de los vendedores de golosinas. Se detuvo frente a un tejedor de cestos y señaló un cesto para flores. Un movimiento súbito llamó su atención y distinguió a uno de los hombres que entraron en el souk cuando ella compraba los caftanes. Dejó el cesto, agarró bien su bolso y sus compras y se alejó. Escuchó sus pasos siguiéndola.

El callejón se estrechaba. No había nadie a su alrededor. Miró sobre su hombro. El mismo hombre iba unos pasos por detrás de ella. Por primera vez desde que saliera de la casa de su padre, sintió cierto temor. "Estaré bien en cuanto llegue a la calle", se dijo. Sólo le faltaban unos veinte metros. Aceleró el paso.

Tenía delante de sí la estrecha entrada. Se apresuró hacia allí, hacia las multitudes. Ya distinguía la luz brillante del sol. Sólo unos metros…

-¿Madame?

Diane se volvió. El hombre que la seguía la tomó por el brazo y tiró de ella. Diane dejó caer sus paquetes, trató de golpearlo con los codos y hundió el tacón de un zapato en el empeine de su atacante. Este gritó cuando la joven lo golpeó en el rostro con el bolso y cayó de rodillas.

Diane se soltó y corrió hacia la salida. La chica dejó escapar un grito y trató de pasar frente al otro hombre, pero éste la agarró de la cintura, le tapó la boca con una mano y se la llevó de nuevo a la oscuridad del callejón.

Su primer atacante se acercó y le puso algo en la boca, pidiéndole a su compañero que la sostuviera.

Diane se ahogaba. Todavía trató de luchar, pero una horrible

oscuridad la envolvió.

CAPITULO 1

AHMED JURANI colocó una mano sobre el hombro de Justin St. James.

-Trata de calmarte, amigo mío. Sé que es difícil, pero la policía la encontrará. Sólo es cuestión de tiempo.

-¿Tiempo? Diane lleva horas desaparecida. Podría estar en cualquier parte. Podría estar herida. Podría... -Justin sacudió la cabeza sin poder continuar.

-La policía mantiene vigilados el aeropuerto, la estación de ferrocarril, la de autobuses y los muelles. La encontrarán, Justin.

-Dios mío, es casi medianoche, Ahmed. ¿En dónde está? ¿Por qué no hemos sabido nada? ¿Por qué...?

El teléfono sonó. Justin saltó como si lo hubieran golpeado. Fue a contestar, pero uno de los policías marroquíes que estaban en el cuarto de Justin desde esa tarde, gritó:

-¡Espere! -se colocó unos auriculares y ajustó los botones de un aparato sobre el escritorio antes de asentir para que Justin contestara. -¿Sí?

-¿El señor St. James?

-Yo soy.

-Tenemos algo que le pertenece.

-¿En dónde está ella? -gritó Justin-. ¿Qué le han hecho?

-Nada... Todavía.

-¿Qué es lo que quiere?

-Lo queremos fuera de Oriente Medio, señor St. James.

-¡Malditos...!

-Pero estamos dispuestos a negociar. Tratamos de comprarle la Tigris Arabian-American Oil, pero no quiso vender, así que si no podemos tener la compañía, aceptaremos un pago pequeño, digamos unos seis

millones de dólares americanos. Cuando los recibamos, su hija le será devuelta.

-¿En dónde está? -exigió Justin, frenético de terror-. ¿Cómo sabré que la tienen, que no le han hecho daño? Quiero hablar con ella. Quiero…

-Estaremos en contacto con usted.

-¡Espere! -gritó Justin, pero la comunicación ya había sido interrumpida.

-La llamada provenía de una parte de la costa de Argelia -comentó el policía que había intentado localizar la llamada.

-Es Ben Zaidi -declaró Justin, desplomándose sobre la cama-. Tiene que ser él.

-¡Ese excremento de camello! -exclamó Jurani-. ¡Escoria del desierto! Durante meses ha estado atacando nuestros pozos petroleros.

-Tenemos que pagarle -manifestó Justin.

-El dinero no significa nada, amigo mío. Con gusto te ayudaría a pagarlo, pero créeme, eso no garantizará la libertad de tu hija. No cuando se trata de un hombre como Ameen Ben Zaidi.

-¡Pero se trata de mi hija! Maldición, Ahmed. Creía que eras mi amigo…

-Y lo soy -declaró Ahmed-. Pero conozco a Ameen Ben Zaidi mejor que tú y sé de lo que es capaz. Estoy seguro de que una vez que tenga los seis millones, perderás toda la esperanza de volver a ver a Diane con vida. No -murmuró, moviendo la cabeza-, tenemos que enviar a alguien a rescatarla.

-Si intentamos rescatarla, la matará -Justin se puso de pie-. No lo permitiré. No…

-Nosotros no, Justin. Tendremos que enviar a alguien al territorio de Ben Zaidi. Alguien a quien él conozca. Alguien… -tamborileaba con los dedos sobre la mesa-. Karim. Si alguien puede rescatar a Diane, tiene que ser Karim al-Raji.

-El nombre me es conocido, pero no sé de quién se trata.

-El sheik de Rashdani -le informó Ahmed-. Heredó el reino hace tres años, a la muerte de su padre. Es inteligente, duro y, cuando se enfrenta a un enemigo, inclemente. Y puedes estar seguro de que Ben Zaidi es enemigo suyo -Juranii se frotó las manos-. Durante los últimos diez años ha habido paz entre las dos tribus y han pretendido ser amigos, pero esa amistad es superficial. Karim y su familia odian a Ben Zaidi y todo lo que representa.

-Le pagaré -insistió Justin-. Le pagaré lo que quiera.

-Está en París por asuntos de negocios, pero creo que puedo localizarlo. Es nuestra mejor esperanza, Justin. Sinceramente creo que si le pagamos el rescate a Ben Zaidi nunca volveremos a ver a Diane.

-Llámalo -Justin abría y cerraba los puños.

-Comuníquenme con el hotel George V en París -pidió Ahmed al teléfono-. Con el sheik Karim al-Raji.

Karim se cubrió con las sábanas de seda negra y se estiró cuan largo era antes de bostezar. Eran más de las doce. La hermosa Michelle, adorable, divertida e incansable, al fin se había marchado. El momento de dormir había llegado. El momento de dormir solo.

Karim siempre dormía solo. Según sus convicciones, las mujeres eran el mayor regalo de Alá para los hombres, seres consentidos, adorables, amados y bañados con regalos por ellos cuando lograban complacerles, pero también seres que tenían su propio lugar en el mundo.

Una buena mujer debía ser obediente, complaciente y conocer bien su lugar. Debía ser cariñosa, sumisa y, ante todo, tenía que saber bien cuándo debía marcharse. No debía hacer pucheros como hizo MicheIle cuando tuvo que irse.

Karim sonrió. Era lo que los occidentales llamarían un machista y se enorgullecía de ello. Cuando el día llegara, se casaría con una mujer de su mismo origen para procrear el número suficiente de hijos para la continuación de la monarquía. Pero ese día, gracias a Alá, todavía estaba muy distante.

Tenía treinta y dos años; no se casaría hasta transcurridos cinco años más. El mundo estaba lleno de hermosas mujeres y esperaba cumplir con la dosis que le correspondía. Pero por lo que restaba de aquella noche, dormiría. Suspiró, la sábana de seda se deslizó sobre sus caderas y, en menos de cinco minutos, se quedó dormido.

Menos de una hora después, le despertó un tañido de campanas. Pronunció una antigua maldición de Rashdani y se cubrió la cabeza con la almohada. Pero las campanas seguían tañendo y al fin comprendió que se trataba del timbre del teléfono.

—¿Qué sucede? -ladró al levantar el auricular.

-Karim, ¿eres tú?

-¿Quién diablos habla?

-Ahmed Jurani, Karim. ¿Te he despertado?

-Son las tres de la mañana aquí. Claro que me has despertado.

-Lo lamento. Es importante.

-Muy bien, ya estoy despierto. ¿Qué sucede? -Karim encendió la luz.

-Conoces a mi socio, Justin St. James, ¿no es así? Su hija fue secuestrada en Casablanca esta mañana. Desde aquí te llamo.

-¿Quién se apoderó de ella? ¿Ya han pedido el rescate?

-Recibimos la llamada hace unos minutos. Los hombres que se apoderaron de ella piden seis millones de dólares.

-Si St. James los paga, jamás volverá a verla.

-Es lo que le he dicho.

-¿Por qué me llamas, Ahmed? ¿Yo qué tengo que ver en eso?

-Ameen Ben Zaidi está detrás del secuestro, Karim. Hace un año que nos está causando problemas, atacando nuestras instalaciones petrolíferas. Sé cuáles son tus sentimientos hacia él. Pensé que podrías ayudarnos.

-Mucha gente odia a Ben Zaidi. ¿Por qué acudes a mi?

-Porque tú lo conoces. Tú puedes entrar en su campamento. La llamada provenía de la costa de Argelia, así que la policía marroquí no puede intervenir. Podríamos reunir un grupo e ir nosotros mismos, pero nos detectarían antes que llegáramos a la mitad del camino. Ya conoces a Ben Zaidi. Tú eres quien mejor puede llegar a él.

-Sería un riesgo tremendo. Ni siquiera conozco a la mujer. ¿Por qué debo hacerlo?

-Porque a pesar de la supuesta tregua entre nuestros pueblos, Ben Zaidi sigue siendo tu enemigo y porque St. James está dispuesto a pagar un millón de dólares americanos.

-De acuerdo, lo haré -Karim se pasó la mano por el -cabello-. Pero no por dinero, sino porque estoy en deuda contigo.

Sucedió en un pozo petrolífero cercano a la frontera con el Jordán casi ocho años antes. Eso ocurrió con anterioridad a que se formara la Tigris Arabian-American Oil, cuando Jurani todavía era el brazo derecho de su padre.

Armado de títulos de Cambridge y de la Sorbona, Karim había vuelto a Rashdani para enterarse de que se esperaba que trabajara en los campos petroleros de la familia, para que conociera todos los aspectos del negocio. Le agradaban el trabajo y los hombres con los que trabajaba, pero se produjo una revuelta de obreros contra la administración y por ser el hijo del sheik de Rashdani, él se vio envuelto

en el problema. Los revoltosos lo tomaron como rehén y la administración de la empresa se negó a negociar con ellos. Iba a ser sacrificado por un principio que en realidad nadie comprendía. Las cosas llegaron al extremo de que literalmente ya tenía la soga al cuello. Arriesgando su propia vida, Jurani hizo acto de presencia en el último momento con seis helicópteros y lo rescató.

-Sé que es mucho lo que te pido, Karim. Sé que será peligroso, pero la idea de que una joven como Diane St. James esté en manos de un hombre como Ben Zaidi es inconcebible. Ni Justin ni yo podremos agradecerte el riesgo que correrás.

-Agradécemelo cuando la tenga a salvo de Ben Zaidi. Usaré a mis propios hombres. Quiero provisiones, rifles, municiones y camellos. Prepáralo todo. Estaré en Casablanca esta tarde.

Cortó la comunicación y volvió a levantar el auricular. Cuando escuchó una voz adormilada, ordenó:

-Prepara el avión. Salimos para Marruecos esta mañana.

Ahmed Jurani tenía razón. Sería una misión peligrosa, pero la cumpliría ya que Jurani había hecho lo mismo por él cuando lo necesitó y porque odiaba a Ameen Ben Zaidi.

Se preguntó cómo sería la mujer. No le gustaban las norteamericanas.

La chica permaneció con los ojos cerrados, tomándose el pulso por los latidos que atronaban en su cabeza. Cuando abrió los ojos, se preguntó por qué la habitación se movía hasta que la bruma que nublaba su cerebro se aclaró. Se dio cuenta de que estaba en una embarcación. No sabía cómo había llegado hasta allí. ¿Se había embarcado con su padre en algún momento? ¿Qué…?

De repente recordó: estaba en la Medina. Compró algo… dos caftanes. Su mente se aclaraba. ¡Santo Dios… los hombres! Ellos…

Trató de enderezarse. La cabina se meció y una náusea surgió en su garganta. Hizo una aspiración profunda y con un esfuerzo de voluntad la reprimió. Tenía que salir de allí. Salir…

Agarrándose al borde del camastro, Diane logró ponerse de pie. La cabina era pequeña y el aire fétido. Aire… Tenía que respirar aire fresco. Había una portañola muy pequeña. Trató de abrirla, pero los goznes estaban atascados. Era inútil. Con la mano limpió el vidrio. Agua. Ninguna señal de tierra. Nada más que agua y cielo.

El temor la invadió. Con un puño apretado contra la boca, ahogó un

gemido. Tenía que pensar. Debía salir de allí. Corrió hacia la puerta, agarró el picaporte y lo giró. Nada. La puerta estaba cerrada por fuera. Buscó algo con que forzar la cerradura. Su bolso. Tenía una lima para uñas en su bolso. Si pudiera…

Una llave giró en la cerradura y retrocedió. Un hombre, el mismo que la había sostenido cuando el otro oprimía un pedazo de tela contra su rostro, entró en la cabina.

-Veo que ya ha despertado, madame -comentó el hombre en mal inglés. Colocó una jofaina con agua sobre la mesa junto al camastro-. ¿Ha descansado bien?

-¿De qué diablos se trata todo esto? -demandó Diane furiosa-. ¿Quién es usted? ¿Por qué me hace esto?

-Me llamo Youssef.

-¿A dónde me lleva?

-A un viaje por mar. Debe relajarse y disfrutar de la brisa marina.

-¿En esta pocilga que pasa por cabina? -Diane se enfrentó a su captor. Era de corta estatura y de constitución robusta. Llevaba una túnica a franjas de color gris y negro, bastante sucia.

-¿Por qué me han secuestrado?

-Por dinero -se frotó la nariz con un dedo-. El hombre que me contrató me paga bien.

La idea aterrorizaba a la joven, pero a pesar de ello mantuvo el mentón en alto.

-¿Quién lo contrató?

-Un hombre poderoso y rico -el hombre se encogió de hombros.

-Mi padre también es rico. El le pagará más que el que lo contrató para secuestrarme.

-Antes prefiero que me cuelguen -Youssef negó con la cabeza-. Para nada me servirá el dinero de su padre. Además, ni usted ni yo nos reuniríanos con su padre si traicionara a mi amo. Mi señor es el sheik Anicen Ben Zaidi -la informó después de un titubeo.

¿Ben Zaidi? El nombre le era conocido, pensó Diane. Pero, ¿de qué? Había llegado a Marruecos procedente de París una semana antes para pasar las vacaciones con su padre, como los años anteriores. Una vez por año iba a Oriente Medio, donde su padre trabajaba, o se reunía con él en su casa de Casablanca. En esa ocasión su progenitor le había sugerido que se encontraran en Casablanca por los problemas que existían en los campos petrolíferos. Los pozos habían sido saboteados y varias personas murieron. El hombre que estaba detrás de todo eso era

el sheik… ¿Ben Zaidi? ¡Sí!

-Es un hombre peligroso -le había comentado su padre-. Un dictador sin escrúpulos. Hace la guerra a otras tribus, roba tierras y mujeres, toma lo que quiere y mata al que se cruza en su camino.

Diane luchó contra el terror que amenazaba con apoderarse de ella.

-Debo entregarla en Bir Semarian -declaró Youssef.

¿Bir Semarian? No tenía idea de dónde estaba ese lugar; sólo sabía que tenía que escapar. Miró por encima del hombro de su captor hacia la puerta. Ella era más joven, más rápida que él. Si pudiera rodearlo y llegar al costado de la embarcación… Era buena nadadora y prefería aventurarse en el mar antes que permanecer en la fortaleza de un bandido del desierto. Si pudiera…

Otro hombre hizo acto de presencia en la cabina. Era más joven que Youssef y tan alto que tuvo que inclinar la cabeza para cruzar la puerta. Largos cabellos sucios le caían hasta los hombros y un bigote delgado le cubría el labio superior.

-He traído comida -anunció en árabe, dejándola sobre la mesa antes de acercarse a Diane-. Es una mujer hermosa, Youssef. Con razón Ben Zaidi la quiere.

-Lo hace por el dinero.

-¿Ya la ha visto? -ante la negativa de Youssef, continuó-: Cuando lo haga, la querrá a ella más que el rescate -inclinó la cabeza a un lado, estudiando a la chica-. No me parece justo. El tendrá a la mujer y el dinero y nosotros nada.

-Nos paga bien, Hadj.

-Quiero algo más -deslizó los dedos como serpientes sobre el brazo de Diane.

-¡Baraka! -exclamó ella-. ¡M'shee! ¡Deténgase, apártese!

-Habla nuestro idioma -Hadj sonrió-. Eso facilitará las cosas. No me gusta el sonido del inglés -volvió a tocarla.

-Quíteme las manos de encima -le indicó ella tajante, apartándole la mano.

-Me gustan agresivas -el hombre rió y antes que Diane pudiera alejarse, la asió de las manos y la atrajo hacia él. Cuando Diane logró liberar una de sus manos, la levantó y hundió las uñas en su rostro.

-iAaah! -aulló él y la soltó. Un hililllo de sangre resbaló por su mejilla. Se lo limpió y fue tras ella de nuevo.

-¡No! -rugió Youssef interponiéndose en su camino-. Déjala en paz.

-No hasta que arregle cuentas con esta pequeña ramera.

-Atrás, Hadj -Youssef sacó un revólver e hizo que su compañero retrocediera-. Si le hacemos algo, o le dejamos una marca, Ben Zaidi pedirá nuestras cabezas. A partir de ahora, permanecerás en la cubierta superior. Si vuelves a acercarte a ella, te vuelo la tapa de los sesos. ¡Lárgate de aquí!

Hadj soltó una maldición. Por un momento Diane temió que se lanzara sobre Youssef. Al fin retrocedió, pero no antes de volverse hacia ella. -Algún día, mujer, nos volveremos a encontrar -murmuró-. Cuando eso suceda, Youssef no estará allí para detenerme -lanzó una mirada de furia a su compañero y con una maldición, salió de la cabina.

-Yo lo mantendré alejado -declaró Youssef cuando se quedaron solos-. Observé antes que estaba buscando una salida. No piense en ello, madame. Su única vía de escape es por mar. Estamos a muchos kilómetros de la costa, apartados de las rutas marítimas -empezó a volver-. Será mejor que coma. Cuando desembarquemos, todavía nos espera larga jornada.

Antes que Diane pudiera contestarle, salió de la cabina. Cuando la llave volvió a girar en la cerradura, la chica se dejó caer sobre la silla y se cubrió la cara con las manos. Se preguntó qué podría hacer.

Con una aspiración entrecortada se enderezó. El vestido azul que se había puesto esa mañana estaba sucio y roto. Se lavó las manos y la cara y trató de desenredarse el pelo.

Tenía que comer, porque si no lo hacía, no tendría fuerzas si surgía la posibilidad de escapar. Y de alguna forma lo lograría. Si había una forma de escapar, la encontraría. Empezó a comer con los dedos un arroz con lo que parecían trozos de pollo.

Pensó en su padre y en lo que debería estar sufriendo; por vez primera desde su captura, las lágrimas le quemaron por detrás de los párpados. El haría todo lo que estuviera a su alcance para conseguir su liberación. Su padre la rescataría y ella sobreviviría hasta entonces.

Sobrevivir. Eso era en lo que tenía que pensar a partir de ese momento.

Diane permaneció a bordo durante dos días antes que tocaran tierra. Era de noche. Youssef fue a buscarla. Le ató las manos a la espalda y la llevó a cubierta. Por un momento el temor de Diane fue reemplazado por el simple placer de poder respirar aire fresco de nuevo.

Un coche los esperaba al final del muelle. Diane fue conducida hasta él y una vez dentro, se encontró flanqueada por Youssef y Hadj.

-Mi señor Ameen quedará complacido -comentó el conductor en un

dialecto que Diane apenas pudo comprender.

-¿Está lista la caravana? -preguntó Youssef.

-Por supuesto -respondió el chofer al emprender la marcha-. Partirán tan pronto como lleguemos.

Diane se reclinó en el asiento. "Tranquila, no te dejes llevar por el pánico", se dijo.

El viaje duró casi tres horas. Youssef se quedó dormido y empezó a roncar. Hadj oprimió una pierna contra la de la chica. Ella trató de apartarse. El rió y comenzó a decirle en voz baja lo que le haría si alguna vez se quedaba a solas con ella. Diane estaba aterrorizada.

Estaba a punto de amanecer cuando al fin llegaron a los límites del desierto.

-Ya hemos llegado -anunció el conductor.

-Ella no puede viajar con esa ropa -comentó Youssef con un bostezo.

-Hay ropa para ella -le indicó el conductor-. Puede cambiarse aquí en el coche -le entregó a Youssef una bolsa de papel que llevaba consigo.

-Yo la ayudaré -se ofreció Hadj entre risas.

Se detuvieron junto a unas palmeras. A la escasa luz del nuevo día, Diane distinguió una caravana de camellos. Otra vez se formó en su garganta un nudo de angustia.

-Cámbiese de ropa -le ordenó Youssef antes de pedir a los otros dos que bajaran del velículo, liberó las muñecas de la joven y le entregó la bolsa-. Dese prisa, el sol saldrá pronto -bajó del coche y volvió a ordenar a los otros dos que se alejaran, pero aunque él se volvió de espaldas al coche, no se retiró de allí.

Diane encontró un pantalón de algodón para hombre, una túnica y unas sandalias en la bolsa. Se sacó el vestido roto por la cabeza y se puso la túnica antes de hacer lo mismo con el pantalón. Resultó demasiado grande para ella, pero encontró un cinturón y se lo anudó.

-¿Está lista? -preguntó Youssef desde afuera.

-Sí -respondió la chica haciendo una aspiración profunda.

K arim se colocó junto a su camello y miró hacia el desierto. Vestía una holgada túnica blanca. Un howli ajustado por cuentas de madera le cubría la cabeza.

Cuatro días habían pasado desde que recibió la llamada que lo había despertado aquella mañana en París. Se había reunido y hablado con Justin St. James y aun cuando el norteamericano estaba desolado, Karim se había quedado impresionado ante su dignidad y compostura. De unos sesenta años, St. James era casi tan alto como Karim. Su cabello de color gris acero era abundante y su cuerpo esbelto y bien conservado.

Cuando Karim le pidió que le enseñara una fotografía de su hija, St. James sacó una de su billetera.

Diane St. James estaba sentada a la mesa de un café en Cannes. Llevaba un vestido verde claro sin mangas; se había apartado su precioso cabello de color rojo dorado que le llegaba hasta los hombros. Tenía la cabeza hacia atrás para que la luz del sol acariciara la preciosa extensión de su cuello. Unos ojos grises la contemplaban desde la foto y Karim contuvo el aliento. Era una de las mujeres más hermosas que había visto en su vida.

-Me gustaría conservarla -había anunciado.

-En cuanto a lo del dinero… -St. James se había levantado para comenzar a caminar de un lado a otro-. Le pagaré lo que sea. Un millón, dos.

-No quiero su dinero -le había contestado Karim-. Tengo más que suficiente. Hago esto porque Ahmed Jurani es un amigo y porque aborrezco todo lo que Ben Zaidi representa.

-Ahmed me dijo que hay cierta amistad entre ustedes.

-¿Amistad? -Karim había negado con la cabeza-. Tal vez una tregua incierta, pero ninguno de los dos nos daríamos la espalda. Ameen me permitirá llegar a su campamento, pero me mantendrá bien vigilado.

-¿Cree…? -la voz torturada de St. James se había quebrado-. ¿Cree que podrá rescatar a mi hija, skeik al-Raji?

-No saldré de Bir Semarian sin ella -había declarado Karim, tajante. En ese momento contemplaba las cambiantes dunas del Sahara. El desierto era un infierno atroz en aquella época del año y, aun cuando lo adoraba, sabía también como Ben Zaidi que debía adentrarse en él con cautela. Por eso había querido llevar a sus propios hombres de confianza… beduinos como él.

La caravana estaba integrada por quince hombres. Media docena de camellos llevaban las armas, las municiones, los alimentos y agua. Bir Semarian estaba a tres días de viaje a partir de ese lugar. Para entonces, la chica ya estaría en manos de Ben Zaidi. No podía más que pedir a Alá

que no hubiera resultado herida.

-¡Imshalla! -murmuró la plegaría: "si Alá lo dispone", y se volvió para montar en su camello.

Tapetes persas cubrían el suelo de la tienda de Diane; una mujer llamada Fátima la vigilaba.

Había llegado a la fortaleza del desierto, el campamento de verano de Bir Semarian, después de un viaje de dos días por el desierto. Youssef no los había acompañado, pero Hadj sí. Había ido al frente de una comitiva de cinco hombres que los habían estado esperando con los camellos. Siempre que se habían detenido a descansar o a dormir, era Hadj quien la había ayudado a bajar del camello, pero no por un gesto de amabilidad o compasión, sino porque con ello se aprovechaba de la oportunidad de tocarla.

Por las noches, cuando se envolvía en una manta, cerca del fuego, Hadj la observaba con una expresión que la atemorizaba más que el saber el lugar adonde iría, o por qué había sido secuestrada. En una ocasión se despertó para descubrirlo de pie junto a ella, pero antes que pudiera decir nada, uno de los hombres comentó:

-Si la tocas, date por muerto.

Hadj se encogió de hombros y, antes de apartarse, murmuró: -Te prometo que serás mía antes que esto termine.

-No mientras quede un hálito de vida en mi cuerpo -respondió la joven.

La fortaleza del desierto era como una ciudad pequeña integrada por cientos de grandes tiendas de lona negra. La suya era tan grande como su dormitorio de París. Contaba con un chaise longue bajo, un pequeño tocador y grandes cojines turcos.

Diane se bañó y vistió detrás de una cortina de cuentas y gasa. Mejor dicho, fue bañada, ya que a pesar de sus protestas, cuatro mujeres insistieron en asearla el día de su arribo. La bañera de mármol fue llenada con agua aromatizada con pétalos de rosa y cuando al fin las mujeres le arrancaron la ropa, se hicieron para atrás para contemplarla.

-Miren, qué pálida es su piel -comentó una. -Tan blanca como la leche de camello.

-Y está demasiado delgada. Vean sus pequeños senos y sus estrechas caderas. Ya tiene más de veinte años y es evidente que todavía no ha dado a luz a ningún hijo.

-Pero su cabello es precioso -comentó la mujer llamada Fátima-. En verdad es el mismo color del sol antes de ocultarse cada día detrás de

las dunas.

Sus acentos, como los de los hombres que la habían capturado, resultaban difíciles, pero no imposibles de entender. Dos de ellas eran más jóvenes que Diane; Fátima y la otra mujer, mucho mayores. Vestían túnicas negras. Las dos mayores llevaban la cabeza cubierta, las jóvenes no. Tenían los rostros tatuados y las manos teñidas con alheña.

Hablaban en voz baja de su amo, Ameen Ben Zaidi. Diane comprendía la mayor parte de lo que hablaban, pero no daba muestras de ello. Quería que hablaran con libertad delante de ella, ya que así podría escuchar algo que le fuera de utilidad en su intento por escapar.

-Hará rico a Ben Zaidi -comentó Fátima ese primer día al ponerle una túnica blanca a Diane.

-Si su padre paga el dinero que nuestro amo pide -agregó otra.

-¿Crees que si el padre paga, Ben Zaidi se la devolverá? -se rió Fátima-. No seas tonta, Kasbashi, se quedará con el dinero y la mujer.

Diane tuvo que hacer un gran esfuerzo por no llorar en ese momento.

Por la noche, al acostarse, fue cuando se permitió el lujo de derramar algunas lágrimas.

Estaba muy asustada, pero se decía que tenía que haber una forma de salir de ese lugar. Haría lo que se le indicara, actuaría dócilmente y se mostraría tan asustada que tarde o temprano la dejarían salir de la tienda. Cuando lo hicieran, observaría y esperaría la oportunidad para salir de allí.

Ben Zaidi llegó al día siguiente. A media mañana surgió un griterío, a continuación muchos disparos y el sonido de los cascos de los caballos. -Aquí está -comentó Fátima y, tomando a Diane de la muñeca, la obligó a ir hacia la entrada de la tienda.

Se trataba de una veintena de jinetes en caballos negros. Con las armas sobre sus cabezas, disparaban al aire a galope tendido mientras gritaban. Se formaron en dos columnas y, en tanto Diane observaba, apareció un precioso caballo blanco montado por un hombre de túnica gris.

-Mi señor Ben Zaidi -mumuró Fátima con temor.

El hombre entregó las riendas a uno de sus guardias, bajó del caballo y pasó frente a la silenciosa multitud. Se volvió para decir algo a uno de su séquito, titubeó un instante y miró hacia la tienda de Diane. A corta distancia de ella, se detuvo a contemplarla.

Durante un instante, la mirada malvada de aquel hombre hizo que

Diane contuviera el aliento. No era muy alto, pero tenía una constitución física imponente. Una cicatriz profunda e irregular corría por su mejilla derecha hasta el mentón; tenía una barba muy cerrada. Sus ojos negros le recordaron la mirada de un buitre… pequeños, vivaces y calculadores.

Dijo algo a los hombres que lo rodeaban, provocando sus risas. -Querrá verla -le comentó Fátima, volviendo a meter a Diane en la tienda-. Debemos prepararla para la reunión.

Pero aquel día pasó sin que la mandara llamar.

Esa noche colocaron un guardia adicional a la entrada de la tienda y Kasbashi durmió adentro. Acostada pero despierta, Diane pensó en lo dicho por Fátima, que aun cuando su padre pagara el rescate, Ameen Ben Zaidi nunca la dejaría libre. "Pero escaparé y de alguna manera conseguiré sobrevivir", se dijo.

El sheik Ameen Ben Zaidi fue a visitarla a su tienda la tarde siguiente. -Déjame verla -ordenó a Fátima cuando ésta hizo una reverencia ante él.

-Kasbashi la está arreglando, mi señor.

-Dije que quiero verla -Ben Zaidi golpeó la fusta que llevaba en la mano contra su pierna-. ¡Ahora mismo, mujer!

-Sí, mi señor -Fátima cruzó la tienda y apartó la cortina de cuentas-. ¡Rápido! Está de mal humor. Podría hacer cualquier cosa cuando está así. Kasbashi sujetó el botón de la larga falda floreada y ajustó la tira de gasa de color lavanda que cubría los senos de Diane. Luego, tomándola de la mano, la llevó hacia Ben Zaidi. Los pequeños ojos de buitre del bandido brillaron. Fátima la acercó más.

-Allah akbar -murmuró él al frotarse el mentón-. Dios es grande y yo soy el más afortunado de los hombres -hizo una señal a Fátima-. Haz que se dé la vuelta… Magnífica -agregó cuando su sirviente lo obedeció-. Magnífica. Jamás había visto un cabello de ese color y una piel tan blanca.

-Sabbah al khair -le dijo a Diane. Como ella no contestó, preguntó-: ¿No habla árabe?

-No, mi señor.

-Enséñala -en inglés con un marcado acento, le dijo a Diane-: Mírame, mujer.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, Diane se obligó a mirarlo a los ojos. Sin temor y con tono autoritario, espetó:

-Exijo ser liberada de inmediato.

-¿Exigir? ¿Usted exige? -Ben Zaidi soltó una carcajada-. Hablará sólo cuando se le pida. Hará lo que se le diga.

- ¡Váyase al diablo! -Diane se encogió de hombros.

Fátima jadeó. Aun cuando no comprendía lo que decían, por la expresión de Ben Zaidi comprendió que la chica había dicho algo indebido.

-Tenga cuidado -le advirtió él con tono gélido, poniéndole la fusta sobre un hombro-. Está en mi reino y me pertenece durante el tiempo que yo quiera -deslizó la fusta por su seno hasta la cintura-. Sería una lástima tener que manchar tanta belleza, pero créame, haré lo que me venga en gana -dio un paso atrás-. Un invitado vendrá esta noche -le informó a Fátima en árabe-. No quiero que él la vea, así que mantenla fuera de vista. Cuando se vaya, enviaré por ella -y a Diane le comentó-: Recuerde lo que he dicho, señorita St. James. Recuérdelo bien.

Karim entró en la fortaleza acompañado de dos de sus hombres. Por adelantado había enviado a un mensajero a anunciar que le gustaría visitar a su amigo, el sheik Ameen Ben Zaidi. Había dejado al resto de sus hombres en un oasis a distancia prudente para que no fueran descubiertos por los esbirros de Ben Zaidi. Los que lo acompañaban llevaban un rifle cada uno y él sólo una pequeña pistola automática. Llegaba como amigo; las armas de sus hombres no eran más de lo que cualquier viajero en el desierto llevaría.

-Marhaban, bienvenido -saludó Ben Zaidi al salir de su tienda para recibir a Karim, pero sus ojos no dejaron de observar a los hombres que flanqueaban al recién llegado-. ¿Sólo has traído a dos de tus guardias? -inquirió lleno de sospechas.

-No es necesario un ejército para visitar a un viejo amigo -Karim hizo arrodillarse a su camello y desmontó-. Voy camino a El Mellal. Mis hombres necesitan esposas y se me ha dicho que las mujeres más hermosas del norte de Africa se encuentran allí.

-Las mujeres de Bir Semarian también son hermosas, sheik al-Raji. Pero hablaremos de eso más tarde. Ahora debes descansar de tu viaje. Esta noche tendremos fiesta y verás lo hermosas que son nuestras mujeres -chasqueó los dedos y dio órdenes de que Karim fuera llevado a su tienda-. Haré que te lleven el té y luego descansarás. Cenaremos a las nueve para que después empiece el espectáculo -dijo exhibiendo una amplia sonrisa-. Te gusta la danza del vientre, ¿no es así?

-¿Acaso no le gusta a cualquier hombre con sangre en las venas? -se

rió Karim-. Aguardo la fiesta impaciente, Ameen.

Karim no pensaba que Ameen fuera tan estupido como para enseñarle a la norteamericana esa misma noche, pero al día siguiente, si lo manejaba bien, lo haría. Su emisario había anunciado que sólo estaría allí un día, pero se quedaría hasta que encontrara a Diane St. James.

Y cuando lo hiciera, ya tendría un plan para sacarla de allí. Dado que no confiaba en Ben Zaidi, había dejado instrucciones a sus hombres para que, si no regresaba en cuatro días, tomaran por asalto el campamento.

Se bañó y cambió; cuando salió de su tienda, uno de los guardias de Ben Zaidi le cortó el paso de inmediato.

-¿Se ofrece algo, sheik al-Raji?

-Me gustaría dar un paseo por los alrededores.

-Entonces, permítame escoltarlo.

-No es necesario -comentó Karim con una sonrisa.

-Pero mi señor Ben Zaidi me haría azotar si fuera tan descortés de dejarlo sin escolta. ¿Vamos por aquí? -señaló a su derecha.

Eso significaba que la norteamericana estaba hacia la izquierda, pensó Karim. Pero, ¿en dónde? En esa dirección había al menos sesenta tiendas. No teniendo otra opción, tendría que seguir al guardia de Ben Zaidi. Esa misma tarde inventaría un motivo para ir en dirección contraria.

La ocasión se presentó cuando emprendían el regreso hacia su propia tienda. Un grupo de chiquillos estaba jugando fútbol y Karim se detuvo a verlo. Cuando uno de ellos disparó el balón hacia él, se lo devolvió de un puntapié y, antes que el vigilante pudiera detenerlo, ya se había unido al partido.

Su oportunidad se presentó diez minutos después. Uno de los chicos del equipo con el que estaba jugando Karim cabeceó el balón. El lo detuvo, bloqueó a un jugador del equipo contrario y disparó la pelota con fuerza hacia la izquierda.

-¡Fuera! -exclamó uno de los niños.

-Lo siento -contestó y corrió tras el balón.

Las entradas de la mayoría de las tiendas, estaban abiertas. Sentados frente a ellas, sus ocupantes terminaban su cena y vigilaban a sus hijos. Sólo una tienda, más grande que las demás y un tanto apartada, tenía la entrada cerrada. Eso indicaba que probablemente allí era donde tenían a Diane St. James.

Regresó con el balón, jugó durante unos minutos más y se disculpó. Esa noche tendría que soportar la cena y sus bailes, pero al día siguiente… encontraría a la mujer.

La comida resultó mala y el entretenimiento aburrido. Las bailarinas se movían como autómatas al son de la música monótona. Sus rostros carecían de expresión y sus movimientos de pasión o ritmo. A duras penas consiguió mantenerse despierto.

-Mañana tendrás la oportunidad de ver mejor a mis mujeres -le comentó Ben Zaidi-. Tal vez no sea necesario que vayas a El Mellal.

-Quizá -bostezó Karim-. Lo que he visto hasta ahora parece prometedor.

El día siguiente no resultó mejor. Después de desayunar, Karim fue informado de que Ben Zaidi lo estaba esperando y se encontró con él frente a su tienda. Una fila de mujeres estaba esperando a un lado; luego de que Karim fue invitado a sentarse junto a su anfitrión, las mujeres desfilaron frente a él. No era tanto su edad o la falta de belleza lo que provocaba su desinterés sino su falta de ánimo. Las mujeres estaban asustadas, acobardadas, sumisas. Su ritmo vital les había sido robado. Sintió lástima por ellas.

-¿Y bien? ¿Qué dices? ¿No son unas bellezas? -inquirió Ben Zaidi.

-En verdad lo son -Karim titubeó-, pero estoy buscando mujeres especiales -sonrió malicioso-. No he sido totalmente sincero contigo, Ameen. Estoy buscando a una mujer para mí.

-¿Para ti? -Ben Zaidi movía la cabeza, incrédulo-. Puedes tener a la mujer que quieras. Eres joven, rico. He visto fotografías tuyas con francesas, italianas, incluso norteamericanas.

-Y las adoro a todas -se rió Karim-. Pero cuando me case, quiero hacerlo con una especial, una mujer de gracia y belleza. Una mujer… -encogió los hombros-. Es evidente que no la tienes.

-Tengo a una mujer de belleza extraordinaria, amigo mío -se jactó Ameen-. De una belleza que jamás has visto.

-He visto a tus mujeres, Ameen -Karim encogió los hombros-. Ninguna de ellas despierta mi pasión.

-Hay una que no has visto. Es americana, la hija de un infiel. Estoy pidiendo seis millones de dólares por su rescate, pero, cuando reciba el dinero, pienso conservarla para mí.

-¿Has secuestrado a una americana? -preguntó Karim con una sonrisa de incredulidad y burla.

-Que traigan a la mujer -ordenó Ben Zaidi-. Te enseñaré lo que es la

verdadera belleza, amigo mío.

Karim se reclinó en su asiento. Bebió un sorbo de su té de menta; su mente trabajaba a marchas forzadas y su cuerpo estaba tenso.

Pasaron diez minutos antes que llevaran a la mujer. Karim trató de no reaccionar, de fingir estar aburrido, pero apenas pudo reprimir un jadeo cuando la vio.

En persona era más hermosa que en la fotografía. Vestida con una diáfana túnica verde sobre holgados pantalones de harén y una tela que apenas le cubría los senos, constituía un espectáculo que quitaba el aliento.

-¿Ves? ¿Ves? -Ameen se frotaba las manos-. ¿No te dije que era una belleza?

Karim se levantó y se acercó a la mujer.

Ojos del color de las alas de una paloma lo miraban con desprecio. Unos labios rojos le sonrieron con desdén. Y aun cuando su apariencia exterior no había cambiado, Karim se sintió como si le hubieran dado un puñetazo.

-Muy bonita -declaró-. Pero demasiado delgada -vio que la joven apretaba los labios y comprendió que le había entendido.

-¿Delgada? -Ameen fruncía el ceño-. ¿Estás mal de la vista? ¿Has contemplado lo suaves que son sus curvas?

-Mmm. Haz que se dé la vuelta -la recorrió insolente con la mirada.

-Date la vuelta, mujer -le ordenó Ameen en inglés.

Ella levantó el mentón, desafiante. La mujer que la había llevado la hizo darse la vuelta.

-Mira sus flancos -le indicó Ameen-. ¿Habías visto curvas como éstas -posó una mano en el trasero de Diane-. Mira qué firmeza, de primera calidad.

La chica se volvió, dispuesta a golpearlo con la mano levantada, pero antes que pudiera hacerlo, Karim le sujetó la muñeca. Sus miradas chocaron.

-Tiene espíritu combativo -si había miedo en ella, lo controló bien. Luchó para soltarse con los ojos brillantes de furia-. Va a necesitar una mano firme -agregó Karim sin apartar la mirada de la de ella.

-Tengo una manó firme.

-No lo dudo, Ameen, pero esta mujer es un desafío -Karim le apretó aún más la muñeca-. Y adoro los retos. Te la compro -manifestó al soltarla.

-¡Comprarla! -Ameen abría los ojos incrédulo-. Me dijiste que estabas

buscando esposa, pero que nunca te casarías con una infiel.

-Y no lo haré, pero pasarán años antes que me case. ¿Acaso quieres privarme de compañía femenina hasta entonces? -Karim se sentó y estiró las piernas. Al mirar a Diane, agregó-: Te pagaré bien y todavía podrás cobrar el rescate de su padre.

-¿De cuánto estamos hablando? -Ben Zaidi se frotaba el mentón. La negociación seguía como si la chica no estuviera presente. Sus atributos eran discutidos como si fuera una yegua premiada en una feria. -Tiene senos altos y firmes.

-Muy bonitos -Karim tenía la vista fija en ellos y la chica tembló al comprender que aquél era un hombre todavía más peligroso que Ameen Ben Zaidi. Este le causaba repulsión, pero el primero la atemorizaba. Detectó una sensualidad latente en sus ojos, una fuerza primitiva que indicaba que siempre se apoderaba de lo que deseaba.

El regateo continuaba. Karim ofreció doscientos mil dirhenes, medio millón, un millón.

Ben Zaidi se relamía los labios y al fin movió la cabeza.

-¡Basta! Ya no me tientes. Te la venderé, pero no antes que termine con ella. Tal vez en dos o tres meses. Si todavía la quieres entonces, te la cederé.

-Le quebrantarás el espíritu. Eso no me gustará -Karim fruncía el ceño.

-Pero será una mujer dócil cuando llegue a ti, amigo mío. ¿No es eso mejor que domar una gata salvaje?

Karim observó el terror en los ojos de Diane y tuvo deseos de golpear a Ben Zaidi. Quería tomar a la chica en sus brazos y llevarla a un sitio segur o.

Los dos la habían avergonzado y humillado pero ella se había mantenido firme e indómita frente a ellos. Era fantástica, la mujer más excitante que hubiera conocido. Haría cualquier cosa por librarla de Ameen Ben Zaidi.

¿Y cuando lo hiciera? Hizo una aspiración profunda. Era algo en lo que debía pensar. Eso reforzaría su determinación de sacarla de allí cuanto antes.

CAPITULO 2

UN leve sonido despertó a Diane. Se volvió para ver de qué se trataba, pero antes de enderezarse, una mano cubrió su boca y la obligó a permanecer acostada.

-¡Guarde silencio! -el dueño de aquella voz tenía la cara cubierta por un howli, pero a la escasa luz, la chica distinguió unos ojos negros y supo de quién se trataba. El miedo le dio fuerzas y luchó contra él, buscando librarse de sus brazos.

-¡Maldición! -murmuró Karim-. No tengo tiempo para luchar contigo -sujetándola con las rodillas, se quitó una pañoleta y la amordazó con ella. La joven trató de golpearlo de nuevo. El esquivó el golpe, maldijo de nuevo y la tomó de las muñecas atándoselas con una cuerda que sacó de su túnica negra. Luego la hizo ponerse de pie.

La chica sólo llevaba puesto un camisón corto, pero Karim sabía que tenía que salir de allí inmediatamente. Se la echó al hombro y salió de la tienda, pasando frente al guardia que había atado y amordazado. Una vez fuera, permaneció entre las sombras, manteniéndose cerca de las tiendas negras. Un perro ladró. Karim se detuvo un instante y volvió a avanzar con cautela. Encontró a sus hombres en los límites del campamento.

-Ya nos hicimos cargo de los guardias -comentó Saoud, uno de ellos-. El garañón blanco está con los camellos.

Esa tarde Karim había decidido llevarse el caballo. Ameen se lo había mostrado orgulloso, declarando haber pagado una fortuna por él. Según Ben Zaidi, era el más rápido de todo el norte de Africa.

Ese era el motivo por el cual Karim lo quería. Un caballo rápido era lo que necesitaba para alejarse de Ben Zaidi y de sus hombres.

El caballo miró a Karim con ojos desorbitados cuando él se acercó. -Tranquilo, muchacho, tranquilo -murmuró Karim al bajar a Diane de su hombro-. Quisiera tener tiempo para explicarle que no quiero hacerle

daño. Trato de ayudar…

La joven se soltó y le propinó varias patadas con los pies descalzos. Con una maldición ahogada, Karim la alzó y la colocó en el lomo del caballo para luego montar él. Asió las riendas antes de volverse hacia sus hombres.

-Vamos, rápido -les indicó antes de emprender el galope. Asía a Diane con fuerza contra su cuerpo, haciéndola sentir su fuerza muscular. No era posible que aquello estuviera sucediendo, se decía Diane. La alejaban de Ben Zaidi, pero no estaría mejor con su nuevo secuestrador. Esa mañana había visto en sus ojos el deseo que ardía en ellos.

El viento azotaba sus mejillas y su cabello flotaba alrededor de su cara. Diane trató de apartarse del hombre, pero él la acercó con fuerza contra sí. Durante la noche galoparon sobre las dunas iluminadas por la luna, adentrándose más y más en el desierto. El viento y el temor la ahogaban. Después de lo que le pareció una eternidad, el jinete redujo el paso, pero no habló con Diane, ni la soltó. Sólo se detuvo cuando vio que sus hombres lo alcanzaban.

-¿Alguien nos ha visto?

-No, de haber sido así, todo el campamento vendría tras nosotros.

-Dejaremos que los animales descansen un momento -Karim desmontó y extendió los brazos para ayudar a Diane-. Voy a soltarla, pero no tiene adónde ir, así que no lo intente -le aflojó la mordaza y le quitó la cuerda que le sujetaba las manos. En el momento en que lo hizo, la joven le asestó un puñetazo con todas sus fuerzas.

Lo golpeó en un pómulo. Karim retrocedió un paso, pero antes que intentara golpearlo de nuevo, la sujetó de la muñeca. Lo invadió una furia que lo dejó sorprendido. Ninguna mujer, ni siquiera su madre cuando era niño le había puesto la mano encima.

-¡Hija de un camello! -exclamó-. Me he arriesgado con mis hombres para rescatarte y así me lo pagas. Debería dejarte aquí para que Ameen te encuentre. Debería…

-¡Rescatarme! -Digne trató de golpearlo de nuevo y forcejeó cuando él la inmovilizó sujetándole los brazos a los lados.

-O te tranquilizas o… -la sacudió-. Escúchame -le indicó molesto—, soy Karim al-Raji. El socio de tu padre, Ahmed Jurani, me pidió que viniera a rescatarte. Hablé con tu padre y él…

-¿Mi padre? -Diane dejó de luchar y lo miró-. ¿Conoces a mi padre?

-Lo conocí hace una semana. Me parece que es un hombre decente y

sólo Alá sabe por qué le concedió una hija como tú. Eres… -Karim se dio cuenta de que todavía estaba muy cerca de ella y de que no llevaba nada bajo el delgado camisón. La apartó y se quitó la túnica-. Ponte esto -le espetó.

-Siento haberlo golpeado -le dijo ella. Sin la túnica aquel hombre ya no le parecía tan amenazador-. No sabía que trataba de ayudarme. Pensé que era como Ben Zaidi…

-No me parezco en nada a Ben Zaidi -Karim se irguió tan alto como era-. Ahora, ven. Tan pronto como descubran que tú y el caballo han desaparecido…

-¡Yo y el caballo! -con los brazos en jarras, Diane lo miraba furiosa, pero antes que pudiera decir algo, él volvió a subirla en el lomo del caballo y montó detrás de ella.

Cabalgaron casi durante tres horas antes de volver a detenerse. Diane estaba cansada. La tensión y el temor de la semana anterior la habían agotado más de lo que imaginaba. Involuntariamente, apoyó la cabeza en el hombro de Karim.

"Sólo descansaré un momento", se dijo. Pero cuando el momento terminó, estaba profundamente dormida.

Aquella mujer inquietaba a Karim. Su cuerpo era demasiado cálido, demasiado suave contra el suyo. El cabello que le acariciaba el rostro era sedoso y olía a rosas. Karim apretó el brazo alrededor de su cintura. Ella acomodó la cabeza en su hombro y el trasero contra él.

Karim trató de hacerse para atrás en la silla, pero le resultó imposible. Su cuerpo se excitó e hizo una aspiración profunda para contenerse. "Eres un hombre", se dijo, "no un adolescente que no puede controlar sus hormonas. Piensa en otra cosa. Piensa en París y en la hermosa… Michelle…"

En su sueño, Diane le rodeó un brazo con los suyos en un gesto inconsciente para contrarrestar el movimiento rítmico del caballo. "Por Alá, ¿no acabará nunca este tormento?", se preguntó Karim.

Llegaron al oasis al amanecer para encontrar a sus hombres, que lo estaban esperando. Diane todavía estaba dormida, pero se despertó en el momento en que se detuvieron.

-Descansaremos unas horas aquí antes de continuar -le indicó Karim. Desmontó y alzó los brazos para ayudarla. Pero cometió el error de mirarla a la cara. Tenía los ojos adormilados y los labios entreabiertos. La deslizó contra su cuerpo, sintió la presión de sus piernas y luego de sus senos contra su pecho; sus manos la apretaron al asirla por la

cintura. -Suélteme -le pidió ella y él accedió.

-Estamos listos para partir cuando usted ordene, sheik al-Raji -le indicó uno de sus hombres cuando se acercaron para recibirlos.

-Nos espera un largo camino. Será mejor que comamos antes de partir -indicó Karim-. Ven -le pidió a Diane.

Sentía el cuerpo extrañamente frío al no tenerla ya cerca de él. Ella le había dado calor durante la noche y una vez que no la tenía cerca, le parecía que algo le faltaba. Trató de ignorar aquella sensación.

Saoud extendió una manta para ella sobre la arena mientras Abdessalam se levantó de su sitio junto al fuego para servirle un plato de arroz, dátiles y pan ácimo.

Dados los casi setenta años de Abdessalam, Karim no había querido que participara en la expedición, pero el anciano había insistido en acompañarlos.

-Tu padre me encargó que te cuidara -le había dicho-. Lo que piensas hacer es peligroso. Yo conozco el desierto mejor que tú. Nunca me perdonaría no estar contigo cuando lo necesitaras.

Karim había aceptado que los acompañara, pero se había opuesto tajantemente a que fuera uno de los integrantes de la comitiva que se adentrara en el territorio de Ben Zaidi.

-Te conoce demasiado bien, amigo mío. Sabe que, como mi padre, eres su enemigo declarado.

En ese momento, Karim veía cómo el anciano atendía a Diane. Le llevó un café y cuando terminó de comer, le puso la manta a la sombra de las palmeras para que descansara.

-Bendito sea Alá por haberte permitido alejarla de ese miserable -comentó el anciano cuando regresó al lado de Karim-. ¿A dónde la llevarás?

-A Rashdani. De allí la llevaremos en avión con su padre a Marruecos.

-Rashdani está a casi una semana de camino de aquí si vamos por la ruta del oeste, más si damos algunos rodeos para evitar a los hombres de Ben Zaidi -Abdessalam levantó la vista al cielo. El sol brillaba, pero había un halo amarillo en las nubes bajas-. Algo se está preparando -dijo casi para sí.

¿Una tormenta?

-Tal vez -Abdessalam se levantó-. Todo está dispuesto. ¿Montarás el caballo, o uno de los camellos?

-El camello. Dejaremos al caballo en El Terasalin -Karim también se

puso de pie y miró hacia el desierto-. Será mejor que nos vayamos. No creía que Ben Zaidi y sus hombres los encontraran. El desierto era vasto y tenía muchos oasis. De todas formas, no estaba dispuesto a correr riesgos. El viaje sería pesado para la mujer y esperaba que tuviera la fuerza necesaria para soportarlo. Dirigió la vista hacia ella. Con la túnica negra habría parecido cualquier otra mujer, pero el color glorioso de su cabello la distinguía entre todas.

Para no pensar en ella y en la agradable sensación de su cabello en la cara cuando cabalgó teniéndola tan cerca de él, fue a llenar la querba, una bolsa de agua que llevaba al hombro. Se lavó y fue en busca de una túnica limpia.

Volvía con sus hombres cuando alguien gritó: -¡Jinetes!

El grupo se dirigió hacia los camellos, los obligaron a echarse y se protegieron detrás de ellos. Karim ayudó a Diane a levantarse y juntos corrieron hacia la barrera de animales.

-¿Cuántos son? -preguntó al llegar.

-A esta distancia resulta difícil saberlo, pero al menos parecen cincuenta.

Karim maldijo entre dientes. Sus hombres eran buenos tiradores, pero eran quince contra cincuenta.

-Esperen -les pidió Karim-. No disparen hasta que yo dé la orden. Tú agáchate y no molestes -le indicó a Diane.

-Denme un rifle -la chica negó con un movimiento de cabeza. -¡Un rifle!

-Sé manejarlo. Ellos son más que nosotros. Yo…

-¡Las mujeres no usan rifles! -rugió Karim-. ¡Agáchate! -¡Ahí vienen! -advirtió Abdessalam.

-Listos, esperen. ¡Ahora! ¡Fuego!

El tumulto fue ensordecedor, pero más estridentes fueron los gritos cuando los atacaron jinetes de túnicas blancas que avanzaron disparando. Diane vio caer a uno de los hombres de Karim. Cuando la chica gritó y quiso levantarse, Karim la tomó de la cintura y la obligó a tirarse al suelo. Otro hombre cayó. En esa ocasión Karim estaba de espaldas y Diane se dirigió hacia el caído, arrastrándose sobre la arena.

Cuando llegó a su lado, tomó su arma y empezó a disparar. Nunca, por supuesto, había tirado contra su ser humano, pero en ese momento estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para ayudar al hombre que la había rescatado y para evitar volver al lado de Ameen Ben Zaidi.

Karim perdió la noción del tiempo. Se volvió para asegurarse de que

la mujer estaba bien y la descubrió a unos tres metros de distancia junto al cuerpo de uno de sus hombres. Estaba de rodillas, disparando desde detrás de una silla. Maldijo para sus adentros. Le había dado una orden y ella había desobedecido. En ese momento, un hombre saltó sobre la barricada, tratando de derribarlo. Disparó y su asaltante cayó al suelo.

Los minutos siguientes fueron un infierno de disparos, gritos de guerra y de dolor. El cielo se oscureció y una súbita ráfaga de viento levantó arena, pero Karim apenas se dio cuenta.

-¡Alize! ¡Alize! -exclamó de pronto Saoud-. ¡El viento del desierto nos ataca!

Y cayó sobre ellos. No tardaron en ahogarse en los remolinos de arena. No podían ver nada más que las ráfagas anaranjadas de los disparos de rifle.

-¡Rapido! -Abdessalam tomó el brazo de Karim-, esta es tu oportunidad. Llévate a la mujer y escapa en la tormenta. Nosotros los cubriremos.

-¡No!

-Los detendremos y luego nos dividiremos. Nunca nos encontrarán en medio de la tormenta. Llévate uno de los camellos y márchate ahora que puedes. Piensa en la mujer. Piensa en lo que le harán si vuelven a capturarla.

Abdessalam tenía razón, pensó Karim. Tenía que sacar a la joven de allí: y la tormenta parecía haber sido enviada por el cielo.

-Vete -insistió Abdessalam.

-Barakallahoofik, que Alá te bendiga -Karim apretó el hombro de Abdessalam-. Escapen tan pronto como puedan. Que Alá los acompañe -fue hasta Diane-. Ven -le gritó-. Nos vamos de aquí.

Diane lo siguió sin decir nada. Karim llegó hasta el último camello y lo hizo arrodillarse. Luego ayudó a Diane a montar y él hizo lo mismo. El viento era tan intenso y la arena tan espesa, que apenas podía ver. Entregó su pañoleta a Diane.

-Cúbrete el rostro -gritó por encima del ulular del viento y se cubrió la cara con su howli.

Diane le rodeó la cintura con los brazos. No podía ver y le resultaba difícil respirar. Había oído hablar de las tormentas de arena, pero nunca había imaginado que fueran así. La arena volaba, los cegaba y ahogaba. Enterró el rostro en la espalda de Karim y se aferró a él.

El camello avanzaba en medio de la tormenta. Karim no podía ver, y tampoco tenía idea de hacia dónde iban. Sólo sabía que tenía que

alejarse con Diane. Abdessalam tenía razón. El tiempo era una bendición de Alá y el viejo no era ningún tonto. Se dividirían y, con la ayuda del Profeta, lograrían escapar.

El viento arreciaba. El camello trastabilló y cayó de rodillas. Karim desmontó y ayudó a Diane a hacer lo mismo; sin soltarle la mano, hizo que el camello se echara.

-¿Qué vamos…? -empezó a decir Diane, pero el viento ahogó sus palabras.

Karim la rodeó con los brazos y la acercó a su pecho para protegerla de la tormenta. Se protegieron tras el vientre del animal. Diane perdió la noción del tiempo. Sólo había el calor, el viento y la arena que hería sus manos y su cara, amenazando con ahogarla. Por un momento se llenó de pánico, pero cuando trató de alejarse, Karim la apretó contra sí con fuerza. La obligó a bajar la cabeza y allí la sostuvo. Ella advirtió los latidos del corazón de Karim en su mejilla y su única realidad fueron aquellos brazos que la sujetaban.

Era un infierno, una pesadilla de calor, viento y arena. Diane se mantenía agarrada al frente de la túnica de Karim y, al verlo, sólo distinguía sus ojos negros. Las horas pasaron. En una ocasión Karim le dio agua a beber de la bolsa que llevaba al hombro.

-¿Cúando terminará esto? -gritó la chica.

Una tormenta como esa podía acabar tan rápido como había empezado, o durar días enteros. Si este fuera el caso… Karim sabía que no podrían sobrevivir más de dos días si no tenían un refugio.

-Terminará -le indicó él y volvió a refugiarla entre sus brazos. Pensó que la joven se había mostrado muy valiente ante el peligro. Eso le daba la esperanza de que tuviera la fuerza suficiente para soportar lo que les esperaba. Cuando la tormenta cediera, si lo hacia, estarían perdidos. El viento habría cambiado las formaciones de las dunas y su brújula estaba en las alforjas que había abandonado.

No sabía qué habría en las del camello que había tomado para huir. Rezó para que hubiera agua suficiente para los dos hasta que llegaran a un campamento o a un oasis.

La bestia se inquietó y trató de levantarse. Karim se apoderó de las riendas y la obligó a permanecer echada. Sabía que estaba sufriendo, pero si la dejaba ir, él y Diane perecerían.

Pensó que aquella joven era una extranjera, una chica rica mimada, no acostumbrada a hacer lo que se le ordenaba. Era responsabilidad suya. Si sobrevivían, ella tendría que hacer precisamente lo que se le

dijera y estaba seguro de que eso no le gustaría. En sus brazos parecía pequeña e indefensa. Bajo la túnica sentía sus senos libres oprimidos contra su pecho. A pesar del viento y de la arena, su cuerpo se tensó. Recordó su figura con la vaporosa túnica verde que nada hacía por ocultar su cuerpo. Y también cómo había sentido su cuerpo contra el suyo cuando ella luchaba tratando de liberarse.

Oprimió el rostro de la chica contra su cuello y trató de pensar en lo que harían para salir de allí cuando la tormenta pasara. Las horas se arrastraron hasta que ah fin se quedó dormido. El silencio, el sol cegador y el calor sofocante lo despertaron y sacudió a Diane.

-Ya ha pasado -le indicó.

Diane se apartó de él y miró a su alrededor. Estaban en un mar de arena. No había nada más; sólo el cielo, el sol y un infierno.

-Sólo bebe un sorbo hasta que sepa cuánta agua tenemos -le ordenó Karim al entregarle la bolsa del líquido vital.

Diane se la hubiera bebido toda, pero se limitó al sorbo indicado. Karim fue tan conservador como ella.

-Voy a revisar nuestras provisiones -declaró cruzando los dedos para que las tuvieran. Hizo que el camello se arrodillara. Había una querba de agua en la cabeza de la silla y sólo una alforja. En su interior encontró unos dátiles, una típica enrollada y un howli, además de unas sandalias viejas y dos naranjas.

Debía conservar el agua y las naranjas, pero la mujer necesitaba alimento, así que sacó cuatro dátiles, le dio dos y conservó los otros dos para él. Cuando los comieron, volvió a entregarle la cantimplora.

-Supongo que no puedo lavarme la cara -comentó Diane después de dar un sorbo -ante la negativa de Karim, agregó-: ¿Tiene idea de dónde estamos?

-No, pero no te preocupes. Encontraremos una villa o un oasis, tal vez un campamento o una caravana. Estaremos bien. Sólo debemos tener cuidado. Anda, déjame ayudarte a montar.

-¿Y usted?

-Yo caminaré. -Pero…

-Tenemos que conservar las energías del camello. Estoy acostumbrado y estaré bien -sacó el howli de la alforja y se lo entregó-. Póntelo, te protegerá del sol -al ver sus pies descalzos, frunció el ceño-. Traía ropa para ti: botas, pantalones, camisas, cepillo de dientes, cosas como esas. -¿En dónde están? -preguntó Diane con una sonrisa brillante.

-En uno de los camellos que nos habrían transportado -una sonrisa

suavizó las palabras de Karim-. Lo lamento, agarramos el camello equivocado.

Su gesto la relajó. La hacía abrigar esperanzas a pesar de no saber nada de él. Incluso había olvidado su nombre.

-Lo siento, pero no puedo recordar su nombre.

-Karim al-Raji, para servirla, madame -hizo una reverencia.

-Y yo Diane St. James, señor al-Raji -le indicó con la misma formalidad. Pero de pronto le pareció graciosa tanta ceremonia. Los dos estaban perdidos en medio del desierto del Sahara y ella estaba descalza. Su única posesión era un camisón y la túnica prestada. Su sonrisa se convirtió en risa que corrió sobre la arena.

Karim no sabía por qué reía, pero le pareció el sonido más dulce que hubiera escuchado jamás.

-Es tan ridículo -le dijo ella sin aliento-. Aqui estamos en medio de ninguna parte y no tengo ni un par de zapatos.

-Tal vez podamos hacer algo al respecto -la ayudó a montar y sacó las sandalias de la alforja-. No te quedarán bien, pero son mejor que nada. Ya está -declaró después de colocárselas, resistiendo el impulso de besarle los pies-. Será mejor que partamos.

Las primeras horas no resultaron tan mal, pero a media tarde, la temperatura era insoportable. El desierto era un infierno.

-¿Por qué no me permite caminar un rato para que usted descanse? -preguntó Diane en cierto momento.

Sin contestarle, él se limitó a lanzarle una mirada dura. Cuando al fin se detuvieron para tomar un trago de agua, le dijo a la chica: -Pronto oscurecerá y entonces las cosas mejorarán -le dio un dátil y le pidió que conservara el hueso para chuparlo, antes de comerse uno él mismo.

Las dunas brillaban como oro en el desierto. En una ocasión empezó a gritar al ver un oasis. Se contuvo a tiempo al darse cuenta de que era un espejismo. Diane no lo escuchó, afortunadamente. La joven dedicaba toda su atención a permanecer en la silla del camello. "Pronto oscurecerá", se decía una y otra vez. "Oscurecerá y refrescará. Refrescará".

Al fin el sol se hundió en el desierto. El cielo adquirió tonalidades increíbles de rosa y naranja. Más adelante, a su derecha, Karim distinguió unos arbustos y unas formaciones rocosas. No era mucho, pero sería una protección y hacia allí condujo al camello. Después de hacerlo arrodillarse, ayudó a Diane a bajar, quien al poner pie en tierra se tambaleó y aferró a la silla.

-Lo siento -murmuró-, estoy un poco mareada.

-Es por el sol -Karim la llevó a la protección de las rocas, se quitó la túnica y la extendió sobre la arena para sentarla sobre ella. Le retiró el howli, se arrodilló a su lado y le entregó la bolsa de agua. Ella dio un sorbo solamente-. Toma un poco más -le indicó.

-Ya estoy bien -contestó ella después de beber unos sorbos más. Pero no era así. Estaba ruborizada y tenía la piel reseca.

-Quítate la túnica -le ordenó Karim, y ella abrió mucho los ojos-. Estás demasiado acalorada -le sacó la túnica por encima de la cabeza. Luego, a pesar de las protestas de la muchacha, humedeció el howli y le mojó la cara.

-Se siente tan bien -murmuró-. Tan bien… pero ya basta, señor al-Raji -le apartó la mano-: Tenemos que conservar el agua.

-Mi nombre es Karim -la hizo recostarse y mantuvo la tela húmeda sobre sus sienes. La mujer desafiante que le había pegado, la que los había ayudado a defenderse de los hombres de Ben Zaidi, en ese momento le parecía frágil. Le humedeció los labios con la tela y luego se la colocó en el cuello.

-Gracias -murmuró ella adormilada, tocándole la mano.

Karim permaneció sentado a su lado mientras ella dormía. Cuando despertó, comieron unos dátiles y compartieron una naranja.

-¿Tiene idea de en dónde estamos? -preguntó la joven.

-Vamos al oeste en dirección a Rashdani. Allí está mi hogar. Cuando lleguemos, te llevaré de regreso con tu padre en avión.

-Pobre papá. Debe de estar muerto de preocupación.

-Estoy seguro de ello. Me pareció una persona decente.

-Usted se preguntará como pudo tener una hija como yo -le indicó Diane con una mueca fingida-. ¿"Hija de un camello", fue como me llamó?

-Estaba molesto -explicó Karim a la defensiva.

-Yo también. Siento haberlo golpeado.

-Aceptaré tu disculpa porque sé que estabas muy asustada, pero si vuelves a hacerlo, haré que te aten a una estaca sobre un Hormiguero -sus palabras eran severas, pero había un brillo divertido en sus ojos-. ¿En dónde vives? -preguntó-. ¿En Marruecos o en Estados Unidos?

-Vivo en París. Más o menos cada seis meses, mi padre va a visitarme allá, o yo acudo a Marruecos o a uno de los pozos de la compañía -se volvió hacia él-. ¿Por qué fui secuestrada? ¿Tuvo algo que ver con mi padre, o la empresa?

-Por la compañía -le indicó Karim-. Según entiendo, Ameen Ben Zaidi lleva tiempo intentando comprarla. Ha habido ataques a las plataformas petrolíferas y algunos hombres han muerto. Ahmed y tu padre informaron de la situación al conjunto de los países árabes productores de petróleo y todos han reprobado a Ameen. Supongo que fue entonces cuando decidió secuestrarte. Si no conseguía la empresa, al menos obtendría venganza y el dinero.

-¿Cuánto pidió?

-Seis millones de dólares americanos.

-¿Seis millones…?

"Y vales cada céntimo", estuvo a punto de decirle Karim.

-Pero si mi padre y Ahmed hubieran pagado, nunca me habrían liberado, ¿no es así?

-No, Ameen nunca te dejaría en libertad. Te habría convertido en una de sus esposas, o en su amante y cuando se cansara de ti, te habría vendido al mejor postor -vio el asombro pintado en los ojos de la chica, y por un momento lamentó haber sido tan franco. Pero ella tenía que saber lo peligroso que era Ameen, lo peligroso que sería que los encontrara.

El tiempo refrescaba. Karim sacó la túnica sobrante de la alforja. -Dormiremos por unas horas y continuaremos. Será mejor que avancemos cuanto nos sea posible antes del amanecer -se sentó a su lado-. Nos cubriremos con esto.

"¿Nos?", se preguntó Diane mientras se recostaba sobre la túnica junto a él.

-Bue… buenas noches.

-Buenas noches, señorita St. James.

-Ya que vamos a dormir juntos, más vale que me llames Diane.

-De acuerdo -aceptó entre risas al acostarse junto a ella-, Diane.

Diane se apartó de Karim todo lo que pudo sin hacer tan evidente su intención. No quería comportarse como una adolescente asustada, pero Karim era prácticamente un desconocido y no se acomodaría con él para dormir.

Era un hombre poderoso y peligroso. La primera ocasión que lo vio en el campamento de Ben Zaidi, había sentido miedo. Tenía un aire de potencia y arrogancia en los ojos y le había costado un gran esfuerzo mirarlo con desafío. La noche anterior la había rescatado de las garras de Ben Zaidi y, si bien se lo agradecía, había una parte de ella que no dejaba de preguntarse si habría salido del fuego para ir a caer en las

brasas.

Seguía refrescando. Cuando la respiración de Karim adoptó un ritmo regular y supo que estaba dormido, se acercó al calor de su cuerpo. Apenas lo conocía, pero su vida dependía de él y de sus conocimientos del desierto. Sabía cuán desesperada era su situación. Casi no tenían alimentos y muy poca agua, si al día siguiente no encontraban algo estarían en peligro de muerte.

Diane tocó la manga de su túnica con los dedos para asegurarse de que no estaba sola. Al fin, agotada por los acontecimientos, se quedó dormida. Las estrellas todavía brillaban, pero la luna estaba bastante más baja cuando Karim despertó. Aun cuando sabía que debían tomar ventaja de la oscuridad, no quería moverse. Se volvió y, al hacerlo, fue consciente de la mujer que estaba a su lado. Se había acercado a él cuanto pudo en un esfuerzo por entrar en calor en la fría noche del desierto. Tenía la cabeza apoyada sobre su hombro y los senos en contacto con su brazo.

Siempre había creído que el dormir, como el bañarse, era algo hecho para hacerse solo; sin embargo, le resultaba agradable tener a esa mujer cerca de él, sentir el calor de su cuerpo contra el suyo y escuchar su respiración regular. Frotó la mejilla contra la suavidad de su cabello y de pronto, con la misma rapidez con la que los había atacado la tormenta del desierto, su cuerpo se tensó con un deseo tan feroz, que casi jadeó.

Diane murmuró algo en su sueño y se acercó más a él.

Karim apretó los dientes y, con más fuerza de la que se creía capaz, se alejó de ella y se incorporó.

-Diane -murmuró con voz quebrada-. Diane-repitió con más volumen-. Despierta, es hora de irnos.

-¿Irnos? -abrió los ojos-. ¿Ya ha amanecido?

-No. Es un poco más tarde de las dos, pero debemos avanzar lo más que podamos antes que haga demasiado calor.

-Quisiera tener un cepillo para el cabello -murmuró ella. Tenía el cabello enredado y se sentía sucia. Ansiaba un largo baño en agua perfumada. Miró a Karim como si él fuera el culpable de aquella situación-. Necesito… el… prepararme para el viaje.

-No tardes demasiado.

Diane se fue detrás de una formación rocosa y se quitó la túnica. Tenía el camisón sucio y desgarrado. No lo necesitaba. La túnica tenía el grosor suficiente para cubrirla. Trató de desenredarse el cabello con

los dedos y se hizo una trenza, sujetando su extremo con una tira que arrancó del extremo del camisón destrozado.

El viento seguía fresco, pero sabía que en unas horas el calor sería tan abrasador como el del día anterior. No pidió agua al despertar y Karim no se la ofreció. Ambos sabían cuánto la necesitarían a lo largo de la jornada.

-Me gustaría caminar un rato -declaró cuando se reunió con Karim-. Nunca había montado en camello y estoy… ya sabes.

-¿Dolorida por la silla? -una sonrisa apareció en los labios de Karim-. Siempre y cuando puedas mantener el paso.

-Lo haré.

La luna ya estaba muy baja en el cielo, lanzando retazos de sombras en las dunas. No había aves, ni movimiento. El único sonido eran los pasos pesados del camello en la arena. Era como si fuesen las únicas personas en el mundo. Diane ya no tenía miedo. El tiempo se había detenido. No habría un mañana, sólo el allí y el ahora.

En las sombras de la noche el rostro de Karim al-Raji parecía extraño y misterioso. Era un hombre alto, fuerte y de constitución poderosa. Sus piernas eran largas y caminaba entre las dunas, tirando del camello como si estuviera dando un paseo por el campo. Su expresión era seria, y había en él tanta seguridad que daba confianza a Diane y le hacía pensar que tal vez su situación no fuera tan dramática como había pensando en un principio.

Hablaron poco hasta que, dos horas después de partir, Karim anunció: -Detengámonos a desayunar -de la alforja sacó la bolsa de dátiles. Sólo quedaban unos pocos y la naranja.

-¿Nos vamos guiando por las estrellas? -preguntó ella.

-Sí, vamos hacia el oeste. ¿Cómo te sientes? ¿Estás cansada? ¿Quieres montar ya?

-No. Ya pronto amanecerá, ¿no es así?

-Dentro de una o dos horas, pero todavía contamos con tres o cuatro antes que haga demasiado calor. Llevamos buen paso.

-¿Estamos muy lejos de…? -trató de recordar el nombre de su destino, pero le resultó imposible.

-Rashdani -apuntó Karim.

-Háblame de él. ¿Cómo es? ¿Quién es el presidente?

-No hay presidente -sonrió él-. Rashdani es un país pequeño, gobernado por un sheik, ubicado entre el mar y el desierto. ¿Has estado en Tánger? Es muy parecido. Blanco, muy limpio, con amplias avenidas,

flores y palmeras. Su capital, la ciudad de Rashdani, está frente al Mediterráneo y aun cuando el clima es cálido, la brisa siempre sopla. El palacio está en las afueras de la ciudad sobre una loma con vista al mar.

-¿Vives en el palacio?

-Por supuesto -respondió con una sonrisa-. Soy el sheik de Rashdani.

-Si eres el sheik, ¿por qué fuiste a rescatarme? -preguntó Diane después de una pausa-. ¿Por qué no enviaste a uno de tus hombres? ¿Por qué te arriesgaste a venir al desierto a buscarme? Después de todo, no conocías ni a mi padre ni a mí.

-Pero conozco a Ahmed Jurani. El trabajó para mi padre antes que Ahmed y tu padre se hicieran socios. El me salvó la vida en una ocasión y le debía el favor. Además, tengo cuentas pendientes con Ben Zaidi.

-¿Eres su enemigo?

-Soy su enemigo -confirmó él, sombrío.

-Pero llegaste a su campamento como amigo.

-Ha habido una especie de tregua entre nosotros durante los últimos años, pero nunca hemos sido amigos. Su padre mató a mi abuelo.

-Lo siento -dijo Diane, sorprendida. .

-Durante algunos años hubo paz entre Rashdani y Bir Semarian cuando surgió una disputa por unas tierras petrolíferas. Mi abuelo fue a hablar con el padre de Ben Zaidi y éste capturó a mi abuelo, lo torturó y lo mató. Mi padre y sus hermanos respondieron y estalló la guerra. Recobramos los campos petrolíferos que la familia de Ben Zaidi había tratado de arrebatarnos y al fin se declaró una paz vacilante. Ahora está rota, por supuesto -sonrió Karim sin quitarle ha vista de encima-. Y todo porque le robé su caballo más preciado -Diane apretó los labios-. Y a ti -agregó-. Habría conseguido una buena cantidad de dinero en los mercados de esclavos cuando se cansara de ti. Nunca me perdonará el haberte alejado de su lado.

Diane lo miró asustada, pero no titubeó. Caminaba tan libre como él, con ha barbilla levantada, orgullosa y confiada. Conocía, si bien no tanto como él, el reto y los peligros a los que se enfrentaban. Eso le gustaba a Karim. Admiraba su valor y su belleza.

Se había trenzado el cabello y Karim deseó que estuvieran en otra parte, tal vez en un hotel de Casablanca o de París, o en sus aposentos en el palacio de Rashdani. Sí, allí era donde le gustaría estar con ella. Las sirvientas la bañarían y vestirían con las mejores sedas, y cuando la llevaran a él, cenarían en el balcón. Habría melones frescos de Marruecos, fresas y uvas moradas, jugosos melocotones…

-El sol está saliendo -anunció Diane.

-Será mejor que montes un rato -le sugirió Karim al entregarle la bolsa de agua. Hizo que el camello se arrodillara y la ayudó a subir. -¿Y tú? ¿No quieres montar?

-Será mejor no sobrecargar al camello.

El amanecer, como todos los amaneceres en el desierto, era tan hermoso que dejó a Diane sin aliento. Pero sabía que el peligro acechaba en la belleza del amanecer, ya que la temperatura no tardaría en volverse insoportable. Tenían que seguir adelante. Debían encontrar un oasis o una caravana. De no ser así…

Diane se cubrió la cabeza y parte del rostro con el howli, pero el sol era inclemente. Estaban rodeados por montañas de arena ardiente. De vez en cuando veían un matorral o unos arbustos. En una ocasión, Diane gritó:

-¡Mira! ¡Agua, veo agua! -pero Karim comprobó que tan sólo era un espejismo.

Poco después del mediodía bebieron el resto del agua que les quedaba. Continuaron. El sol se convirtió en un infierno. Brillaba en la arena y se reflejaba en las dunas que se extendían hasta donde la vista alcanzaba.

La bestia trastabilló y Diane empezó a deslizarse de la silla. Karim la sujetó antes que cayera y los dos quedaron de rodillas.

-Está bien -dejo ella-. Puedo caminar.

-Tal vez sea mejor que no lo hagas.

-¿No podemos darle un poco de agua? -preguntó Diane contemplando al camello.

Karim negó y le dio el último dátil. -Chupa la semilla. Te ayudará. -¿Y tú?

-Yo estoy bien. Estoy acostumbrado al desierto. Puedo soportarlo mejor que tú.

-Todavía nos queda la naranja.

-La guardaremos para después -miró al frente. Todavía les quedaban unas cinco horas de luz-. Háblame de París. ¿Qué haces allí?

-Soy escritora. Trabajo para una revista.

-¿Has estado casada?

-Nunca tuve tiempo -Diane negó con la cabeza.

Así que se trataba de una mujer que no tenía tiempo para los hombres. Muy interesante, pensó Karim.

-¿Y tú? ¿Tienes mujer… o mujeres?

-Sólo me casaré dentro de unos años y por necesidad. Tengo que tener hijos para asegurar la descendencia.

-¿Y qué pasará si son niñas?

-Seguiré insistiendo hasta tener un hijo.

-¿Y cuántas mujeres tendrás cuando te cases, sheik al-Raji? -Diane trató de sonreír, pero tenía los labios tan resecos, que hizo una mueca de dolor.

-Una, señorita St. James, y sólo porque así está ordenado. ¿Y qué hay de ti. ¿Te casarás y tendrás hijos?

-Tal vez. Cuando llegue el momento -lo miró desafiante-. Como tu, pienso esperar, sheik al-Raji.

-Pero la situación es diferente para una mujer. Ya tienes más de veinte años. Ya tendrías que estar casada.

-No estoy segura de hacerlo… de que me case y tenga hijos.

-¡No tener hijos! -Karim se detuvo para contemplarla-. Esa es la función de una mujer. Para eso la creó Alá.

-Si realmente crees eso, todavía vives en el siglo XV, por lo menos -exclamó Diane furiosa-. Despierta y huele las rosas, sheik. Estamos en cl mundo real. Un mundo en el que hay mujeres que gobiernan países y dirigen empresas.

-Tal vez en tu mundo, pero no entre los árabes.

-Eres un antifeminista -lo acusó.

-Claro que sí -aceptó complacido-. Ahora y por siempre. Nada me hará cambiar de opinión.

Diane quería aplastar aquella nariz demasiado perfecta. En lugar de ello, se dio la vuelta y empezó a caminar por la arena.

No hablaron durante un largo rato. El sol caía inclemente y de pronto a ella le pareció que el suelo empezaba a ondularse, haciéndola tropezar. -Tranquila -Karim la tomó de la mano-. Tranquila, Diane -sacó la túnica sobrante y la colgó entre las patas del animal-. Comamos la naranja -indicó.

-Estoy bien -protestó la joven, pero tenía el rostro encendido y las manos le temblaban.

Karim peló la fruta y la abrió, metiéndole un gajo en la boca. Diane lo mordió y dejó que el jugo resbalara por su garganta reseca.

-Quisiera que tuviéramos una docena. -declaró tratando de sonreír. -Yo también -Karim le entregó otro gajo.

Diane tenía los labios agrietados y una parte del rostro quemada por el sol.

—¿Cuánto tiempo crees que podemos seguir? -Tanto como necesitemos.

-Escucha, sé que esto es lo último que tenemos para comer y que no nos queda mucha agua. Eres más fuerte que yo y tal vez logres salir solo… sin mí, quiero decir.

-No te dejaré -declaró tajante, tomándola de la muñeca.

-Eres un hombre del desierto, Karim. Sin mí…

-No -la interumpió-. No.

Estaban sentados con las piernas cruzadas bajo el camello y la escasa sombra que les brindaba. Trataban de no aspirar su aroma a pelo, calor y orina. Karim dio a Diane un sorbo del querba que llevaba el camello. La chica dormitó, se despertó y volvió a dormitar. Cuando el sol estaba por desaparecer en el horizonte, Karim la ayudó a montar de nuevo. Le costaba un gran esfuerzo mantenerse en la silla, pero lo logró.

La arena adquirió un tomo rosáceo al reflejar los colores de la puesta de sol. "Descansaremos dentro de un poco", se dijo Karim, pero sabía que sería mejor que avanzaran todo lo que pudieran hacia el oeste, en dirección al sol poniente. Se volvió para mirar a Diane. Tenía la cabeza inclinada, pero mantenía firmes las riendas. No creía que resistiera un día más. El podría seguir, pero ella no. No la dejaría. No…

El camello trastabilló. Diane se deslizó de la silla y cayó antes de que Karim pudiera alcanzarla..

-Estoy bien -logró decirle ella, tratando de levantarse de la arena. Karim la ayudó a levantarse, pero no pudo hacer lo mismo con el camello. Tiró de la cuerda. Lo maldijo. El animal gruñó, pero no se puso de pie. Ah fin, dijo:

-La pobre bestia no puede más. Mañana estará muerta -sacó la pistola de su funda-. Apártate -le ordenó a Diane. Luego colocó el arma contra la sien del animal Y disparó.

E1 anochecer llegó lentamente. Karim extendió la túnica sobrante sobre la arena corno lo había hecho la noche anterior, pero en ese momento no tenían la protección de la formación rocosa. -Descansaremos una o dos horas antes de continuar -declaró él sentándose junto a ella.

-No creo que pueda seguir, Karim. Dentro de poco me quedaré dormida y, cuando lo haga, quiero que te vayas. Llévate lo que nos queda de agua y…

-¿De qué diablos estás hablando? -molesto, Karim la tomó de los hombros y la obligó a mirarlo a los ojos.

-Hablo de la vida -declaró ella-. De tu vida. Sin mí, tal vez puedas salir adelante.

-He venido al desierto a rescatarte y, por Alá, lo haré o moriré en el intento -apunto Karim apretando los dientes.

-No lo permitiré -murmuró la chica-. Sigue tú. Tal vez mañana encuentres agua. Quizá…

-No te dejaré -Karim le dio la espalda, recostándose en la túnica. Descansaron un rato sin hablarse; al fin, Diane comentó:

-No hablaba en serio cuando te dije que no quería hijos. En ocasiones, cuando no puedo dormir, hasta les doy nombres, Katherine será la mayor, luego estarán Michael y Andrew. Y tal vez Gabriela.

Karim sonrió en la oscuridad.

-Esa será la que más se parezca a ti -se volvió para tomarla de la mano-. Son nombres bonitos.

Diane pensó que esos niños jamás nacerían. Levantó la vista al cielo. La luna llena brillaba y las estrellas estaban tan cerca que si se ponía de pie y extendía los brazos, creía poder tocarlas. Era una noche hermosa. Tal vez su última noche en el mundo.

-¿Qué nombres les pondrás a tus hijos? -preguntó para apartar aquellos pensamientos tristes de su mente.

-El primero será Hassan, en honor de mi padre. El segundo Kumar, por mi abuelo. Luego Jamal, Brahim, Rashid, Ahmed…

-¿Ninguna niña? -Diane se irguió apoyándose en un codo.

-Sólo tendré niños, pero si hubiera una niña, se llamará Serafma, como mi madre.

-Estás muy seguro de tener sólo niños.

-Claro que sí. ¿No soy un árabe antifeminista?

Diane le dio un golpe juguetón en el hombro entre risas, pero de pronto se puso seria.

-No saldremos de esta. ¿verdad, Karim? Nunca habrá una Katherine, un Michael, Kumar, Jamal o Serafma. Aquí termina todo, en el desierto.

-Diane…

-Pero pase lo que pase, te agradezco que me hayas rescatado de las garras de Ameen Ben Zaidi, por salvarme, por…

-Esto no es el final -Karim la tomó de los hombros y la sacudió-. No permitiré que lo sea -la contempló y de repente el deseo reemplazó a la

furia. El deseo y la necesidad de probar que estaba vivo. Pronunció su nombre y, antes que ella pudiera apartarse, le cubrió los labios con los suyos y la besó con deseo, desesperación y también con el temor de lo que el día siguiente pudiera depararles. Cuando la boca de Diane se estremeció bajo la suya, la obligó a abrirla para probar su interior.

Ella colocó las manos sobre su pecho y trató de apartarlo, pero él se lo impidió.

-Te deseo -murmuró contra sus labios.

- ¡No! -con fuerza trató de alejarlo-. -¡Suéltame! -gritó-. Déjame…

Karim volvió a apoderarse de su boca y cuando ella luchó contra él, se colocó encima de su cuerpo para contenerla y, mediante un acto de voluntad, trató de obligarla a ceder. Karim era demasiado fuerte para ella. Diane sintió la fuerza y la firmeza de su cuerpo sobre el suyo.

-Por favor, Karim…

El volvió a apoderarse de su boca y de pronto las manos que habían tratado de alejarlo se aferraron a su pecho. Ella contuvo el aliento porque sabía que, después de todo, quería aquella última noche de amor.

Los labios de Karim se suavizaron. Besó las secas comisuras de su boca. Le besó el cuello y las orejas. Las manos que la mantenían prisionera aflojaron su presión y la acariciaron.

Ella lo rodeó con los brazos, le acarició los hombros y la nuca. Sus labios se abrieron bajo los de él y los besó con ansiedad igual a la suya. Despacio, Diane se separó de él y se quitó la túnica.

-Ahora tú -le pidió ella y lo observó levantarse, quitarse la túnica, luego la camisa y el pantalón. Era magnífico, ancho de hombros y esbelto de cintura y caderas.

-¿Diane? -murmuró Karim cuando volvió a su lado. Tomó sus senos en las manos y, después de volver a recostarla sobre la túnica, la acarició. Sus manos en ese momento eran delicadas, la tranquilizaban y la encendían. Cuando ella le pidió que le hiciera el amor, baño su rostro con besos, antes de mirarla a los ojos y unir su cuerpo al de ella.

Diane jadeó y lo siguió impulso a impulso, sin temor, ya que aquel acto era el dar y recibir de la vida. Era mantener la muerte alejada.

Karim se hundía y acariciaba, se retiraba y surgía. Nunca había conocido un placer semejante, ni siquiera había pensado que aquello fuera posible. Era algo sobre lo cual los escritores se explayaban y cantaban los intérpretes, pero no era real; era demasiado bueno para ser real.

Pero lo era y ella quería que continuara. Lo quería así, sin exigir nada. Karim era para ella el epítome de lo masculino. Un hombre del desierto. Karim la asió por las caderas para acercarla más a él y hundirse cada vez más profundo.

-¿Sí? -preguntó junto a sus labios-. ¿Si?

Diane trató de responder, pero empezó a perder el control. La luna y las estrellas convergieron y todo, hasta el centro de su ser, se enfocó en aquel momento en él, en aquello increíble que estaba sucediendo en su cuerpo.

Gritó y se elevó hacia él. Estaba con él, era parte de él en ese momento de dicha indescriptible. El cuerpo de Karim se estremeció sobre el suyo. Murmuró palabras en árabe que ella jamás había escuchado antes. La sostuvo y la besó cuando al fin se apartó de ella, la acercó a él para sostenerla en su brazos.

-Sobreviviremos -murmuró él a su oído-. Sobreviviremos. .

CAPITULO 3

ESTABA a punto de amanecer cuando Karim despertó. Como la noche anterior, su primer pensamiento consciente fue para la mujer que dormía junto a él. Tenía la cabeza reclinada en su hombro y un brazo sobre su cintura. Permaneció durante unos momentos disfrutando de la caricia del cabello de Diane en su mejilla y pensó en lo ocurrido la noche anterior.

No estaba en sus planes hacer el amor con ella; fue algo que simplemente había ocurrido. Y aun cuando ella había luchado contra ello y contra él, sabía que era algo que los dos habían querido que sucediera.

Había hecho el amor con mujeres dispuestas pero pasivas, mujeres hábiles, controladas o ruidosas. Pero Diane era diferente. Había luchado contra él, algo que ninguna había hecho antes, pero cuando se rindió, su pasión lo había conmovido como ninguna. No había sido hábil. En realidad incluso había sido un poco torpe e insegura, lo cual le había gustado, porque si salían de aquella situación con vida, sería un placer inmenso enseñarle las muchas formas de hacer el amor. En ese momento final, cuando elevó el cuerpo hacia él y lo llamó por su nombre, había sentido una alegría especial y primitiva. En ese dar y recibir, los dos se habían alejado de la muerte y afirmado la vida.

La contempló. Sabía que debían partir, que debían haberlo hecho desde hacía horas y, sin embargo, no quería despertarla. Le pasó una mano por un seno.

-Mnmu -murmuró ella, acercándose más a él.

-Diane -susurró-, Diane.

-Oh -abrió los ojos al instante y se ruborizó antes de apartarle la mano-. De… deberíamos habernos levantado hace horas.

-Lo sé -no estaba seguro de lo que esperaba, pero odiaba verla avergonzada por lo que había sucedido entre ellos Quería que

significara algo especial para ella. Antes que pudiera atraparla, Diane se alejó y se puso de pie.

-Será mejor que partamos -señaló nerviosa.

Karim frunció el ceño en un gesto feroz. La noche anterior estaba seguro de que Diane quería hacer el amor tanto como él, pero en ese momento resultaba evidente que se arrepentía de ello. Eso hacía que él sintiera vergüenza por haberse impuesto a ella. Nunca había hecho eso antes con ninguna mujer y no volvería a hacerlo. Se levantó Y tomó la bolsa del agua. La sacudió y comprobó que estaba medio vacía antes de entregársela a la joven.

-Sólo un par de sorbos -le indicó brusco- . La necesitaremos más tarde.

Diane no quiso sacudir el depósito por no saber cuánta agua les quedaba. Se lo llevó a los labios, dando la espalda a Karim. Parecía tan molesto y peligroso como cuando se metió a hurtadillas en su tienda del campamento de Ameen Ben Zaidi.

Habían hecho el amor la noche anterior y aun cuando no había sido su intención, había respondido a él como nunca lo había hecho antes. Eso la asustaba ya que antes ella siempre había controlado sus emociones. Pero la noche anterior no había ocurrido así.

Estuvo comprometida en dos ocasiones anteriores. Una en la universidad y, la otra, dos años antes, una breve relación con un productor de cine neoyorquino. La experiencia universitaria había sido desastrosa y el ejecutivo cinematográfico casi la había matado de aburrimiento.

Pero la noche anterior con Karim… se había asegurado de que él no viera su rubor. No había podido contenerse. Lo deseaba tanto como él a ella. En el último momento su cuerpo se había estremecido y al fin, por primera vez en su vida, había sabido lo que una mujer sentía al hacer bien el amor.

Eso la irritaba. Había descubierto algo absolutamente maravilloso pero era demasiado tarde, porque lo más probable era que no salieran del desierto.

Miró a Karim cuando emprendieron el camino, pero él no se volvió para mirarla. Tenía la vista fija al frente. Diane sabía que estaba molesto y quería disculparse por la forma en que había reaccionado cuando la despertó.

Pero aquello era tan nuevo, tan inesperado… De todos los hombres del mundo, él era el último con el que había imaginado hacer el amor.

Era una sheik árabe, un antifeminista reconocido que creía que la única función de la mujer en la vida era complacer a un hombre y darle hijos. También era fuerte, valiente y tan atractivo que se le hacía la boca agua, pero… era también un hombre por el que ella jamás debía interesarse.

Siguió su ritmo y durante las primeras dos horas pudo mantenerle el paso. Pero el sol se elevó, el ambiente se hizo pesado y las dunas le parecieron más inclinadas. Le ardían los ojos, tenía la garganta seca y la lengua hinchada.

Pero no pediría agua. No bebería hasta que él lo hiciera. Pensó en la madre que había perdido y en su padre, en lo difícil que aquello sería para él. ¿Alguna vez encontrarían su cuerpo? ¿Llegaría su padre a saber lo que le ocurrió? ¿Se enteraría…? El desierto se inclinó y cayó de rodillas.

-Bebe -le ordenó Karim, acudiendo a su lado y acercándole el agua. Le resultó difícil hacerlo, pero al fin logró tragar y le entregó la bolsa. -Ahora tú.

-No la necesito.

-Tú -insistió y le llevó la bolsa de agua a los labios. Se puso de pie y Karim la sostuvo por la cintura para sostenerla-. No quiero que estés enfadado.

-No lo estoy.

-Lo estás. Por lo de anoche. Por la manera en que actué esta mañana.

-Eso no tiene importancia ahora, Diane.

-De acuerdo -asintió ella.

Avanzaron por las dunas sin hablar. La arena se mecía ante los ojos de Diane. El sudor resbalaba por su rostro, pero al secarse le parecía que el calor estaba dentro de su cuerpo, quemándola hasta los huesos, haciendo hervir su sangre. Le resultaba difícil enfocar la vista. Cerró los ojos y trató de concentrarse en cada paso que daba.

-Tan pronto como nos detengamos, me lavaré el pelo -declaró. Karim sólo la contemplaba-. Siempre me ducho antes de desayunar, y lo habría hecho esta mañana si no hubieras tenido tanta prisa.

-Tranquila -Karim la asió con más fuerza de la cintura.

-Una ducha con un jugo de naranja. Lo único que tendré que hacer es abrir la boca y el jugo…, -se calló y abrió los ojos. Gimió con temor y señaló una duna frente a ellos-. Allí están. Son cuatro jinetes a caballo. Han venido por nosotros -se aferró a la manga de la túnica de Karim-. Haz que se vayan -suplicó-. Haz… -se desplomó y, antes que Karim

pudiera sujetarla, cayó en la arena.

-¿Diane? -Karim se arrodilló a su lado.

-Han venido -murmuró ella y volvió a cerrar los ojos.

Karim la tomó en sus brazos y se levantó. Fue entonces cuando vio a los cuatro jinetes.

El agua se deslizaba por su boca. Diane se lamió los labios. Una mano le levantó la cabeza.

-Bebe -le ordenó una voz distante.

Dio un sorbo tentativo, luego sus manos asieron un brazo y bebió con avidez.

-Ya está bien -le retiraron el agua.

-No -abrió los ojos y vio á Karim, y más allá a los cuatro jinetes del Apocalipsis. Hombres morenos con túnicas negras. Diane atrajo a Karim hacia sí-. Te dije que estaban aquí -murmuró.

-Estos hombres son beduinos -la apretó con fuerza entre sus brazos-. Van a llevarnos hasta su campamento.

-¿Ella es su mujer? -preguntó uno de los jinetes en árabe. Se trataba de un hombre de elevada estatura, más alto que los demás.

-Es mi esposa -respondió Karim-. Soy Karim al-Raji.

-¿El sheik al-Raji de Rashdani? -el hombre levantó una ceja-. Está lejos de su casa, señor. Yo soy Hussein y estos son mis hombres: Omar, Nasir e Ismail -apuntó al llamado Omar y le ordenó-: Entrega al sheik al-Raji tu camello. Puedes ir con Ismail.

-¿Está lejos su campamento? -preguntó Karim cuando montaron.

-No mucho. Estamos a unos seis kilómetros, pero no habrían llegado a pie -Hussein hizo dar la vuelta a su camello y gritando: "¡Yallah! ¡Yallah!", partió al galope.

Diane era consciente de los brazos de Karim que la rodeaban y de la solidez de su pecho. Esas fueron sus únicas impresiones del viaje hasta que Hussein frenó su montura y anunció:

-Allí está el campamento.

Cuando ella volvió a abrir los ojos, dos mujeres la estaban bañando.

-Agua -murmuró en inglés-. ¿Podrían darme un poco de agua para beber?

-Luna -dijo una de las mujeres y la más joven de las dos acercó una

taza a los labios de Diane.

-¿En dónde estoy? -preguntó Diane cuando sació su sed.

-En nuestro campamento -respondió la mayor de las mujeres con un acento que Diane tuvo dificultad en entender-. Yo soy Zohra y ella es Elzaker. Su esposo está con los hombres, pero se reunirá pronto con usted. -¿Mi esposo?

-El sheik al-Raji -le indicó Zohra-. Es un milagro que mi señor Hussein y los otros los encontraran, madame -ayudó a Diane a ponerse una túnica blanca-. Ahora tiene que comer -comenzó a acercarle cucharadas de una humeante sopa a la boca.

-Respecto a lo de mi… esposo.

-Ha estado muy preocupado por usted -comentó Elzaker-. El quería atenderla, pero por supuesto, esto es trabajo de mujeres y le indicamos que tendríamos mucho cuidado con usted. Si hay algo más que podamos hacer por su comodidad, dígalo y Zohra y yo se lo traeremos -señaló la tienda negra-. Está reservada para visitantes especiales y usted es una visitante muy especial.

El suelo en el interior de la tienda estaba cubierto por tapetes persas de brillantes colores. Había cojines y una mesa baja en la que había un cepillo para el pelo, una jabonera y cepillos de dientes. Una tetera metálica, tazas de plata y gourds estaban en la arena junto a un brasero a la entrada de la tienda.

-¿Le parece bien? -preguntó Zohra ansiosa-. Estoy segura de que los dos estarán muy cómodos aquí.

-¿Los dos? -Digne se irguió-. Respecto al sheik al-Raji…

-¿Qué pasa conmigo? -Karim apareció en la entrada de la tienda. Vestido con una túnica blanca, estaba recién afeitado y parecía inmaculado. Aun cuando tenía sombras de fatiga bajo los ojos, parecía haberse recobrado completamente de la aventura en el desierto.

-Les has dicho que eres mi marido -le indicó Diane en inglés.

-Y lo seré mientras estemos aquí -confirmó Karim con frialdad.

-Pero yo…

-Como mujer soltera serías presa fácil para cualquiera de los hombres..: los solteros y los que no tienen las cuatro mujeres que la ley islámica les permite. Rueden retirarse -les indicó a las otrás mujeres era árabe-. Yo atenderé a mi esposa.

-Sí, sidi. Por supuesto, sidi.

-Sería peligroso que los hombres empezaran a luchar por ti -continuó Karim cuando se quedaron a solas-. Pero no lo harán si creen que eres

mi mujer, porque eso iría contra las leyes del Islam.

-¿Y esperas que comparta la tienda contigo? -preguntó Diane indignada.

-Por supuesto. Y también espero que laves mi ropa y cocines para mí, además de atender todas mis necesidades -agregó con una sonrisa maliciosa.

-¡No lo haré!

-Actuarás en todos los sentidos como si fueras mi esposa, ya que tu seguridad depende de ello -continuó Karim como si no hubiera escuchado sus protestas-. Si no me complaces o me contradices delante de los demás, te trataré como ellos tratan a sus mujeres -dio un paso al frente-. Estamos entre beduinos. Si descubren que no eres mi mujer, tendré que luchar por ti. Si soy derrotado, te irás con el más fuerte de ellos -Diane lo contempló asustada-. Sé que lamentas lo que ocurrió anoche, tanto como yo. Comprendo que te forcé y me disculpo. No volverá a suceder Diane. Pero compartiremos esta tienda y cuando estemos delante de alguien, daremos la apariencia de que somos marido y mujer. ¿has entendido?

-A la perfección.

-Espero que empieces a asumir tus labores domésticas mañana, por hoy descansarás y las mujeres te atenderán. Acabas del pasar por una experiencia agotadora.

-¿Cuánto… cuánto tiempo tendremos que estar aquí?

-Hussein tiene que hacer un viaje a Azrou Hamaam dentro de cuatro o cinco semanas. Entonces nos llevará.

-¡Cuatro o cinco semanas! -exclamó Diane, llena de desolación-. No podemos quedarnos tanto. Mi padre creerá que estoy muerta. Tengo que establecer contacto con él.

-Me temo que es imposible. Estamos a muchos kilómetros de la civilización y al menos ahora disfrutamos de la hospitalidad de Hussein.

-Podríamos comprarle camellos y provisiones. Podríamos…

-No -Karim sacudía la cabeza-. Necesitamos la protección de fin grupo, no sólo para cuidarnos del desierto, sino de los hombres de Ben Zaidi.

-¿De Ben Zaidi? ¿Crees que todavía nos busca?

-Por supuesto -replicó Karim, impaciente-. Sólo puedo esperar que Abdessalam y mis hombres estén a salvo, que ellos también hayan podido escapar en la tormenta. En cuanto a Ben Zaidi, no se dará por vencido hasta que te recupere y él o yo estemos muertos.

-¿Muertos? -Diane lo tomó del brazo.

-Cuando te rescaté, me convertí en su enemigo mortal, Diane. Ninguno de los dos descansará hasta que el otro esté muerto. Y si vuelve a tenerte en sus manos… -la miró con sus ojos oscuros-. Te mataré antes de permitir que eso suceda -Diane hizo una aspiración profunda para tranquilizarse, pero antes que pudiera hablar, él continuó-: Descansa. Dentro de un rato enviaré a alguien para que te atienda -antes de salir agregó-: Pero volveré.

Diane estaba sola, pero ese "volveré" resonaba como el batir de las alas de un ave asustada en su cabeza.

Cuando volvió esa noche, ella estaba dormida sobre los tapetes y rodeada de almohadas.

Karim colocó sobre la mesa la lámpara de aceite que llevaba y la contempló. La túnica blanca se le había abierto y a la luz de la lámpara mostraba sus piernas pálidas. Pensó en lo cerca que habían estado esas piernas de las suyas durante la noche anterior, y en cómo en medio del clímax de la pasión lo habían rodeado por la cintura para urgirlo a que se acercara más.

El calor lo invadió y se tensó de necesidad. Dio un paso hacia ella y se detuvo. Maldiciendo entre dientes, se volvió y apagó la lámpara. De pie en la oscuridad trató de acallar el deseo que lo atormentaba.

Karim había deseado a otras mujeres antes, pero nunca con tanta intensidad.

La luna brillaba sobre la abertura del techo de la tienda y a su pálida luz distinguía el contorno del cuerpo de Diane, sus muslos plateados, el halo de sus cabellos de color dorado rojizo.

Con un gemido ahogado se quitó la túnica y la dejó caer, ataviado sólo con un calzoncillo que apenas ocultaba la fuerza de su pasión. Podría tomarla en ese momento. Sólo tenía que despertarla y posarse sobre ella, apartarle la túnica y sujetarla con su propio peso. Le cubriría la boca con la mano para que no pudiera gritar. Se agitaría para librarse de él. Se… Le dio la espalda y permaneció de pie, inmóvil, con los puños apretados a los lados hasta que el fuego que lo devoraba empezó a ceder. Al fin, controlando sus emociones, se acostó alejado de ella.

Pero pasó mucho tiempo antes que pudiera dormir.

Diane estaba en un cuarto que parecía una celda. Las paredes eran duras y frías, las barras estaban demasiado altas, fuera de su alcance. La

puerta de hierro se abrió. Un hombre apareció ante ella.

-He venido por ti. Creíste que escaparías de mí, pero ahora te tengo.

Se colocó bajo la luz que entraba en la habitación, por la ventana con barrotes. Diane reconoció el círculo de pelo que rodeaba su boca y la cicatriz que corría desde la mejilla hasta el mentón. Comprendió que se trataba de Ameen Ben Zaidi. Trató de gritar, pero ningún sonido salió de su garganta. Intentó retroceder, pero sus piernas se negaron a moverse. -Ahora te tengo -repitió él.

Ella volvió a intentar gritar y en esa ocasión la voz sí logró salir y agitó los brazos, aterrorizada…

-¡Diane!

-¡No! -la chica golpeó los brazos que la sostenían.

-Sólo es una pesadilla, Diane. Estás aquí. A salvo.

-¡Ameen Ben Zaidi está aquí! -exclamó ella, aferrada al brazo de Karim-. El… -levantó la vista hacia Karim y empezó a llorar-. Era tan real jadeó-. Estaba en una celda con ventanas con barrotes. El iba hacia mí…

Karim la oprimió contra su pechó y ella se aferró a él, todavía alterada por la pesadilla. El le acarició el cabello y le habló al oído. Cuando al fin la tranquilizó, se recostó junto a ella sobre el tapete persa.

-Nada va sucederte, Diane -le prometió-. Nos quedaremos aquí hasta que Hussein pueda llevarnos a Azrou Hamaan. De allí iremos con una caravana a Rasltdani. Yo te protegeré de Ameen Ben Zaidi… -"con mi vida", agregó en silencio.

-Había otro hombre de Ben Zaidi -murmuró Diane-. Su nombre es Hadj. El trató de… me puso las manos encima. Quería…

-Ya no pienses en eso. Estás a salvo.

Poco a poco se tranquilizó. Su aliento cálido acariciaba el cuello de Karim y su cabello los hombros desnudos. Aun cuando él no lo quería, volvió a sentir que la pasión se apoderaba de él. Trató de alejarse antes que ella se diera cuenta de lo que ocurría pero, al hacerlo, la chica volvió a acercarse. Karim contuvo el aliento.

-Se… será mejor que te deje dormir -le dijo titubeante.

Ella se apoyó sobre un codo y lo miró. Tenía los ojos húmedos por el llanto y le temblaban los labios.

-No lo hagas -susurró Karim-. Por el amor de Alá no me mires de esa forma.

-¿Cómo? -Diane le pasó un dedo por los labios-. ¿Cómo, Karim?

-Diane… -con un gemido ahogado, la atrajo hacia sí y la besó.

¡Diane! jadeó y abrió los labios. Karim invadió su boca y cuando la lengua de ella buscó la suya, él supo que nada lo detendría. Ella lo acercó y murmuró su nombre contra sus labios.

Frenético de necesidad, Karim cubrió de besos el rostro de la joven y le mordisqueó el labio inferior. ¡Diane! dejó escapar un gemido de protesta cuando él se apartó para quitarse el calzoncillo.

Luego la levantó para despojarla de la túnica. No llevaba nada debajo de ella y contuvo el aliento al contemplar la hermosura de su cuerpo. Cogió sus senos en sus manos y volvió a besarla.

-Me dejas sin respiración, Diane. Me haces anhelar cosas que jamás imaginé -aunque ansiaba poseerla, se controló para besarle los senos-. Eres tan hermosa…

El fuego ardía en el interior de Diane. Lo deseaba tanto como él a ella, pero Karim la hizo esperar mientras acariciaba las puntas excitadas de sus senos.

-Karim… oh, Karim, por favor.

El continuó acariciándola hasta que gimió:

-Sí, oh sí -se colocó sobre ella-. ¡Diane! -exclamó al tomarla de las caderas para después hundirse en ella.

Su calor la envolvió. Se movía con él, se hacía una con él y Karim cerró los ojos, ahogándose en ella, perdido en un éxtasis de sensaciones. ¡Diane! le acariciaba los hombros y la espalda. Le besó el cuello y las orejas, siempre murmurando su placer. Karim quería que aquello durara, pero el hecho de sentirla, de escuchar sus murmullos y gemidos, lo llevaba

al borde del abismo. Se movió rápidamente y con energía contra ella. Se hundió y retrajo una y otra vez.

-Por favor… por favor -gemía ella y él tuvo que hacer acopio de todo su control para contenerse, para esperar cuando ella acercaba su cuerpo al suyo y su boca ávida buscaba la suya.

La espera se convirtió en una agonía exquisita para ambos. Sus cuerpos chocaban y ella se aferraba a él. Diane ya estaba más allá de la razón, perdida en él, siguiéndolo a donde fuera, alzando su cuerpo hacia él, apresándolo con sus brazos.

Gritó cuando su cuerpo empezó a temblar sin control, atrapada en un remolino de sensaciones que le eran desconocidas. Siguió y siguió, invadida por la pasión. Y cuando Karim empezó a sentir lo mismo, ella se apretó a él. Se apoderó de su boca y ahogó un grito para pronunciar su nombre sólo cuando él se desplomó sobre ella.

No hablaron durante un largo rato. Diane sentía los latidos del corazón de Karim contra su pecho, su respiración agitada en el cuello. El empezó a separarse pero ella se lo impidió.

-No, no me dejes. Todavía no.

Karim se apoyó en un codo para contemplarla asombrado. Diane tenía hinchados los labios por sus besos. Sus ojos brillaban a la luz de la luna. Se los cerró con un beso.

-No te dejaré -murmuró poniéndose de lado para atraerla a sus brazos. No sabía cómo había empezado aquello, o por qué aquella mujer hacía que sintiera tanto deseo, tanta pasión. Pensó que era debido al peligro por el que habían pasado, el hecho de estar tan cerca de la muerte. Lo atribuyó a la luna, a la pesadilla. Se dijo que no volvería a suceder. Y supo que mentía.

No le gustaba dormir con una mujer a su lado. Esperaría a que su respiración se regularizara y la dejaría. Pero cuando al fin Diane se quedó dormida, no la dejó.

Estaba a punto de amanecer cuando Karim despertó. Estaba contra la espalda de Diane, rodeándole la cintura con un brazo, y con el otro acunándole un seno. Y la deseaba otra vez.

Sin abrir los ojos, comenzó a acariciarla. Ella murmuró en su sueño y se apretó contra él. Con los dedos le excitó el pezón. Diane se agitó y suspiró, apartándole la mano del seno para llevarla a sus labios y besarle las yemas. Luego, con la lengua le acarició la palma. Karim la besó en la nuca y volvió a acariciarle los senos.

Diane quería quedarse así, medio despierta, excitada por sus caricias, sintiendo que la llama de calor se extendía poco a poco en su interior. Pero cuando él la hizo volverse, se acunó gustosa entre sus brazos y entreabrió los labios para recibir su beso.

Karim la hizo suya con un movimiento suave y lento. Los dos tenían los ojos cerrados y empezaron a moverse juntos. La terrible urgencia de la noche anterior quedó atrás. En ese momento tenían tiempo para disfrutar de la unión, para moverse y acariciarse con calma.

Diane lo atrajo hacia sí sujetándolo de las caderas. Sentía los movimientos de sus músculos bajo sus dedos. El la besaba en los labios con ternura infinita.

-Karim… Karim -murmuró Diane al abrir los ojos y ver el cielo color de rosa del amanecer por la abertura superior de la tienda.

La noche anterior había culminado en una explosión de sentimientos, pero esa mañana era diferente. El momento llegó

lentamente y creció imparable. Karim sembró una lluvia de besos sobre su rostro después del maravilloso final, murmurando palabras en árabe que ella no comprendió.

-Dímelas en inglés -le pidió, pero él negó con la cabeza y le acercó el rostro a su hombro. Allí la sostuvo hasta que volvió a quedarse dormida.

-¿Ordeñar un camello? -preguntó Diane casi gritando-. ¿Esperas que ordeñe un camello?

-Zohra te enseñará a hacerlo -respondió Karim en árabe y señaló con la cabeza a la mujer mayor que esperaba a que Diane la acompañara-. Es sencillo.

-Entonces hazlo tú -lo miró furiosa con los brazos en jarras.

-No sería apropiado que hiciera las labores propias de una mujer -y agregó en inglés-: Lo siento, Diane, pero mientras estemos aquí no puedo tratarte de manera diferente a como los hombres tratan a sus mujeres. Si lo hiciera, ellos no me respetarían y las mujeres se burlarían de ti. No puedo permitir que eso ocurra. Si te niegas a hacer lo que se te diga, ellos esperan que te castigue -Diane lo miró con los ojos muy abiertos-. Y eso no puedo hacerlo -agregó él en voz baja para que sólo ella lo escuchara-. Nunca podría hacerte daño, ni causarte dolor.

La expresión de Diane se suavizó, pero antes que pudiera decir algo, Karim la empujó con suavidad y dijo en árabe:

-Anda, mujer, ve a ordeñar los camellos.

La bestia que le asignaron era fea, malvada y olía tan mal como sólo un camello podía oler. Observó a Diane cuando se le acercó, bufó y escupió.

Zohra la golpeó en el hocico y le entregó a Diane un banco y un cubo. -Es casi como ordeñar una cabra.

-Nunca he ordeñado una cabra.

-¡Nunca ha ordeñado una cabra! -exclamó otra mujer-. ¡No sólo no ha ordeñado un camello, tampoco una cabra!

-¿Cómo es posible? -preguntó Elzaker.

-Tal vez sea una chica de ciudad -comentó otra mujer-. No creo que las mujeres de la ciudad ordeñen camellos.

-Yo te enseñaré -dijo Zohra a Diane-. Verás que es sencillo. Colocas tus dedos alrededor de la teta y tiras así. Si tienes cuidado la bestia no te morderá.

Temerosa, Diane contempló al animal, frunció la nariz y siguió las

instrucciones. Nada sucedió.

-No, no -protestó Zohra impaciente-. Así.

Al fin salió un hilillo de leche de la ubre del animal.

Cuando terminó, le dolían los dedos. Pero ese no sería el final. Tuvo que ordeñar tres camellos más, antes que Zohra se diera por satisfecha. -Hemos terminado. Ahora nos haremos cargo de las cabras, después recogeremos leña y estiércol seco de camello para nuestras Hogueras. -¿Estiércol dé camello? -gruñó Diane.

El ordeño de las cabras resultó más fácil, pero tenía las manos hinchadas y la sensación de que la espalda se le iba a partir en dos. Pero al fin terminaron las labores. Podría volver a la tienda que compartía con Karim para descansar.

-Ha llegado la hora de preparar la comida del día para tu hombre -declaró Zohra.

-¿Cocinar? ¿Se supone que también debo cocinar?

-Tu hombre te ha echado a perder y la vida en la ciudad te ha vuelto perezosa -comentó Zohra con reprobación-. Alá tenía razón al enviarte a nosotros, ya que es hora de que aprendas a comportarte como una mujer. Ahora ven. Hoy te ayudaré, pero mañana tendrás que valerte por ti misma -le enseñó a Diane a hacer un fuego en el brasero y puso agua a hervir para el té-. Hoy tendremos dehicha -le informó a Diane-. Cebada hervida y mezclada con aceite y pan ácimo. Esta noche prepararás cordero y verduras.

Diane hizo una mueca de disgusto, pero obedeció y para cuando Karim hizo acto de presencia, la comida del mediodía estaba lista. Le sirvió un plato y el té y se sentó con las piernas cruzadas frente a él con el ceño fruncido.

-¿No vas a comer? -preguntó Karim.

-Estoy demasiado cansada. Tengo las manos y la espalda doloridas. Estás loco si crees que voy a hacer esto todos los días.

-¿No te ha gustado ordeñar camellos? -Karim alzó una ceja.

-No. Y tampoco me ha gustado ordeñar cabras -anunció despacio y con voz llena de furia.

-Come. Necesitas recobrar fuerzas. Sólo será por unas semanas -Karim le entregó el plato que ella le había servido y fue por otro para él-. Las cosas serán diferentes cuando lleguemos a Rashdani.

-¡Unas semanas! -Diane dio un bocado-. Me moriré antes que esto termine.

Karim reprimió una sonrisa. Quería ayudarla, pero sabía que no le

era posible.

El campamento nómada había constituido todo un impacto cultural para Diane. No obstante, cumplió con todas las tareas que le asignaron, sabiendo que todos los días que estuvieran allí serían iguales.

Y las noches también. Karim sabía que, mientras permanecieran en el desierto, Diane sería suya. No pensaría en el momento en que la entregaría a su padre, en el día en que la devolviera a su mundo y él volviera al suyo. Aquello no era más que un interludio en su vida, se dijo. Un interludio.

Quería tocarla, tomarla en sus brazos para llevarla a su tienda y hacerle el amor. Pero, como no podía hacerlo, le habló de cosas intrascendentes y trató de calmar la necesidad que tensaba su cuerpo cada vez que la miraba. Esa noche, se prometió. Esa noche.

Aquel atardecer, cuando las tareas del día quedaron terminadas, Diane tomó una túnica blanca limpia y fue con las mujeres al lugar donde se bañaban. Entraban en el agua hasta la cintura y se aseaban sin quitarse la túnica que llevaban.

Pero Diane fue más allá y bajo la protección parcial de una palmera, se quitó la prenda y la arrojó a la orilla.

Sentía el agua agradable y fresca contra su piel. Cerró los ojos y se dejó llevar por la corriente. El cuerpo le dolía y tenía ampollas en las manos. Quería volver a sentirse limpia, librarse del olor a estiércol de camello y cabras. Quería que la maquillaran y le arreglaran las uñas. Quería…

Abrió los ojos y vio la luna que surgía entre las palmeras. Más allá de las tiendas negras estaba el desierto y de pronto el maquillaje y las uñas pintadas ya no le parecieron importantes. El calor del día llegaba a su fin y la brisa soplaba entre las palmeras. La noche era tibia y llena de promesas.

Y Karim la esperaba en el interior de la tienda. Un estremecimiento la recorrió. Karim. Se aseó y lavó el cabello y, al terminar, se puso la túnica limpia y fue adonde él la estaba esperando.

Se sentaron frente a la tienda para escuchar los sonidos de la noche. Una mujer arrullaba a su bebé, un niño reía y se escuchaban los ladridos de un perro.

-Vamos a dar un paseo -sugirió Karim.

Tomó de la mano a Diane, la ayudó a levantarse y la guió por la pequeña colonia de tiendas de campaña hacia las cambiantes dunas del

desierto. La luna las teñía de un color dorado. Un halcón del desierto llamaba a su pareja.

"Recordaré estos momentos", pensó Diane. "Cuando haya nieve en las calles de París y escuche el rugir del tráfico y el resonar de los cubos de basura, recordaré el desierto y esta noche en particular. Recordaré cómo la arena se convierte en oro a la luz de la luna, el grito del halcón y el silencio. El eterno silencio. Recordaré que estuve aquí con Karim", pensaba.

No sabía lo que el destino le deparaba; sólo existía esa noche y las demás que pasaría con él allí, en el desierto. Apoyó la cabeza en su hombro y suspiró.

-Estás cansada -comentó él-. Volvamos.

-Dentro de un minuto.

-Hueles bien -murmuró Karim apoyando el mentón sobre su cabeza.

-Mejor que cuando terminé de ordeñar los camellos -sonrió Diane-. Zohra me considera una inútil, pero aprenderé. Mañana yo conseguiré más leche que ella.

Karim rió y la hizo volverse hacia sí. Se llevó las manos a los labios, pero al volverlas para besarle las palmas, sintió las ampollas y contuvo el aliento.

-¿Te has hecho esto hoy? -oprimió una ampolla con un dedo y vio que hacía una mueca de dolor-. No lo sabía. No permitiré que vuelva a suceder. Le diré a Zohra…

-No -Diane le colocó un dedo sobre los labios-. Me haré fuerte. Si he de ser tu mujer mientras estemos aquí, haré lo que se espera de mí.

-Diane…

-Está bien, Karim. Mañana le enseñaré lo que una chica de ciudad logra cuando se lo propone.

Karim la estrechó entre sus brazos y le oprimió la cabeza contra su hombro para que no pudiera leer sus sentimientos. Era única entre todas las mujeres. Si no tenía cuidado… Pero lo tendría. Disfrutaría del tiempo que pasaran juntos y, cuando terminara, la dejaría partir. Ella regresaría a su mundo, tal como él al suyo. Con el tiempo se casaría con una mujer de su raza, una chica árabe que honraría su nombre y le daría hijos.

Y con el tiempo tal vez, olvidaría a aquella norteamericana de cabello de color rojo como el sol.

En la oscuridad de la tienda, Karim le quitó la túnica blanca.

-No llevas ropa interior -comentó sorprendido.

-No la tengo -le sonrió ella-. Recuerda que sólo llevaba un camisón cuando me secuestraste.

-Te rescaté -la corrigió. Colocó una mano sobre su cintura desnuda-. Si hubiera sabido que no llevabas nada bajo la túnica, no habría esperado hasta que volviéramos aquí. Te habría tomado allí en la arena. Ahora, siempre que te vea, sabré que estás desnuda bajo la túnica -la acercó hacia sí-. ¿Sabes cuánto me excita eso? ¿Sabes que cada vez que te veo o te toco te deseo?

-Karim…

El se arrodilló, llevándola con él.

-Nunca había conocido a alguien como tú. Nadie me ha hecho sentir lo que siento contigo -le rodeó el rostro con las manos y se apoderó de sus labios-. Nunca me cansaré de ti. Nunca -la hizo acostarse sobre los tapetes; al hacerlo, ella hizo una mueca y dejó escapar un gemido-. ¿Qué te pasa?

-Mi espalda -le dijo Diane-. No es nada. No estoy acostumbrada a las labores físicas que desarrollé hoy, eso es todo. De verdad estoy bien.

-No, no lo estás -Karim fruncía el ceño-, pero tal vez pueda hacer que te sientas mejor -la ayudó a colocarse boca abajo, se arrodilló y comenzó a darle un masaje en los hombros-. Dime si te hago daño.

-Es maravilloso -Diane suspiró y se entregó a sus manos.

Con suma delicadeza. Karim le frotó la base del cuello y los hombros. La piel femenina entró en calor bajo sus manos y él ejerció más presión. Luego dejó correr los pulgares por la columna hasta llegar a la parte baja de la espalda.

Diane gimió de placer cuando Karim presionó. Trabajó con los músculos de sus caderas y luego con sus glúteos. Cuando ella protestó, le dijo: -Tranquila, tranquila -luego se ocupó de sus piernas, frotándole los músculos de los muslos, las piernas y terminó con los pies.

-Es maravilloso. Creo que voy a quedarme dormida.

-Hazlo -dijo dándole una palmada en el trasero. Con delicadeza la hizo darse la vuelta-. Mientras duermes, yo te daré una masaje por delante.

-Entonces, será mejor que permanezca despierta -Diane abrió los ojos-. No quiero perderme nada.

-No te muevas -le ordenó Karim al besarla y frotarle hombros y brazos. Le dio un masaje en cada mano, besó cada una de sus ampollas. Cuando vio que se relajaba y volvía a cerrar los ojos, le acarició los senos. -Karim…

-Calla -le dijo suavemente-. Es parte del tratamiento.

-Vaya tratamiento -murmuró ella, pero cerró los ojos y se entregó a él.

Sus manos cálidas hacían maravillas con su cuerpo. Diane suspiró cuando le acarició los senos. Los pezones erguidos esperaban ansiosos ser acariciados, y cuando al fin lo hizo, ella gimió de placer y empezó a estremecerse. Karim bajó las manos a su cintura, a sus caderas.

La somnolencia cedió su lugar al deseo. Cada caricia la encendía más.

Gimió y Karim se acercó para besarla en los labios. Su lengua encontró la de ella y la besó profundamente y con apasionamiento. Le mordisqueó los labios, probándola antes de volver a introducir la lengua.

Diane estaba sin aliento cuando él al fin descendió a sus senos. Le tomó la cabeza entre las manos y lo sostuvo mientras Karim se deleitaba con las puntas rígidas. Fuego líquido corría por sus venas. Diane trataba de permanecer inmóvil pero no podía contener sus gritos y jadeos.

-Sí -asintió Karim contra su piel-, oh, sí -exclamó, llenándole el vientre de besos. Le levantó una pierna y mordisqueó la piel sensible de su interior-. Me encanta tu sabor -murmuró-. Tengo que probarte.

-Por favor -gimió ella.

Karim la tomó de las caderas y aun cuando Diane se agitaba bajo las manos que la sujetaban, él se negó a soltarla. Diane jamás había sentido tanto calor, caricias tan íntimas… enredó los dedos en su cabeza. Gritó, pero él la sostenía inmóvil en tanto su cuerpo se estremecía y pronunciaba su nombre una y otra vez.

-Diane -susurró Karim-, mi dulce Diane -luego se hundió en ella-. De nuevo -murmuró-. De nuevo por mí, Diane.

-Sí, oh sí -gimió ella, arqueando el cuerpo hacia él.

Juntos, unidos, aferrados, subieron a alturas insospechadas de pasión y, dando tumbos, sacudidos por la intensidad volvieron a bajar a la seguridad de sus brazos.

Karim la sostenía cerca de su pecho, murmurando su nombre, para luego agregar en árabe, en un tono que ella no pudo oír: Laeela, mi laeela.

El trabajo se volvió más fácil. Diane todavía temía y odiaba a los camellos, pero no tardó en ordeñarlos tan bien como las otras mujeres. Las cabras no le desagradaban y hasta le resultaba agradable ordeñarlas

después de lidiar con las malhumoradas y grandes bestias.

Las mujeres eran más amables con ella. Al principio los niños la miraban sin hablarle, pero días después, la seguían a todas partes. Tiraban de su túnica y la tomaban de las manos.

Se convirtió en parte de la comunidad y sabía que, cuando se fuera, echaría de menos aquella vida, por difícil que le resultara. En ella había una sustancia y una realidad que le agradaban.

La conmovía el espíritu comunitario y de unidad familiar. Debido a que su madre murió siendo ella muy joven, no había conocido el verdadero amor maternal. Y aun cuando sabía que su padre la amaba y que habría sido difícil para él educarla en los países árabes donde él trabajaba, resentía el hecho de que, en lugar de mantenerla a su lado, siempre la hubiese mantenido internada en escuelas occidentales.

Por extraño que resultara, aquel primitivo campamento beduino le comunicaba un sentimiento de pertenencia familiar que jamás antes había conocido.

Karim trabajaba con los hombres durante el día. Ya estaban planeando el viaje a Azrou Hamaam. Discutían sobre la ruta y las provisiones que necesitarían. Una vez que llegaran allí, Diane y Karim formarían su propia caravana para continuar hasta Rashdani.

Los días volaban y aun cuando Diane ya dominaba las labores de ordeño, el brasero seguía constituyendo un misterio para ella. Con frecuencia el cordero se le quemaba por fuera y seguía crudo por dentro.

Pero a pesar de los desastres culinarios de Diane, Karim no recordaba haber sido más feliz en toda su vida. Diane era una compañera deliciosa. Podía hablar de cualquier tema y, aun cuando no estaba acostumbrado a abordar ciertos temas con una mujer, se dio cuenta de que le gustaba charlar con ella sobre economía, las causas del hambre en el mundo, las guerras de Oriente Medio y hasta de política.

Le sorprendía que tuviera tantos conocimientos, que tuviera tanta facilidad de palabra y que no temiera expresar sus opiniones. Eso le agradaba, sus feroces discusiones y la manera en que lo desafiaba cuando por las noches se sentaban frente a frente junto al fuego.

Con frecuencia, cuando el campamento dormía, salían al desierto. Allí, se sentaban al pie de una duna para hablar de los acontecimientos del día. Y en ocasiones, porque no podían esperar a volver a su tienda, hacían el amor en las dunas. Desnudos a la luz de las estrellas, sus cuerpos se unían en el placer. Y una noche, cuando la ola de emociones

cedió, Diane lloró. -¿Qué sucede? -murmuró Karim-. ¿Qué te pasa, Diane?

Ella enterró el rostro en su hombro y se aferró a él. ¿Cómo podía decirle lo que aquellos días en el campamento nómada significaban para ella? ¿Cómo podía decirle que no quería que aquello terminara y dejarlos a ellos… o a él?

Empezaba a enamorarse de Karim y eso la asustaba y entristecía a la vez, porque eran personas totalmente diferentes. Con el tiempo, él se casaría con una mujer árabe y tendría hijos árabes. Y ella… No, no quería pensar en el futuro. Sólo podía aferrarse a él y llorar en su hombro.

-Estás cansada -con sus labios Karim le enjugó las lágrimas-. Te he agotado. Necesitas descansar -con toda la ternura de la que fue capaz, la llevó de regreso a la tienda.

A la mañana siguiente, cuando ella despertó, descubrió flores del desierto en su almohada.

Dos días después, cuando Diane se encontraba preparando la cena, Karim le habló de los hombres que vigilaban el campamento. -Han sido vistos en dos ocasiones -comentó-. Mañana, Hussein y algunos de sus hombres saldrán para ver si los localizan.

-¿Cre… Crees que podrá ser Ben Zaidi? -tartamudeó Diane.

-Tal vez sólo sean bandidos del desierto -contestó Karim.

-¿Vas a ir con Hussein y sus hombres?

-Por supuesto -a sabiendas de que estaba preocupada, agregó-: Tal vez no sea nada, Diane. Si son bandidos, habrán visto lo bien protegido que está el campamento y cuántos hombres hay. Quizá ya se hayan perdido en el desierto.

Pero ni Karim creía en sus palabras. Sabía que Ben Zaidi jamás cejaría en su búsqueda. Ella misma era un tesoro que él le había arrebatado y eso Aneen nunca lo olvidaría, ni perdonaría.

A los pocos días de llegar al campamento, Karim había informado a Hussein de su situación.

-Me robó a mi mujer -le indicó-. La mantenía prisionera para pedir rescate. Yo la recuperé y le robé su mejor caballo. Debes saber que es mi enemigo.

-He oído hablar de él -declaró Hussein-. Es un hombre infame cuyo nombre despierta el terror en los corazones de los desvalidos. Pero nuestro campamento está bien armado, sheik al-Raji, no tienes de qué

preocuparte. Además, dudo que se atreva a adentrarse tanto en el desierto.

La mañana después de que Karim informó a Diane acerca de los hombres que vigilaban el campamento, él y cuarenta hombres de Hussein partieron. Se dividieron en tres grupos. Debían hacer disparos al aire si descubrían a los que habían estado rondando el campamento, o como señal para regresar a su base. Karim iba en el grupo de Hussein e Ismail. A dos horas de distancia del campamento, descubrieron heces de camello y los restos de una fogata.

-Por aquí pasó alguien -comentó Hussein con el ceño fruncido-. No sé si debemos seguirlos. No hemos dejado a muchos hombres en el campamento… Creo que debemos regresar.

-Yo también -acordó Karim con expresión adusta. Hussein levantó su arma, hizo tres disparos al aire y gritó: -¡Yallah! ¡Yallah! ¡Volvamos rápido!

El ataque se produjo sin advertencia previa. Diane acababa de ordeñar a la última de las cabras cuando escuchó los disparos. Las otras mujeres dejaron lo que estaban haciendo. Se miraban las unas a las otras sorprendidas hasta que Elzaker gritó:

-¡Rápido! ¡Es un asalto! Debemos volver al campamento.

Diane se volvió y distinguió a docenas de hombres con túnicas negras que cabalgaban hacia ellas desde la cresta de una duna lanzando gritos aterradores. El terror se apoderó de su corazón ante la posibilidad de que fueran los hombres de Ben Zaidi. Los niños se aferraban a las faldas de sus madres llenos de pavor. Un pequeño grupo de la banda de asaltantes se separó de los demás y avanzó hacia las mujeres. Una niña, con el rostro pálido de terror, se separó de su madre y empezó a correr hacia las dunas.

Los asaltantes se acercaban más y más, disparando. La madre de la niña gritó desesperada, pero antes que pudiera moverse, Diane partió veloz detrás de la pequeña. Escuchó las pezuñas de un camello a su espalda, pero su único objetivo era alcanzar a la niña.

La pequeña miró por encima de su hombro y cayó de bruces en la arena. El jinete se acercaba. Diane alcanzó a la niña y la tomó entre sus brazos. Pero antes de poder volverse, el jinete ya estaba sobre ellas.

-¡Corre! -gritó a la niña-. Corre con tu madre -la pequeña, con

expresión de terror, se volvió y huyó.

El jinete casi había llegado junto a Diane. Esta corrió hacia las dunas, tropezó y volvió a correr. Al mirar a su lado distinguió las patas espigadas del camello y la arena que levantaba en su carrera la ahogaba. El jinete la asió por los hombros, se dejó resbalar de la silla y cayó sobre ella. Diane luchó por librarse, pero el jinete la sujetaba con su peso. La hizo sentarse y ella trató de arañar el rostro semioculto por el howli. El hombre trató de apartarse, pero ella le arrancó la prenda que le cubría la cara. Lo miró aterrorizada y dejó escapar un grito de horrror.

—¡No! ¡No! Era Hadj, el hombre de Ameen, el que la había secuestrado en Casablanca, el hombre que todavía se introducía en sus pesadillas y la asustaba más que nadie en el mundo.

Luchó contra él todo lo que pudo, pero su esfuerzo fue en vano. Hadj arrancó una tira del howli, le ató las muñecas y, a pesar de sus gritos y patadas, la llevó hasta el camello.

-Te dije que un día volveríamos a encontrarnos. Ese día ha llegado. Ahora me perteneces.

CAPITULO 4

ESCUCHARON los disparos antes de llegar al campamento.

-¡Los atacan! -gritó Hussein espoleando su camello. Pero por rápido que fuera, Karim lo adelantó arma en mano dispuesto a luchar. El campamento estaba prácticamente desprotegido. Hussein había dejado sólo a los más ancianos y a los niños en el lugar cuando partieron esa misma mañana. Las mujeres estaban indefensas. Diane también. Por Alá, ¿los habría encontrado Ben Zaidi? ¿Eran sus hombres los que atacaban?, se preguntaba Karim.

Los invasores del campamento atacaban desde todas partes, disparando sus armas, blandiendo sus sables. Las mujeres gritaban y los niños lloraban. Ismail fue derribado, luego Omar. Un guerrero dirigía su camello a galope hacia Karim con la espada en alto, dispuesto a atacar. Karim desvió el golpe, se volvió y eliminó a su atacante de un disparo.

El polvo levantado por las monturas casi los cegaba. Los disparos los ensordecían. Los heridos y moribundos gritaban, los hombres maldecían, los camellos gruñían y escupían en protesta. Y aun cuando Karim luchó codo a codo con Hussein y sus hombres, aun cuando disparó una y otra vez, su mente sólo pensaba en Diane. "Que esté a salvo", oraba. Vio a una mujer tirada boca abajo sobre la arena y su corazón se detuvo, horrorizado.

Zohra corría hacia la mujer caída y Karim se acercó apresurado.

-¡Diane! -gritó-. ¿En dónde está Diane?

-Un hombre se la llevó. Ella trató de escapar pero el hombre la persiguió y se la llevó hacia el sur.

-Tengo que ir por ella -le indicó Karim, volviéndose-. Informa a Hussein.

Ameen los había encontrado. ¡Tenía a Diane!

-¡Yallah! ¡Yallah! -gritó al espolear su camello. La única idea en su mente era alcanzar al hombre que se había llevado a Diane.

Se decía que nunca hubiera debido dejarla sola, que mataría al hombre que la tenía en su poder, que jamás volvería a abandonarla.

Lágrimas ardían en sus ojos. Se dijo que era por el viento, pero sabía que lloraba de furia y temor. Corría como un desesperado con la vista fija en el lejano horizonte, orando para que fuera en la dirección correcta. Al sur. Zohra le había dicho que fuera al sur.

Vio algo delante de él sobre la arena, detuvo su montura y descendió para recoger una de las sandalias que usaba Diane.

Continuó la marcha, rogando a Alá que le permitiera encontrarla. Transcurrió una hora. Estaba frenético de preocupación. Tenía el rostro tenso y un nudo de temor en el estómago como jamás había sentido. Llegó a la cima de una duna y desde allí, a poco más de un kilómetro, vio un pequeño oasis y un camello.

Un sollozo escapó de su garganta. La había encontrado. Rezó para que no fuera demasiado tarde.

Hadj tiró de Diane para bajarla del camello. Ella se resistió y trató de darle una patada. El hombre se rió y la atrajo con fuerza hacia él tomándola del cabello con una mano. La obligó a volverse y, sin soltarla, la besó. Cuando ella trató de morderlo, volvió a reír, la levantó en sus brazos y la llevó a la sombra de las palmeras.

-He esperado mucho tiempo por esto -comentó Hadj dejándola caer sobre la arena-. Ameen Ben Zaidi nos envió a buscarlos. Me recompensará cuando se entere de que fui yo quien te capturó, pero me aseguraré de que no lo sepa hasta que me hastíe de ti -la contemplaba amenazador, con las piernas separadas.

Diane lo miraba horrorizada. Recordaba aquel día en el bote cuando la amenazó y en el coche cuando lo tenía demasiado cerca. Una nausea subió por su garganta y luchó contra ella. Tenía que pensar, debía alejarse de él.

-Lucha contra mí si quieres -le indicó él arrodillándose a su lado-, pero al final triunfaré. Cuando dejemos el oasis, serás obediente, o estarás muerta.

Diane hundió los dedos en la arena.

-Cree en lo que te digo -insistió él tomándola de la barbilla-. Te tendré y no hay nada…

Diane le arrojó un puñado de arena en los ojos y cuando él gritó y trató de protegerse, ella lo empujó y se puso de pie de un salto. Si pudiera llegar al camello, tal vez tuviera una oportunidad. Tenía… tenía…

Hadj la emprendió contra ella. La chica sintió su pesada mano en un hombro y se desvió para alejarse. El la asió del cabello y tiró de ella. Diane dejó escapar un gritó y él la golpeó en la cabeza. Eso la dejó aturdida y cayó al suelo.

—¡Maldita americana! -le gritó Hadj, arrastrándola hacia las palmeras de nuevo.

Diane luchó todo lo que pudo con los pies, a pesar de tener las manos atadas. El hombre volvió a golpearla, luego agarró el frente de su túnica y tiró de él, arrancándosela por delante y dejando sus senos al descubierto.

-¡Por favor! -gritó Diane, tratando de apartarlo-. Por el amor de Dios… de Alá… no. me haga esto.

-¡Infiel! No me hables de Alá -volvió a golpearla, haciéndola caer de rodillas. Hadj la obligó a tumbarse en la arena con violencia y se arrojó sobre ella, sujetándola por los hombros con las manos-. Ahora -murmuró arrancándole el resto de la túnica. Se inclinó para apoderarse de sus labios y ella le arañó la cara con las uñas. Al retroceder, Hadj le sujetó las manos por las muñecas con una mano y con la otra se levantó su propia túnica.

Diane dejó escapar un grito.

-Grita todo lo que quieras. De nada te servirá aquí en el desierto. Nadie te oirá. Estamos solos. Nosotros…

Hadj se volvió de pronto y vio a un jinete a la orilla del oasis. Se alejó de Diane y trató de llegar hasta su rifle en la funda de la silla del camello. Karim observó la escena ante él. Diane tumbada sobre la arena con la túnica desgarrada, el hombre que corría hacia su montura… Tomó su rifle y se lo llevó al hombro…

Karim disparó. El hombre trastabilló y se volvió para escapar. Karim volvió a dispararle y Hadj cayó de bruces sobre la arena. El se deslizó de su montura y fue hacia Diane. La joven tenía los labios hinchados y la sangre le fluía de una herida en la frente. Se arrodilló junto a ella y, antes que la joven pudiera hacer algo más que pronunciar su nombre, la tomó entre sus brazos.

-Diane… -le decía una y otra vez-. ¿Estás bien? Por Alá, te ha hecho daño. ¿Te…?

-No -Diane escondió el rostro en su hombro-. Es Hadj -sollozó-, el hombre del que te hablé. El hombre de Ben Zaidi, el que me secuestró. El que… -se aferró a él-. Dijo… dijo que iba a…

-Está bien. Ya todo acabó -Karim la apartó un poco-. Estás a salvo,

Diane -le soltó las muñecas y la abrazó con un grito ahogado. La meció en sus brazos, diciéndole que nunca volvería a dejarla, que nunca la abandonaría.

Cuando ella al fin cesó de temblar, la llevó hasta el depósito de agua, le quitó la túnica desgarrada y con suma delicadeza, como si se tratara de una niña, le limpió la sangre que le corría por la frente. Tocó sus labios hinchados y los besó, luego las muñecas lastimadas y los arañazos en sus senos. Le soltó la trenza y la bañó.

La adoraba. Sólo quería protegerla. Estaba oscureciendo cuando se apartaron del depósito de agua. Karim se quitó la túnica y se la entregó a ella.

-Espera aquí-le indicó, extendiendo la túnica destrozada sobre la arena para que Diane se recostara sobre ella.

-¿Qué vas…? -miró al cuerpo que yacía más allá y de inmediato apartó la vista.

-No tardaré -le dijo él-. Cierra los ojos y descansa, Diane. Pasaremos la noche aquí. Mañana regresaremos al campamento.

Ella odiaba al hombre que había tratado de violarla, pero al pensar en su muerte y en el hecho de que fuera inhumado allí en la arena, se ponía enferma. Vio cómo Karim levantaba el cuerpo, se lo echaba al hombro y se dirigía más allá del oasis. Diane se recostó contra el tronco de una palmera, agotada por todo lo que había ocurrido, recordando aquellos terribles momentos. Si Karim no hubiese llegado… Pero Karim había hecho acto de presencia. Ella estaba a salvo. Estaba con él.

Dormitó y se despertó para verlo acercarse desde el depósito de agua. En la creciente oscuridad, su cuerpo desnudo parecía haber sido labrado en bronce. El empezó a secarse el agua de los brazos, con las piernas abiertas, mirando al desierto. Era un hombre del desierto, el hombre al que amaba.

Querría que no fuera así, ya que sabía que no había un futuro para ellos. Eran personas diferentes, de culturas diferentes. Ella no podría vivir en su mundo, tal como él no podría hacerlo en el suyo. Cuando Karim se casara lo haría, como él mismo dijo, con alguien de su raza, una mujer que supiera cuál era su lugar en el mundo de hombres en el que vivía. Una mujer que sería tranquila y pasiva, que no discutiría ni expresaría sus opiniones.

Las lágrimas ardían en los ojos de Diane. Pensó en todas las ocasiones en que ella y Karim habían estado juntos y deseó estar embarazada para que pudiera llevarse parte de él cuando dejara el

desierto.

Mientras lo observaba, Karim empezó a recoger dátiles, provocando la sonrisa de Diane ya que imaginó que Adán debía de haber ofrecido una imagen muy semejante en el jardín dei Edén; desnudo, libre, buscando higos para la cena.

Pero las hojas de la higuera eran pequeñas; se necesitaría una docena o más para cubrir a Karim. Eso la lizo sonreír de nuevo y cuando él llegó adonde ella estaba, le preguntó:

-¿Ya te sientes mejor?

-Sí, mucho.

-Creí que podrías tener hambre -le dijo al sentarse a su lado. Después de que ella comió algunos dátiles, Karim le preguntó-: ¿Qué fue lo que ocurrió en el campamento, Diane? ¿Cómo se produjo el ataque? ¿Viste a Ben Zaidi?

-No, al único que vi fue a Hadj. Estaba con las otras mujeres. Acabábamos de ordeñar las cabras cuando escuchamos los disparos y vimos a los jinetes. Fue horrible. No sabía que se trataba de Hadj. Sólo supe que me buscaba cuando me persiguió. Corrí, pero me atrapó -lo tomó de la mano-. Si no hubieras venido a buscarme… ¿Cómo lograste encontrarme?

-El ataque estaba comenzando cuando nosotros llegamos. Una de las mujeres fue derribada. Zohra corrió hacia ella y al verme me dijo que te habían secuestrado y el rumbo que habían tomado. Si no hubiera sido por ella…

No, se dijo Karim, no le diría a Diane que si ellos no hubieran vuelto en ese momento… que si Zohra no le hubiera dicho que su captor había emprendido camino al sur, tal vez nunca la habría encontrado. Ese pensamiento lo hizo palidecer.

-Karim, ¿qué sucede? ¿Estás bien?

-Un poco cansado, eso es todo.

-Entonces, ven a descansar -Diane palmeó un sitio junto a ella en la túnica desgarrada y cuando él se recostó, sostuvo su cabeza en su regazo-. Ya todo acabó -le indicó, leyendo sus pensamientos-. Estamos a salvo y juntos. Relájate, Karim. Relájate, cariño mío.

Karim suspiró. Nunca se había permitido colocarse en esa posición. El era un hombre siempre responsable, orgulloso dé su virilidad, de su fortaleza e invulnerabilidad. Sin embargo, en ese momento yacía desnudo y vulnerable ante ella, permitiéndole que lo atendiera.

Con los ojos cerrados, se entregó a la suavidad de las manos de

Diane. Ella le apartó el cabello húmedo de la frente y le acarició la cabeza. Le dio un ligero masaje en las sienes y le frotó los hombros.

Su cuerpo era perfecto. Los músculos de su pecho y brazos eran duros y firmes. Diane dejó correr la palma de una mano por uno de los brazos de Karim; el contacto de su vello la excitaba. Su piel era suave y bronceada. Su cintura era estrecha y su vientre, plano. Lo sintió estremecerse bajo sus dedos y se inclinó para besarlo en la boca.

-Quiero hacer el amor contigo -murmuró contra sus labios. Karim dejó escapar un suspiro.

Aquel beso se convirtió en algo más y cuando terminó, Karim se volvió de lado y la acercó hacia él, permaneciendo un rato sin hablar hasta que la pasión renació.

-Diane, mi Diane -murmuró Karim colocándola encima de él. Diane se movía despacio, rítmicamente. Karim respiraba con dificultad y mecía la cabeza de un lado a otro, como si sufriera. Los tendones de su cuello y los músculos de sus brazos estaban tensos. Acarició los senos de Diane hasta hecerla gemir de placer y abrió los ojos para verla. -No te detengas -murmuró a su oído-. Jamás te detengas -emprendieron una carrera veloz hasta alcanzar la cima final. El cabello de Diane caía sobre sus hombros y mientras los dedos de Karim jugueteaban con sus pezones sensibles.

Salvaje y libre, fundida con la noche y con él, Diane subía y subía fuera de control, prisionera de la pasión.

-¡Más! -rugió Karim sosteniéndola de las caderas.

-Karim… -su voz fue un grito que se repitió como un eco entre las palmeras-. Karim…

El se impulsó con fuerza contra ella y de pronto todo en el interior de la chica se convirtió en una antorcha ardiente. Su ferocidad la consumió dejándola indefensa.

-¡Sí! -clamó él y su cuerpo se sacudió y estremeció bajo el de ella. Diane se aferró a sus hombros conforme olas de sensaciones desconocidas la envolvían. Se derrumbó sobre Karim, su corazón latiendo alocado contra su pecho. El la envolvió entre sus brazos y murmuró su nombre una y otra vez hasta que Diane trató de apartarse.

-No, no me dejes. Quédate así, Diane. Quédate aquí conmigo.

La brisa refrescó el ambiente. Karim los cubrió a los dos con la túnica y la sostuvo contra él hasta que se quedó dormida. Sentía su aliento cálido en el cuello y la suavidad de su cabello contra el pecho. Sentía su cuerpo ligero y libre.

Al fin se quedó dormido, protegido por el cuerpo de Diane, calentado por su amor.

Despertaron al amanecer para volver a amarse y, más tarde, todavía desnudos, se bañaron en el depósito, desayunaron dátiles y bebieron agua del manantial.

-Anoche me recordaste a Adán -le dijo Diane con una sonrisa-. Y esta mañana yo me siento Eva.

-Lo pareces.

Su piel había adquirido un bronceado dorado desde que llegaron al campamento beduino. Estaba sentada en la arena; su largo cabello le cubría parcialmente un hombro y un seno.

-Tendrás que ponerte mi túnica -señaló él-. No quiero que llegues al campamento como Lady Godiva.

-Pero tú necesitas ponerte algo… además de los calzoncillos.

-Puedo cubrirme los hombros con tu túnica rota. Será protección suficiente.

Después de montar en los camellos, emprendieron camino hacia el campamento. Les llevó poco más de dos horas y, cuando llegaron, Karim se reunió de inmediato con Hussein.

-Perdóname por dejarlos en medio de la batalla -comentó el jefe de los nómadas-. Uno de ellos se llevó a mi mujer. Si no hubiera ido tras él, jamás la habría recuperado.

-No necesitas decírmelo -declaró Hussein-. Zohra me informó de lo que ocurrió. Lo mataste, por supuesto -añadió inclinándose hacia Karim.

-Por supuesto -Karim observó el campamento-. Has sufrido pérdidas.

-Mucho menos que las de ellos. Los pocos que lograron escapar seguramente perecerán en el desierto.

-Yo soy el responsable de este ataque. Nos brindaste tu hospitalidad y he ocasionado problemas a tu pueblo.

-Eres parte de mi pueblo, Karim al-Raji. Tú habrías hecho lo mismo por mí y los míos -con las manos en la espalda, Hussein caminaba de un lado a otro, frente a su tienda-. Ya es hora de que nos vayamos de aquí. Cuando los heridos puedan viajar, partiremos para Azrou Hamaam. De allí iremos en busca de otro sitio. ¿Tú seguirás rumbo a Rashadani? -preguntó a Karim.

-Sí. Nos quedaremos en Azrou Hamaam sólo el tiempo suficiente para conseguir camellos y provisiones. Desde allí, sólo será un viaje de tres días hasta Rashidani.

-Te alegrarás de volver a casa.

Sí, sería agradable volver a casa, pensó Karim. Sería un alivio llegar a su palacio, dormir entre sábanas limpias. No obstante, echaría de menos ese lugar. El tiempo que había pasado allí con Diane era el más feliz de su vida. Echaría de menos las noches frescas del desierto cuando él y Diane caminaban entre las dunas. Mientras viviera recordaría la forma en que la luna acariciaba su cuerpo y cómo ella abría los brazos para recibirlo.

Aquello no tardaría en terminar. Irían a Rashdani y, desde allí, él la llevaría de regreso a Casablanca. Todo terminaría entre ellos, pero siempre lo recordaría. Una tienda separada fue destinada a los heridos. Elzaker tenía una pierna herida y dos mujeres más también tenían heridas de bala. Uno de los niños había resultado con un brazo roto. Pero eran los hombres los más lastimados, por supuesto. Cinco habían muerto en batalla, cuatro más estaban heridos. Las mujeres del campamento tenían pocos conocimientos de enfermería y fue Diane quien se hizo cargo. Estableció guardias de día y de noche entre las mujeres, esterilizó los pocos instrumentos médicos de que disponían, preparó vendajes y ayudó a bañar y alimentar a los heridos.

Cada vez que pensaba en la separación, Diane intentaba luchar contra el dolor que le producía. Karim se había convertido en parte de su vida; no sabía cómo sobreviviría sin él.

Durante todo el tiempo que estuvieron juntos, él jamás había dicho que la amaba, o sugerido siquiera que existiera un futuro para los dos. No había hablado de compromisos. No estaba segura de lo que habría hecho si él le hubiera pedido que se casara con ella, ¡pero cómo anhelaba que lo hubiera hecho!

Durante las últimas semanas su ser entero, todas sus emociones, su corazón, habían estado centrados en aquel microcosmos de tiempo y espacio, en aquel punto del planeta. Se había adaptado a él, se había convertido en parte de él, tal como ella se había convertido en parte de Karim. El era su vida, su amor, el ritmo de su corazón.

Los dos sabían que sus días en el desierto estaban por concluir; eso hacía que el tiempo que les quedaba todavía fuera más precioso. La forma en que él le hacía el amor era más intensa y ella respondía con una pasión tal, que cuando terminaba, la dejaba débil y destrozada.

Dormían abrazados, muy juntos. E incluso durante el sueño se tocaban y acariciaban. Con frecuencia, a mitad de la noche o al amanecer, ella despertaba a sus caricias. Permanecía inmóvil, fingiendo que dormía, conteniéndose, obligándose a esperar conforme la excitación crecía. Al fin, sin poder resistir más el calor de su cuerpo, se volvía hacia Karim con un grito de alegría.

Por algún motivo ella esperaba que la intensidad, la excitación de su forma de hacer el amor disminuyera, pero en lugar de ello, se incrementaba. En una ocasión, cuando ella le estaba sirviendo el té, Karim leyó en sus ojos la pasión que la consumía.

-¿Diane? -murmuró y sin decir más, la llevó a su tienda y cerró la entrada. Se dejaron caer de rodillas sobre el tapete y, antes que ella pudiera hacer algo más que pronunciar su nombre, Karim ya había unido sus cuerpos.

En ciertos casos, su forma de hacer el amor era tan intensa y exigente que la asustaba; en otras, Karim era tan cariñoso y tierno que la hacía llorar. Lo amaba más de lo que había creído fuera posible y, cuando lo abandonara, sabía que dejaría parte de su ser.

La caravana de nómadas levantó el campamento tres semanas después del ataque. Hussein y sus hombres discutieron la ruta a Azrou Hamaan. Marcaron oasis y ojos de agua en sus mapas; el viaje les llevaría más de dos semanas. Estaban a finales del verano y un ser humano no sobreviviría más de ocho horas sin agua.

En la mañana que partieron, los conductores de camellos prepararon sus bestias en tanto que algunos de los hombres ayudaban a las mujeres a desmontar las tiendas, desenterrar los postes que las sostenían y revisar las provisiones. Alimentos y ropa fueron depositados en las tissoufra, especie de bolsas para provisiones hechas de piel de cabra, y se prepararon algunas literas cubiertas para proteger a niños pequeños y ancianas durante el viaje.

Los hombres y las mujeres jóvenes repartirían su tiempo entre caminar, montar y conducir las cabras. Los camellos iban sobrecargados, pero con agua y alimento abundantes, serían capaces de cubrir quince kilómetros diarios.

El viaje fue duro. Caminaban día tras día, kilómetro tras kilómetro. Cuando se detenían al mediodía a descansar, las mujeres preparaban la comida en tanto los hombres atendían a los camellos. Por las noches, eran las mujeres las que clavaban los postes y levantaban las tiendas.

Diane se había acostumbrado al trabajo duro durante las semanas

que ella y Karim habían pasado en el campamento, pero el viaje y la carga de trabajo adicional cobraron su precio. El sol los azotaba inclemente. Tenía el rostro y los brazos quemados. Había sombras de fatiga bajo sus ojos y perdió peso. Pero no se quejaba. Ayudaba con los niños inventando juegos mientras caminaban kilómetros y kilómetros detrás de los camellos y las cabras.

-Tienes una buena mujer, Karim al-Raji -le comentó Hussein en una ocasión-. No es tan fuerte como las otras, pero en su corazón tiene la fortaleza de un león. Harías bien en conservarla.

"Conservarla", repitió Karim para sus adentros. Ya quisiera poder hacerlo. Por las noches, cuando la tenía entre sus brazos, estaba tan agotada que de inmediato se quedaba dormida.

-Nos quedaremos unos días en Azrou Hamaam antes de ir a Rashdani -le indicó a Diane-. Y una vez que estemos en Rashdani, podrás descansar.

-Debo reunirme con mi padre tan pronto me sea posible -protestó.

-Desde Azrou Hamaam me encargaré de que se le haga saber que estás a salvo y que te llevaré a mi casa en Rashani para que descanses antes de ir a Casablanca -titubeó un instante-. Supongo que desde allí irás a París.

-Sí, allí tengo mi trabajo, y debo cumplir con él.

-Por supuesto -Karim tenía el rostro tenso-. Por supuesto que tienes que regresar.

Los dos se contemplaron. Diane ansiaba que le dijera: "No te vayas, Diane. Quédate a vivir conmigo".

Pero Karim no pronunció las palabras que ella ansiaba escuchar y apartó la vista para que él no viera sus lágrimas.

El viaje fue difícil y tardaron quince días en llegar a Azrou Hamaam. Acamparon cerca del pueblo cuando llegaron y, a la mañana siguiente, Karim y Diane se despidieron de los nómadas.

-Es una lástima que nos dejes ahora que has aprendido a ordeñar camellos -le comentó Zohra a Diane-. Estuvimos a punto de hacer de ti una mujer del desierto. Me duele verte partir.

-A mí también -Elzaker besó en la mejilla a Diane-. Te echaré de menos.

-Y yo echaré de menos a todos -declaró Diane a las mujeres y niños

reunidos a su alrededor-. Nunca podré agradecerles las atenciones que tuvieron conmigo. No los olvidaré.

-Tampoco nosotros te olvidaremos -Hussein se volvió hacia Karim-. Somos hermanos en la batalla, sheik al-Raji. Mi casa del desierto es tuya cuando tú y tu mujer quieran regresar.

-Y Rashdani es tu hogar si algún día decides que allí es donde quieres estar.

-Lo tendré presente -Hussein apoyó una mano sobre el hombro de Karim-. No dejes que te estafen cuando prepares tu caravana. Compra buenos camellos y un guía que ya conozca el camino a Rashdani.

-Lo haré, Hussein. Bessalamah, mi amigo.

-Bessalmah Karim al-Raji. Que Alá te acompañe a ti y a tu mujer.

-Es un buen hombre -comentó Karim cuando dejaron a los nómadas-. Lo echaré de menos.

-¿Y al desierto? -preguntó Diane.

-Siempre tendré al desierto -respondió Karim en voz baja-. Es parte de mí, Diane, una parte de mi herencia beduina. Aun cuando estoy lejos, escucho su llamada y, no importa cuán lejos esté, sé que siempre volveré a él -se volvió hacia ella con la mirada seria-. Y lo sepas o no, ahora también es parte de ti. Oirás su llamada como yo.

La llamada del desierto. Diane observó las arenas cambiantes y luego la mirada oscura e indescifrable de Karim. "Pero no soy beduina ", pensó con tristeza. "No nací en el desierto como Karim. No es mi mundo. No pertenezco a este lugar ".

Su odisea casi había terminado. Pronto regresaría a Casablanca y de allí a París. Sentiría una gran tristeza cuando se despidiera de aquella tierra. Y de Karim.

Cuando las sombras de la noche cayeron sobre el desierto, emprendieron camino hacia Azrou Hamaam.

Diane anhelaba volver a estar en un poblado, pero Azrou Hamaam no era más que un asentamiento a la orilla del desierto. Las calles estaban llenas de basura y las casas parecían cajas de zapatos de tan pequeñas que eran.

Tenía un hotel, una decrépita construcción de dos pisos de color amarillo. Pero la habitación que les asignaron estaba limpia y había

sábanas limpias en la cama, un ventilador de techo y una ducha.

-Sólo estaremos unos días aquí -la informó Karim-. El tiempo suficiente para comprar provisiones y camellos.

-Y yo necesito ropa -declaró Diane-. Unos vaqueros y un par de blusas.

-No me gustará verte en pantalones -Karim fruncía el ceño.

-Son más prácticos que la túnica -objetó ella.

-Has recorrido muchos kilómetros con la túnica.

-Y ha sido demasiado incómodo -con los brazos en jarras, Diane se enfrentó a él-. Todavía tenemos tres o cuatro días de viaje ante nosotros y mi intención es estar cómoda.

-Ya veremos -aceptó Karim al fin-. Primero tengo que ocuparme de los preparativos para la caravana. Si tenemos tiempo, veremos lo de comprarte… tus pantalones.

No había teléfonos en Azrou Hamaam, pero sí una oficina de telégrafos y Diane envió un mensaje a su padre a primera hora del día siguiente.

Estoy en Azrou Hamaam con el sheik al-Raji, decía la misiva. Estaremos en Rashdani a finales de esta semana. Te llamaré desde allí. Estoy a salvo. No te preocupes.

Te quiero, Diane.

Fueron momentos inquietantes para la joven. La vida con los beduinos era más fácil que en aquel pueblo. Allí, al menos, tenía la libertad de roverse por el campamento y otras mujeres con quienes hablar. En Azrou Hamaam se sentía como una prisionera, ya que Karim había insistido en que se quedara en el cuarto del hotel mientras él negociaba.

-No sería apropiado que anduvieras sola por las calles. Debes quedarte aquí a menos que yo te acompañe.

Durante la segunda mañana de su estancia en Azrou Hamaam, Karim llevó a Diane al almacén del pueblo donde encontraron unos vaqueros, una camisa de manga larga y unas sandalias. Pero cuando ella fue a la sección de ropa interior de la tienda y empezó a buscar entre la provisión de sostenes y bragas, Karim la tomó del brazo y la sacó del lugar.

-Pero necesito ropa interior -protestó Diane.

-Me gustas tal como estás -declaró Karim-..Me gusta verte y saber que debajo no llevas nada. No apruebo que te pongas pantalones, pero reconozco que serán más cómodos para ti al montar. Sin embargo,

mientras estés conmigo quiero que lleves tus senos libres y que nada más te cubra.

-No permitiré que me dictes mi manera de vestir. No tienes ningún derecho…

-¿No? -los ojos de Karim lanzaban chispas con una expresión que Diane sabía presagiaba su pasión creciente-. ¿Has olvidado que eres mi mujer? -preguntó con tono quedo.

Atrapada por la intensidad de su mirada y sintiendo que su pulso se aceleraba mientras las rodillas se le hacían gelatina, Diane dijo:

-Eso fue mientras estuvimos con los beduinos. Teníamos que fingir… no era real…

-Sí fue real -declaró él. La llevó al hotel y cuando estuvieron en su cuarto con la puerta cerrada, la tomó entre sus brazos.

-No -protestó la chica-, yo…

Pero Karim borró sus palabras con un beso tan feroz, que la dejó sin aliento. Cuando los labios de Diane se suavizaron y abrieron, Karim comentó:

-En este momento y mientras sigamos juntos, Diane, eres mi mujer -se quitó la túnica y luego la despojó a ella de la suya-. Sí -murmuró al ver su cuerpo desnudo y, antes que Diane pudiera decir algo, la levantó en sus brazos y la llevó a la cama.

La besó en la boca y le acarició los senos y cuando el cuerpo de la joven se volvió candente bajo sus caricias y murmuró su placer contra sus labios, la hizo suya.

-Dime que deseas esto tanto como yo -le pidió Karim.

Pero ella ya estaba más allá de las palabras, inmersa en las redes de su pasión, temblando contra Karim cuando él levantó su cuerpo contra el suyo.

-Dímelo, Diane.

-Lo… deseo… jadeó-. Oh, Karim, quiero…

El sembró una lluvia de besos sobre su rostro y se movió con fuerza contra su cuerpo. Cuánto adoraba verla estremecerse bajo él de esa manera; adoraba sus gemidos y suspiros, su aliento en su boca cuando se quejaba. Adoraba sus manos apretadas a su cintura cuando musitaba palabras de amor. Era su mujer: Le pertenecía.

Cuando la hizo gritar, unió su voz a la de ella en una explosión de sentimientos que lo dejó tembloroso y jadeante.

Y al aferrarse a ella en aquellos últimos momentos, una pregunta surgió en su mente: "¿Diane me pertenece, o soy yo propiedad de

Diane?". Eso lo inquietó.

Desde la ventana del segundo piso, Diane podía contemplar las estrechas callejuelas del pequeño poblado, que era el centro de aprovisionamiento para nómadas que llegaban del desierto en busca de granos, té, aceite y trigo. A cambio, los beduinos vendían sus camellos. Gritos de "¡Baleé! ¡Baleé!, ¡Cuidado, cuidado!" se escuchaban en los callejones donde conductores de mulas se abrían paso en su camino hacia los souks. En esos mercados pintorescos, los vendedores ofrecían especias y frutas, libros de oraciones, artesanías de cobre, látigos, ropa y perfumes. En cada ocasión qué Karim regresaba a la habitación, le llevaba un regalo; un caftán bordado, una zapatillas enjoyadas, pendientes de filigrana, kohl para los ojos y perfumes. Y después de darse una ducha, se recostaba en la cama para verla vestirse y arreglarse.

Nunca había visto a una mujer hacerlo antes y le encantaba observar a Diane. Envuelta en una toalla, ella se sentaba frente al pequeño tocador con su espejo roto para aplicarse kohl en los ojos. Se aplicaba un poco de perfume detrás de las orejas y en las muñecas, para luego cepillarse el cabello.

Y en ocasiones, cuando no podía contenerse, Karim se levantaba de la cama para quitarle el cepilló de la mano y dar brillo a sus largos cabellos de color rojo-dorado. Ella cerraba los ojos, dejando mecer su cabeza con los movimientos del cepillo a lo largo de su cabello. Karim se detenía para acariciar la sedosa suavidad e inclinarse para besarle la frente.

Y con frecuencia, él le retiraba la toalla para acariciarle los senos, o se arrodillaba frente a ella para saborear los cálidos lugares secretos de su cuerpo.

Cuando al fin ella se colocaba el caftán sobre su cuerpo desnudo, bajaban al restaurante del hotel para cenar a la luz de las velas.

Cada mañana despertaban al grito del muezzin llamando desde el minarete: "Vengan a orar. Vengan a la alegría". Y se volvían para encontrarse frente a frente y disfrutar de una alegría muy personal.

Al fin, la quinta mañana después de su arribo, dejaron el hotel y emprendieron camino hacia Rashadani. Y aun cuando eso no le gustaba mucho a Karim, Diane llevaba los vaqueros y la camisa de manga larga en lugar de la túnica.

-Una vez que estés en Rashdani tendrás que vestir como es debido -

le indicó Karim-. Ya envié un mensajero para avisar de nuestra llegada. Prepararán para ti habitaciones y ropa adecuada.

-No me quedaré allí el tiempo suficiente -comentó Diane-. Me prometiste que tan pronto como llegáramos a Rashdani me llevarías en avión a Casablanca.

-Necesitas descansar después del viaje. Unos días más, una semana, no significará una gran diferencia. Has pasado momentos difíciles, Diane. Quiero mimarte un poco.

¿Un poco? Eso no era muy cierto, según se confesaba Karim. Quería retrasar el momento de la despedida tanto como pudiera. Conforme se acercaba el momento, mucho menos quería dejarla ir. Quería conservarla allí en Rashdani con él. Con el tiempo, por supuesto, la llevaría de regreso a Casablanca. Con el tiempo.

Organizó el viaje tan descansado como pudo para ella. Emprendían la marcha al amanecer y se detenían a descansar con frecuencia, a pesar de las protestas de la joven, aduciendo que no estaba cansada.

Diane se había acostumbrado a los rigores de viajar en el desierto y aun cuando no subestimaba el peligro o las precauciones que había que tomar, aprendió a amar los amaneceres cuando el sol surgía entre las dunas y los atardeceres cuando los colores radiantes del sol poniente teñían las nubes.

Habían transcurrido más de dos meses desde que Ameen Ben Zaidi la hizo secuestrar. La larga jornada estaba por terminar. Pensó de nuevo en la primera vez que vio a Karim y lo asustada que se quedó al verlo. Adivinó su sensualid innata, las fuerzas primitivas que apenas controlaba. Y recordó lo aterrorizada que estaba cuando entró en su tienda y se la llevó.

El la había rescatado, cuidado y amado. No, no era cierto, se dijo. Karim le había hecho el amor. Eso era diferente.

En ese momento él avanzaba delante de ella; con su túnica y su howli parecía una figura salida de Las Mil y una Noches. Tenía una apariencia peligrosa y aun cuando eso la asustó la primera vez que lo vio, en ese momento sabía lo cariñoso y tierno que podía ser. Ningún hombre podría acariciarla como él lo había hecho. Ninguno podría hacerla sentir lo mismo que con él.

Pero todo aquello estaba llegando a su fin. Ya habían disfrutado de todo lo que podía ser suyo.

Al atardecer del cuarto día llegaron a la cima de una duna y ante ellos aparecieron el Mediterráneo y Rashdani, una joya de ciudad que surgía en el desierto.

Un portal árabe flanqueado por altas columnas marcaba la entrada a las elevadas murallas que rodeaban la ciudad.

Los mosaicos en tonos azul, verde y dorado de la arcada brillaban al sol poniente.

Asombrada por la belleza del portal, Diane hizo detener su camello.

-Mis antepasados construyeron la muralla en el siglo once -la informó Karim al acercar su bestia a la de ella-. El portal fue erigido unos quinientos años después.

-Es precioso. -Es tu hogar.

Los ojos grises de Diane se abrieron mucho y una sonrisa incierta apareció en sus labios. Pero se olvidó de aquella incertidumbre cuando cruzaron la entrada. Ante ella estaba una ciudad de oro, o así le parecía a ella a la luz que se reflejaba en la profusión de mosaicos dorados.

Dos guardias uniformados con brillantes gorros rojos montaban guardia a cada lado de la entrada.

-Alto -ordenó uno de ellos-. ¿Cuál es su negocio? ¿A qué han venido?

-¡Guarda silencio! -exclamó el otro guardia, dando un paso al frente y haciendo una reverencia ante Karim-. Sheik al-Raji, bienvenido a casa, mi señor. Alabado sea Alá que ha permitido que regrese a salvo.

-Shukran -saludó Karim-. Es agradable estar de regreso en casa.

Siguieron el borde de un parque rodeado de una terraza, lleno de árboles y plantas floridas, para luego internarse por las calles hasta una avenida inundada de flores.

-Allí está -señaló Karim a su derecha deteniendo su camello-. Ese es el palacio.

Un gran palacio se erigía alto y espléndido en la cima de una colina. Era de líneas puras con cúpulas redondas y torres en espiral, y arcos y ventanas con celosías; quitaba el aliento el hermoso conjunto.

Diane jadeó, sin poder creer que tanta belleza pudiera existir a orillas del desierto. Ese era el hogar de Karim. Allí vivía él. No era obra de la fantasía. Realmente era un sheik del desierto y ese era su reino.

Avanzó como en un sueño y cuando empezaron a subir, contempló el Mediterráneo que brillaba intensamente a la luz del sol de la tarde. Se volvió hacia Karim.

-Es tan bonito, como salido de un cuento de hadas.

-Es tu hogar -repitió Karim.

Cuando al fin llegaron al palacio, hombres uniformados salieron a saludar a Karim. Se apresuraron a tomar las riendas de los camellos y los hicieron ponerse de rodillas.

Karim los saludó y, cuando desmontaron, tomó a Diane de la mano y la guió a través del magnífico arco de la entrada al palacio.

Hilos de agua brotaban del centro de una fuente en un patio con aroma a naranjos. Había flores por todas partes; rosas, hibiscos amarillos, camelias. Buganvillas de un violeta intenso tapizaban un lienzo de muralla.

Antes que Karim pudiera hablar, un sirviente de túnica blanca salió del interior de uno de los cuartos. Hizo una reverencia, se llevó una mano a la frente y declaró:

-Mi señor al-Raji, me alegro de que haya vuelto.

-Y yo de estar aquí, Shafid.

-He avisado a los sirvientes de su llegada y se han preparado las habitaciones para su invitada.

-Gracias, Shafid. Hemos hecho un largo recorrido. Madame está cansada y debe descansar.

El sirviente dio una palmada y una mujer de túnica negra apareció. Era de corta estatura y figura redondeada, con cálidos ojos de color castaño y boca risueña. Al ver a Karim juntó las manos en actitud de oración e hizo una reverencia.

-Mi señor -dijo en voz baja-, mesa annour. Damos gracias a Alá de que al fin haya vuelto con nosotros.

-Buenas tardes, Jamala -la saludó Karim-. Esta es la señorita Diane St. James de los Estados Unidos. Será nuestra invitada durante un tiempo y quiero que la atiendas.

-Será un placer, sheik al-Raji.

-Enviaré por ella más tarde para que cene conmigo, pero mientras, procura que descanse. Si necesita algo, haz que se le proporcione, por favor -luego se dirigió a Diane-. No dudes en pedir lo que quieras -le indicó-. Mi pueblo y yo estamos para servirte.

-¿Te… te veré más tarde, entonces?

-Por supuesto -respondió él en inglés-. Sé que esto es un tanto extraño para ti, Diane, pero trata de no preocuparte. Todos los que están aquí harán lo que esté a su alcance para que estés cómoda.

-Me gustaría llamar a mi padre.

-Hay un teléfono en tu habitación. Llámalo a él, o a quien quieras.

-Muchas gracias, Karim -titubeó sin querer abandonarlo. Luego, con un suspiro de resignación se volvió hacia Jamal y le dijo en árabe-: Estoy lista.

Siguió a la mujer por una serie de largos y frescos corredores, maravillada de la belleza de los suelos de mosaico, los arcos de filigrana y la finura de los tapetes. Había imaginado que Karim vivía bien, pero nunca había esperado que su reino o el palacio fueran tan magníficos.

Al cruzar un patio particularmente hermoso, Jamala la informó: -Aquí es donde viven las otras mujeres.

-¿Las otras mujeres? -Diane se irritó. "Concubinas, Santo Dios, tiene concubinas", se dijo.

-Las mujeres e hijas de los ministros del sheik al-Raji -comentó Jamala. Entraron en otro patio con aroma a gardenias. Jamala abrió una puerta labrada y esperó a que Diane pasara primero.

-Estos son sus aposentos, madame.

Los colores del recibidor eran tonos amarillo pálido y blanco… las paredes, las cortinas que llegaban hasta el suelo en las ventanas, el mullido sofá, el sillón, las mesas labradas y las espesa alfombra.

-Su dormitorio está por aquí, madame -Jamala abrió una puerta al extremo del salón y la invitó a pasar.

Era todavía más hermoso que el recibidor, una habitación llena de luz, de un tono amarillo muy pálido. La cama redonda bajo un dosel estaba cubierta de seda. Tenía mesas de noche a ambos lados de la cama, un armario, un tocador y una mesa de palo de rosa labrada. También había dos sillas frente a la puertas francesas que daban a un jardín privado.

-Aquí está su ropa -le indicó Jamala al tiempo que abría las puertas de espejo del guardarropa-. Encontrará todo lo que necesite durante su estancia aquí. Si las prendas no le resultan satisfactorias, dígamelo para reemplazarlas.

Sorprendida, Diane contempló el abundante despliegue de ropa. Caftanes de todos colores, batas bordadas, camisones con brocados y trajes de diseñador.

-Los zapatos están aquí, madame -Jamala abrió otra puerta para revelar filas y filas de zapatos de todos estilos. Fue al armario y empezó a abrir cajones-. Aquí están las pañoletas y los trajes de baño. Las joyas se encuentran en ese arcón labrado encima del tocador.

-¿Y la ropa interior? -preguntó Diane. -No hay ropa interior ni lencería, madame.

Maldijo a Karim y su cáracter autócrata. ¿Cómo se atrevía a avergonzarla de esa manera? ¿Cómo osaba dictar qué podía y qué no podía vestir? Decidió que esa noche, cuando se reuniera con él para cenar, se pondría sus vaqueros. Eso le demostraría que no se dejaba dominar.

-El baño está aquí, madame -le indicó -Jamala Advirtiendo la irritación de Diane, agregó-: Se sentirá mejor cuando se bañe y descanse. Lo prepararé para usted ahora.

-Muy bien -con los labios apretados, Diane fue hacia la cama y tomó el teléfono-. Quiero llamar á Casablanca -comentó cuando contestó la operadora.

-Lo siento, madame, pero todos los circuitos a Marruecos están ocupados en este momento. Por favor, llame de nuevo más tarde.

Diane dejó el auricular. Tamborileó con los dedos sobre la mesa, se levantó, tomó una bata del guardarropa, se desvistió y fue al baño. Todo decorado en mosaico azul, contaba con una gran bañera, con gardenias flotando en el agua. Estaba rodeada de frascos con sales de baño y toallas afelpadas.

"Un placer sibarita", pensó. Qué manera de vivir. Olvidando su enojo, se sumergió en el agua aromática y suspiró. Era el primer baño en condiciones que se daba en dos meses y era como estar en el paraíso.

Diane sonrió al recordar la canción “Soy el sheik de Arabia”, y empezó a cantar: "soy el sheik de Rashdani y tu corazón me pertenece". Se colocó una gardenia detrás de la oreja. "He sido secuestrada por un honesto sheik del desierto, encerrada en su fortaleza, prisionera de su amor", pensó. Era una idea maravillosa. De eso se hacían las novelas, reflexionó.

Tomó una esponja y una pastilla de jabón francés y comenzó a lavarse las piernas. Eso era una fantasía, pura y simple. Ella no quería que lo fuera, pero sería divertido vivirla mientras durara. Sería agradable fingir que vivía allí con Karim, o jugar a ser su esposa o su concubina. Su amor.

De pronto se puso seria. La palabra "amor" jamás había sido mencionada. Habían hecho el amor, pero, ¿Karim la amaba, o las últimas semanas sólo había sido un paréntesis en su vida?

Para ella no lo había sido. Y aun cuando regresara a París, a su trabajo y a sus amigos, sabía que parte de su ser siempre quedaría en el desierto con Karim. Lo amaba. Siempre lo amaría.

Al fin salió de la bañera, se secó, se puso la trata y regresó al

dormitorio. La cama había sido dispuesta y las cortinas cerradas. Un gran vaso de limonada había sido colocado junto al teléfono. Volvió a levantar el auricular.

-Quiero llamara a Casablanca -pidió de nuevo a la operadora. Y en esa ocasión, la comunicación logró establecerse.

-¿Diane? -preguntó su padre al escuchar su voz-. Dios mío, Diane. ¿De verdad eres tú?

-Sí, papá. ¿Estás bien?

-Lo estoy, cariño, pero he estado muy preocupado. No podía creerlo cuando recibí tu telegrama. ¿Estás segura de que estás bien? ¿No te hicieron daño?

-No, papá. Estoy en Rashdani con Karim.

-¿Karim?

-El sheik al-Raji, papá.

-¿Qué clase de hombre es? Ahmed me dijo que es un hombre de confianza, el único que podía rescatarte de las manos de Ben Zaidi. ¿Cómo te ha tratado? ¿Estás segura de que estás bien?

-Karim me salvó la vida, papá. Me rescató de las manos de Ben Zaidi y…

-Ben Zaidi está muerto. Diane.

-¿Qué? -Diane jadeó-. ¿Cuándo ocurrió? ¿Cómo…?

-Fue detenido hace tres semanas en Tánger, acusado de sabotaje en nuestros pozos y de tu secuestro. Fue ejecutado ayer.

Diane dejó escapar un suspiro de alivio. Temía que él fuera a vengarse de Karim. En ese momento estaba muerto y Karim estaría a salvo.

Le contó a su padre cómo Karim la había rescatado y cómo pasaron semanas enteras en el desierto con los beduinos.

-¿Te trataron bien?

-Aprendí a ordeñar camellos -respondió y sonrió al oírlo reír.

-¿Cuándo vendrás a casa, Diane?

-No estoy segura. Karim me llevará a Casablanca, pero su… supongo que debo descansar unos días. Estoy muy cansada.

-Lo entiendo, cariño. ¿Podrás estar aquí para el fin de semana?

-Me gustaría quedarme un poco más -respondió apretando el auricular.

-¿Por qué? Puedes descansar aquí, Diane ¿Qué es lo que. me ocultas? -preguntó después de una pausa-. ¿Tiene que ver con el sheik al-Raji?

-No… no quiero dejarlo. Todavía.

-No comprendo. ¿Qué ha pasado, Diane?

-Cre… creo que estoy enamorada de él, papá -le indicó con un suspiro.

-Estoy seguro de que el sheik al- Raji es un buen hombre, cariño -le indicó su padre después de un pausa-, pero tienes que conocer a qué obstáculos te enfrentarás en una relación como esa, la diferencia en cultura y religión. ¿El te ama? ¿Te ha pedido que te cases con él?

-No -respondió Diane, tragando con dificultad.

-Ya veo -el hombre suspiró-.. No puedo aconsejarte, Diane. Ya eres una mujer adulta. Tienes que tomar tus propias decisiones. Pero eres mi hija y no quiero que salgas herida.

Hablaron durante unos minutos más. Diane le prometió a su padre que volvería a llamarlo para avisarle de cuándo volvería a Casablanca. Después de colgar el auricular se recostó en la cama, cerró los ojos y pensó en Karim. Con sinceridad no podía creer que estuviera con ella y que no la amara. Tal vez en su casa empezaría a darse cuenta de que las cosas podrían funcionar entre ellos. Tenía que creer en eso. Tenía que darle la oportunidad.

Se quedó dormida y, al despertar, empezó a arreglarse para la cena. No volvió a ponerse los vaqueros y la camisa: prefirió ponerse un caftán en tonos verde y azul.

Se maquilló los ojos con khol, resaltó sus pómulos con rubor y dio un toque de coral pálido a sus labios. Más tarde, después de ponerse el caftán, se cepilló el cabello, dejándoselo suelto sobre los hombros.

Al abrir el joyero sobre el tocador dejó escapar una exclamación. Ante ella estaba un increíble despliegue de joyas: pendientes de jade, collares de diamantes y de perlas, sortijas y brazaletes. Tomó un collar de diamantes y lo sostuvo contra la luz. Volvió a dejarlo en su sitio y se puso los pendientes de jade.

Estaba entrando en el recibidor cuando Jamala anunció:

-Un sirviente la espera para llevarla con el sheik al-Raji, madame. Cuando pasaron frente a los aposentos de las mujeres, escuchó música, risas y el sonido de voces infantiles.

¿Vivirían allí todas las mujeres?, se preguntó. ¿Estarían relegadas a ese rincón del palacio? ¿Así se vería obligada a vivir si se convertía en la mujer de Karim?

La idea la molestó, pero no se detuvo a analizarla. Ella y Karim tenían esa noche y todos los días que permaneciera allí, en Rashdani.

No pensaría en lo que pasaría si se casaba con Karim. El no se lo había pedido. Tal vez nunca lo hiciera.

CAPITULO 5

DESPUES de la ropa burda que Diane había llevado en cl campamento beduino y los vaqueros que él aborrecía, Karim se quedó sin aliento al verla con aquel delicado caftán. Se levantó para recibirla. La tomó de la mano y la condujo a un cojín de terciopelo junto al suyo frente a una mesa baja.

-Pedí que elaboraran un menú especial para celebrar nuestro retorno. Espero que te agrade.

-Estoy segura de ello -respondió Diane con una sonrisa que iluminó el lugar.

Karim hizo una señal con la cabeza y la comida se inició con mazzah, entremeses que incluían rodajas de melón con queso feta, una ensalada de perejil, menta y trigo triturado, sardinas rellenas a la parrilla envueltas en hojas de parra y alcachofas con una salsa de limón azafranada.

El mazzah fue seguido de un asado de cordero cubierto con miel y finalmente kunafah, un pastel de queso y nueces.

-Todo estaba maravilloso, Karim -declaró después de lavarse los dedos con agua de rosas-. Muchas gracias.

-No tienes que agradecerme nada. Y aun cuando estoy de acuerdo con que todo estaba muy bueno, echo de menos tu cordero quemado y mal cocido y tus panes cubiertos de cenizas.

-Tal vez cocine para ti mañana -bromeó Diane.

-Y tal vez no -Karim se levantó y le tendió una mano para ayudarla-. Espero que tus aposentos sean de tu agrado.

-Son encantadores, Karim -se tocó los pendientes-, como lo son estos.

-Son tuyos. Lo que quieras es tuyo, las joyas y la ropa.

-No puedo aceptar regalos como esos -Diane negó con la cabeza.

-Lo discutiremos después -replicó él, despreocupado-. ¿Hablaste con

tu padre?

-Sí. Fue extraordinario volver a escuchar su voz. El… -se interrumpió-. Casi lo olvidaba. Me dijo que Ben Zaidi fue capturado y ejecutado ayer.

-¿Ejecutado? ¡No puedo creerlo! -tomó la mano de Diane-. Yo también tengo buenas noticias. Abdessalam, mi viejo amigo y los demás hombres que ayudaron en tu rescate, regresaron todos a salvo. ¿Cuándo le dijiste a tu padre que volverías a Casablanca? -preguntó después de una pausa.

-Le indiqué que le avisaría más tarde.

-Tal vez decida no dejarte ir -Karim le apretó la mano-. Me gusta tenerte aquí.

Diane lo miró sin saber si hablaba en serio o no.

-El… el palacio es muy hermoso. ¿En… en qué parte vives tú?

-Mis aposentos no están muy lejos de los tuyos. Ven, te los mostraré.

-¿… Dijo la araña a la mosca?

-Algo así -aceptó Karim con una risa.

Nunca había conocido a una mujer que lo hiciera reír tanto; tampoco a nadie que con su belleza lo hiciera contener el aliento, o que con una mirada lo excitara. Si sólo…

"No", se dijo. El y Diane pertenecían a mundos diferentes. No debía pensar en una relación perdurable. Disfrutaría del tiempo que ella pasara con él allí en Rashdani y cuando terminara… Un dolor desconocido casi lo hizo gemir en voz alta. Por vez primera desde que la conoció, pensó en lo que sería la vida sin ella.

Por un momento le resultó imposible hablar. De pronto, le dijo: -Ven, te enseñaré.

La luz de la luna brillaba entre las palmeras cuando salieron al jardín. El aroma de azahares y jazmines impregnaba el aire. A distancia, Diane escuchó el sonido de un laúd. Estaban solos en la noche tranquila. Un jardín conducía a otro, un corredor a otro y más y al fin la llevó por una escalinata de mármol.

-Toda esta ala es la mía -explicó Karim al detenerse frente a una puerta alta; la abrió y le cedió el paso.

Un sirviente con túnica blanca se presentó e hizo una reverencia. -Buenas noches, sheik al-Raji. Buenas noches, madame.

-Buenas noches, Abdulah -respondió Karim.

-¿Quiere café, señor?

-No, gracias. Y ya no te necesitaré a ti y a los otros sirvientes por esta noche.

-Muy bien, sidi -Abdulah se llevó los dedos a la frente y retrocedió-. Le deseo que pase una buena noche, sheik al-Raji. Madame.

Entraron en una sala decorada en tonos brillantes de beige, marrón y gris. Había sofás, sillones, almohadones y sillas de camello. Libros encuadernados en piel estaban dispersos por las mesas. Un Picasso colgaba de una pared y dos Chagall de otra. Parte del suelo bruñido estaba cubierto por un grueso tapete persa.

-Ven -Karim la guió a un balcón con vistas al jardín y una piscina.

-Es hermoso, Karim, y va contigo.

-¿Qué quieres decir con eso? -preguntó él, arqueando una ceja.

-No estoy segura -Diane alzó los hombros-. Creo que significa que naciste para vivir en escenarios bonitos como este, con cientos de sirvientes y bailarinas -sonrió-. Todavía me falta conocer las bailarinas.

-Tendré que encargarme de ello -respondió él con una expresión tan enigmática, que la joven no supo si estaba bromeando o hablaba en serio. Al tomarla de la. mano, le indicó-. Déjame mostrarte el resto del lugar. Contaba con un comedor formal, un estudio cuyas paredes estaban tapizadas de estantes con libros, sillones de suave piel, un enorme escritorio de nogal, computadoras, un télex y una batería de teléfonos.

-Impresionante -declaró Diane. Señaló tina arcada con celosías-. ¿A dónde conduce eso?

-A mi dormitorio -ante la sorpresa de Diane, volvió a tomarla de la mano.

La cama dominaba la habitación suavemente iluminada. De enorme tamaño, estaba cubierta por una colcha color bronce.

-Con frecuencia pensé en esta habitación cuando estábamos en el desierto -comentó Karim-, en lo que sería yacer aquí contigo. Quiero hacer el amor aquí contigo, Diane.

-Karim... -la chica trataba de poner orden en sus pensamientos, pero como siempre que la miraba así, tenía la impresión de derretirse por dentro.

-Me encanta que vayas desnuda bajo tu túnica y el saber que nuestros cuerpos pronto estarán unidos -le indicó Karim acariciándole los senos antes de acercarla a él-. ¿Sabes lo que me haces cuando te oigo murmurar mi nombre? ¿Cuando dices, "sí, oh, sí, por favor?" ¿Tienes idea de lo que me haces sentir?

La besó y ella se aferró a él sin poder resistir la ola de pasión que envolvió su cuerpo. Karim la tomó del trasero y cuando la acercó más, la joven comprendió que él tampoco llevaba nada debajo de la túnica.

Karim le deslizó el caftán por encima de la cabeza y se quitó la túnica. Por un momento sólo la contempló; luego, con un suspiro ahogado; la levantó en brazos y la llevó a la cama. Cuando estuvieron bajo las frescas sábanas de satén, volvió a abrazarla.

-Esto es en lo que soñaba -murmuró contra el cuello de Diane-. El tenerte así conmigo -la colocó encima de él-. Cúbreme. Cúbreme con tu cuerpo y con tus besos.

-Oh, Karim -comenzó a depositar una lluvia de besos en sus mejillas, los ojos, la frente y la nariz. Y aun cuando él entreabrió los labios, ella sólo le besó las comisuras.

-Diane… -con un grito le tomó el rostro entre las manos y la besó con toda el ansia que por ella había estado controlando durante la cena.

-Espera -le pidió Diane en un murmullo-.. Espera, cariño -volvió a besarlo con delicadeza antes de acariciarle la oreja con la lengua.

Trazó una línea de besos por su pecho, dejando derramar su cabello sobre él como un manto de seda. Bajó la mano por su vientre y cuando lo sintió estremecerse, siguió acariciándolo.

El cuerpo de Karim se tensaba y anhelaba. En un suspiro expresó su placer y cuando se volvió intolerable, la colocó bajo él. Sus piernas se enredaron en las sábanas y él las apartó para que, nada se interpusiera entre ellos. La besó como quería besarla desde que la vio llegar al comedor esa noche. Y cuando sus labios se entreabrieron bajo los suyos y sus lenguas se encontraron, la tomó de las caderas y se unió a ella.

Diane lo rodeó con brazos y piernas para hacer más profunda su unión. Se aferró a él, levantando el cuerpo hacia Karim, trató de decirle entre murmullos y suaves caricias que estaba allí para él en cuerpo y alma. En ese momento y para siempre porque lo amaba. Lo amaba.

En ese momento no pudo contener las palabras. Tenía que pronunciarlas.

-Te amo -gritó-. Oh, Karim, te amo.

El la sostuvo y la acarició hasta que se calmó. Cuando al fin se quedó inmóvil entre sus brazos, meditó en las palabras que había escuchado. Le había dicho que lo amaba y no sabía qué hacer al respecto.

Diane caminó como una sonámbula durante todo el día siguiente,

todavía inmersa en el sueño del amor. No se avergonzaba de haber pronunciado en el último momento las palabras que anhelaba expresar. Amaba a Karim y sin importar lo que sucediera, se alegraba de haberlo dicho.

No lo vio ni supo nada de él en ese día. "Tiene muchos asuntos que atender. Lo veré mañana", se dijo.

A la mañana siguiente, cuando Jamala le sirvió el desayuno, le sugirió: -Quizá le gustaría visitar a las otras señoras, madame. Están enteradas de que fue secuestrada por Ameen Ben Zaidi y que mi señor Karim la rescató. Están ansiosas por conocerla.

Diane aceptó y, después de bañarse, se vistió con un caftán color crema y siguió a Jamala al harén donde vivían las mujeres.

Eran más de treinta, de todas las edades, y también había una multitud de niños. En un principio se mostraron tímidas con ella, pero cuando se dieron cuenta de que Diane hablaba el suficiente árabe para comprenderlas, empezaron a expresarse con libertad. Querían saber por qué había dejado París para ir a Casablanca. ¿Cómo conoció al sheik al-Raji? ¿No era cierto que era el hombre más valiente y atractivo de todos?, le preguntaban.

Las damas la invitaron a que las acompañara a comer. Se sentaron a la sombra de los árboles a un extremo del patio y, cuando les sirvieron, una de ellas preguntó:

-¿Cuánto tiempo se quedará aquí en Rashdani, madame?

-No estoy segura -respondió Diane-. Mi padre me espera en Casablanca, así que se supone que debo partir pronto, tal vez al final de esta semana.

-No, no es posible -le indicó una hermosa joven-. Debe quedarse a la boda. Se celebrará el último día del mes en la festividad de KajeRajman. Será una gran celebración. Habrá fiestas, danzas y diversiones. De verdad tiene que quedarse.

-¿Y quién va a casarse? -preguntó Diane con una sonrisa.

-El sheik Karim -respondió una de las mujeres.

-¿Pe … perdón?

-El sheik Karim -repitió la jovencita-. Se casará con Erani Rahman. Allí está, madame, junto al tulipán. ¿No es preciosa?

Diane se quedó paralizada. No podía respirar. Observó a la mujer que le habían señalado. La chica, pues eso era, no podía tener más de dieciséis años. Tenía ojos grandes y oscuros, delineados con kohl; los labios delgados y la nariz un tanto respingona. Vestía una blusa blanca

y pantalones holgados bajo una vaporosa túnica azul.

Diane se obligó a apartar la vista para contemplar los alimentos que un segundo antes le habían parecido tan apetitosos. Tenía que salir de allí antes de derrumbarse.

-Discúlpenme -logró decir apartando su silla-. Acabo de recordar que estoy esperando una llamada de mi padre. Tengo que marcharme.

-Vuelva mañana, comeremos juntas -le pidió una de las mujeres mayores.

Pero cuando estuvo a solas en el corredor, se apoyó contra la pared e hizo una aspiración profunda y dolorosa. Karim iba a casarse. Siempre lo había sabido. Lo sabía también la otra noche, cuando hicieron el amor.

Se cubrió la boca con una mano para no gritar y, con un sollozo, fue corriendo hasta sus habitaciones.

-El sheik al-Raji la ha llamado por teléfono -la informó Jamala cuando Diane llegó-. Dice que tiene que hablar con usted. Estará aquí dentro de una hora.

-No quiero… -Diane reprimió sus palabras.

-Dijo que era importante, madame.

No quería ver a Karim, pero sabiendo que no debía armar una escena delante de Jamala, declaró:

-Voy a descansar. Llámame cuando el sheik al-Raji llegue.

Sin molestarse en quitarse el caftán, se dejó caer boca abajo sobre la cama y cerró los ojos. "Karim va a casarse". Aquellas palabras; como mil dagas al rojo vivo, destrozaban su cerebro.

El le había hecho el amor fingiendo que la quería. Iba a casarse con otra persona, una joven y hermosa mujer, una musulmana, una mujer de Rashdani.

Recordó las palabras que ella le había murmurado en la oscuridad: "Te amo, Karim. Te amo". Dejó escapar toda su angustia en un gemido. Al fin se levantó. Se lavó la cara, se arregló el cabello y, cuando Jamala anunció a Karim, ya se había controlado lo suficiente como para poder enfrentarse a él.

Apenas lo miró cuando entró en el recibidor; luego se colocó detrás de una de las sillas labradas para protegerse de él.

-Te he echado de menos -le indicó él cuando Jamala los dejó solos. Hizo el intento de acercarse, pero ella lo contuvo al levantar una mano.

-¿Para qué querías verme?

-Hay algo de lo cual debo hablar contigo. Algo que yo…

-¿Te refieres a lo de tu boda?

- ¿Cómo ...? -Karim palideció e hizo una aspiración profunda-. ¿Cómo te has enterado?

-Comí con algunas de las damas en el harén. Me señalaron a tu prometida.

-Diane… -sacudió la cabeza-. Sentémonos. Tengo que hablar contigo.

-Creo que no -le indicó ella.

-Maldición, Diane… -Karim se pasó una mano por el cabello, nervioso-. No sabía nada del matrimonio hasta ayer. Lo había olvidado…

-¿Lo habías olvidado? -un sollozo escapó de su garganta-. ¿Habías olvidado que estabas comprometido para casarte?

-El matrimonio fue arreglado por mis padres y los de Erani hace muchísimos años. Ni siquiera la conocía hasta que ayer mi ministro de estado me dijo que ella estaba aquí en palacio y que ya se estaban haciendo los preparativos para la boda. Fue entonces cuando nos presentaron.

-¿Nunca la habías visto antes y vas a casarte con ella?

-¡No! No lo sé.

Diane rodeó la silla y se sentó porque las piernas ya no la sostenían. Casi desde el primer momento, había sabido que un día él se casaría con una mujer de su raza; y ese día había llegado.

-Quiero irme -le indicó Diane-. Me prometiste que me llevarías en avión a Marruecos. Sé que estarás ocupado con… con los preparativos de la boda, pero otra persona puede llevarme. Tu piloto, .alguien… -trataba de controlar su voz-. De verdad, debo irme.

-No quiero que te vayas. Arreglaremos algo.

-¡Arreglar algo! -lo miró atónita-. ¡Por Dios, Karim, vas a casarte!

-¿No lo entiendes? Es un matrimonio por compromiso. No estoy enamorado de Erani. Ni siquiera la conozco -su voz se quebraba de emoción-. No puedo perderte.

-¿Y qué esperas que yo haga? ¿Ser tu… tu concubina y vivir en el harén con el resto de tus mujeres?

-Diane, por favor -la tomó de los brazos y la puso de pie-. Escúchame.

-¡Suéltame! -exclamó ella tratando de liberarse.

-No, no te soltaré. Te amo. Yo… -la contempló como si la viera por vez primera-. Te amo -repitió.

-Nunca me dijiste eso antes -las rodillas de Diane se debilitaban-. Durante todas las semanas que estuvimos juntos, nunca me lo dijiste. ¿Por qué lo haces ahora?

-No… no lo sé. Sólo sé que es cierto. Te amo, Diane. No puedo dejar que te vayas así sin más.

-Vas a casarte con esa chica.

-No quiero hacerlo. Hablaré con ella. Haré algo.

-¡Harás algo! -Diane se liberó y emprendió la marcha para salir de la habitación-. Te agradecería que hicieras algo para que un avión me saque de aquí.

-No.

-¿Qué has dicho? -Diane se detuvo.

-He dicho que no. No te dejaré partir.

-No puedes mantenerme aquí a la fuerza.

-¿Crees que no? -apretó los labios-. Has olvidado, Diane, que estás en mi reino. Y soy la ley aquí.

-No puedes hacer eso -Diane se llevó una mano al cuello-. Llamaré a mi padre. Yo…

-No tendrás acceso a un teléfono -dio un paso hacía ella y volvió a sujetarla-. Ni tu padre ni tu país tienen jurisdicción en Rashdani. Si yo quiero que te quedes, te quedarás.

-Realmente eres un bárbaro -Diane alzó la barbilla y sus ojos grises se volvieron de hielo-. No eres muy diferente a los salvajes beduinos que fueron tus antepasados.

-Es cierto, Diane. Hay sangre beduina que corre por mis venas. Tomo lo que quiero. Y tendré lo que quiero.

-Nunca volverás a tenerme -le indicó ella muy quedo-. Nunca, Karim.

-Te tendré -la amenazó-. Estás en mi país. Eres…

-¿Tu prisionera?

-Si así lo quieres considerar, sí. Eres mi prisionera.

-Suéltame -le pidió ella mirando las manos que la sujetaban de los brazos con fuerza.

-Hablaremos de esto más tarde -le dijo él después de soltarla-. Hasta que eso suceda, permanecerás en tus habitaciones hasta que mande a buscarte -sacudió la cabeza-. No quiero que esto sea así.

-Entonces, déjame regresar al lado de mi padre.

-No puedo -volvió a mover la cabeza y salió de la habitación.

Fayez Ibrahim, el ministro de estado, esperaba a Karim en la sala de conferencias.

-He tratado el tema de la boda con Abdul Rahman, el tío de Erani -comentó Ibrahim-, Dado que el padre de la chica ha muerto, él es su tutor.

-¿Y qué hay de su madre? ¿Acaso no tiene un hermano mayor? ¿No debería ser él su tutor en lugar de su tío?

-La madre y el hermano de Erani viven en Inglaterra -comentó Ibrahim, molesto-. Como ellos prefirieron salir de Rashdani, nada tienen que ver con lo que ocurra con la chica.

-Ya veo -Karim se frotaba el mentón-. ¿Ya hablaste con Erani acerca de la boda? ¿Qué opina ella al respecto?

-Sus sentimientos no importan -declaró Ibrahim-. Esta unión fue decidida hace muchos años. Ya tiene la edad apropiada y no hay motivo por el cual el matrimonio no pueda celebrarse. Por eso fue que procedí con los arreglos tan pronto como me enteré de que venías para aquí acompañado de la mujer norteamericana -el hombre se acariciaba la barba-. No te he preguntado cuánto piensa quedarse aquí la señorita St. James, pero dadas las circunstancias, sería prudente que se marchara.

-¿Y qué pasaría si te dijera que pienso conservarla aquí?

-¡Eso es imposible! Es una infiel, una mujer con la cual viviste en el desierto. No es mejor que una…

-Ten cuidado -le indicó Karim en voz baja-. Ten mucho cuidado, Fayez Ibrahim.

-No pretendía insultar, mi señor, pero con seguridad no piensas mantener aquí a una mujer como esa. Ella…

-¡Déjame! -rugió Karim, haciendo palidecer al ministro-. Y prepárate para salir para Medya por la mañana.

-¡Para Medya! Ese lugar es el infierno de Rashdani -protestó Ibrahim-. Soy un hombre de posición. Yo…

-Tienes otra opción. Medya o el destierro. Ahora vete.

Cuando Karim se quedó solo, recorrió la sala de conferencias de un lado a otro. Sabía que era su destino casarse con una mujer de Rashdani. Sin embargo, el tener que hacerlo con alguien a quien no amaba ni conocía, le producía escalofríos. Tal vez si no hubiera conocido a Diane podría haberlo aceptado. Pero la había conocido y en ese momento sabía lo que significaba el amor.

Permaneció toda la tarde en sus aposentos, contemplando el jardín.

Al atardecer; llamó a Abdulah.

-Cenaré con Erani esta noche en uno de los pequeños comedores del palacio. Hazte cargo.

Cuando llegó la hora, con el corazón pesado fue en busca de su futura esposa. Ella acudió a la cita acompañada de un séquito de sirvientas. Karim se levantó para recibirla y se dirigió al grupo de acompañantes.

-Pueden retirarse. Llamaré cuando terminemos de cenar.

Llevo a Erani a un lugar ante la mesa baja y la ayudó a sentarse. Parecía más una chiquilla vacilante que una joven mujer a punto de casarse. Se aclaró la garganta y le preguntó cuáles eran sus intereses.

-¿Intereses? -repitió Erani, sorprendida.

-Si. ¿Qué es lo que te gusta hacer?

-¿Hacer, mi señor?

-Para tu placer, Erani. ¿Te gusta leer? ¿Cómo te gusta pasar el tiempo?

-Me gusta ir de compras, mi señor. Cuando mi madre estaba aquí, solíanos ir de compras juntas.

-Estoy seguro de que la echas de menos. Creo que está en Inglaterra.

-Con mi hermano. Mi abuela era inglesa. Cuando se puso enferma hace tres años, mi padre permitió que mi madre viajara a Inglaterra con mi hermano, pero al morir la abuela, mi madre no quiso regresar. Pidió a mi padre que me permitiera ir con ella, pero él no aceptó. Cuando papa murió, mi tío se convirtió en mi guardián. Le he pedido a él que me permita visitar a mi madre, pero se ha negado. Tal vez… tal vez después de que nos casemos, me permitirás ir a ver a mi madre.

-Quizá -Karim la contempló durante largo rato-. ¿Eres consciente de que la boda se celebrará el último día del mes?

-En la festividad de Kaje-Rajman, mi señor -sus ojos, hasta entonces deprovistos de emoción, brillaron-. Tendré un vestido nuevo, ¿no es así, sheik al-Raji? Tal vez azul con un toque de violeta. Y un velo, por supuesto, azul tramado con oro, diría yo. Y zapatillas…

Karim trataba de mostrarse inexpresivo mientras la chiquilla parloteaba de sedas, satenes y zapatillas. Pensó en los años por venir, en las cenas como aquella, en ese tipo de conversaciones.

Pensó en los asados mal cocidos y los panes quemados de Diane y en las noches que habían pasado discutiendo frente al fuego, hablando de todo lo que ocurría en el mundo, de lo indignada y apasionada que se

volvía su voz al sostener sus puntos de vista. Y aun cuando a veces se enfadaban, adoraba el desafío en sus conversaciones.

Erani nunca discutiría ni estaría en desacuerdo con él. Siempre que tuviera una dotación suficiente de ropa nueva, sería feliz.

Karim sabía que no podría soportar la vida que se esperaba de él en compañía de aquella chica a menos que tuviera a Diane a su lado. Si así fuera, podría cumplir con lo que se esperaba de él. Erani sería su esposa; Diane su amante. Erani asistiría a las funciones de estado; ante el pueblo de Rashdani y el mundo exterior, ese sería un matrimonio ideal.

Pero cuando los asuntos de estado quedaran de lado, sería a Diane a quien acudiría. Ella estaba molesta y quería partir, pero él la retendría, a la fuerza si fuera necesario. No podía perderla.

Un guardián estaba apostado en la puerta de los aposentos de Diane y otro frente a las puertas francesas que conducían al jardín. El teléfono había sido desconectado.

Prisionera, Diane recorría los confines de su apartamento, llena de rabia, furia y un dolor profundo. No. podía dormir y apenas comía. Jamala, quien la vigilaba como si fuera un tesoro, comentó:

-Tiene que comer, madame. Si no lo hace, se pondrá enferma.

Diane se metió en la cama citando oscureció y pensó en la última vez en que ella y Karim hicieron el amor y cómo había querido ella entregarle todo lo que fuera capaz de darle. Recordó todas y cada una de sus palabras de pasión y de amor. Con un puño apretado contra sus labios trató de reprimir las lágrimas. ¿Cómo había podido Karim hacerle eso? Desde el principio él la había engañado, utilizado.

Y a fines de ese mismo mes se casaría… con otra mujer… y ella quedaría en el papel de concubina.

-No mientras quede un hálito de vida en mi cuerpo -dijo en voz alta y empezó a planear la huida.

Cualquier intento tendría que hacerlo al abrigo de la noche, tal vez por el jardín. Si pudiera encontrar el camino entre el laberinto de corredores, podría lograrlo. Pero primero tenía que librarse de Jamala y al menos de uno de los guardias.

Al tercer día de su encarcelamiento comenzó a quejarse de que no se sentía bien.

-Llamaré al médico -manifestó Jamala. .

-No, he sufrido estos ataques con anterioridad -mintió-. Siempre pasan.

Se quedó en el dormitorio. Cuando la noche cayó, se puso una túnica negra. No tenía dinero y ese era un problema, porque tendría que pagar para salir de Rashdam. Después de unos momentos de incertidumbre, abrió el joyero. Karim le había dicho que su contenido era un obsequio para ella, pero no había tenido intenciones de tomar nada… hasta ese momento.

Sus dedos se cerraron alrededor del collar de diamantes y los pendientes. Hizo una aspiración profunda y se los metió en un bolsillo, junto con una pañoleta negra.

Al fin, con el corazón latiendo como un tambor, Diane se recostó en la cama, apagó la luz y se cubrió con la colcha.

Al otro lado de las puertas francesas, el guardia iba de un lado a otro. Unos minutos antes de las doce, cuando sabía que se haría el cambio de guardia, llamó:

-¡Jamala! ¡Auxilio! ¡Ayúdame!

-¿Qué sucede, madame? -preguntó la mujer al llegar, alarmada.

-El dolor. ¡Dios mío, el dolor! -Diane se revolvía en la cama-. El médico -gritó-. Llama al médico.

-Se lo diré al guardia.

-¡No! -exclamó Diane, tomándola de la mano-. Hazlo tú. ¡Date prisa, Jamala! ¡Date prisa!

Al fin la mujer salió apresurada.

Diane saltó de la cama de inmediato para ir a cerrar con llave la puerta de acceso al cuarto antes de buscar un arma. Escogió un jarrón de la dinastía Ming, lo sopesó y por un instante vaciló, pero tendría que ser sacrificado. Fue hacia las puertas francesas y, ocultando el jarrón detrás de la espalda, las abrió.

-¡Alto! -exclamó el nuevo guardia, apareciendo en el umbral-. ¿Qué sucede? ¿Qué…?

-Estoy enferma, yo… -Diane se desplomó contra él y cuando trató de sujetarla lo golpeó con el jarrón. El guardia cayó sin emitir ningún sonido. Diane corrió hacia el jardín. Al abrigo de los arboles, se ató la pañoleta en la cabeza para cubrirse el pelo y trató de calmar los latidos alocados de su corazón. No tenía ni idea de a dónde se dirigiría. Tendría que depender de su propio intuición.

Sin hacer ruido corrió hacia el muro detrás de las palmeras. Tenía

que escapar antes que Jamala regresara con el médico y descubriera que había desaparecido. Lamentaba haber tenido que golpear al guardia. Esperaba no haberlo herido. pero tenía que salir del palacio, escapar de Karim.

Llegó hasta las palmeras y se detuvo un instante para recobrar el aliento. Todo estaba en calma. Entre las ramas, un ruiseñor cantaba una melodía tan dulce que Diane sintió ganas de llorar. Con un sollozo ahogado se volvió y empezó a subir por el muro.

Karim acababa de salir de la ducha cuando Abdulah llamó a su puerta.

-Se trata de la norteamericana, mi señor -anunció cuando Karim le abrió-. Está enferma.

-¿Enferma? -la mano de Karim se congeló en el pomo de la puerta-. ¿Qué le sucede?

-No lo sé. Jamala fue a buscar al médico. Estoy seguro de que ahora están con ella, mi señor.

Karim corrió para ponerse unas sandalias y se puso una túnica. Diane estaba enferma. Si algo le sucedía, sería culpa suya. Se dijo que debería haberla llevado de vuelta a Casablanca.,

Estaba sin aliento cuando llegó a sus aposentos. La puerta de acceso estaba entreabierta. El guardia parecía preocupado.

-Excelencia -dijo-, Excelencia, yo…

Karim lo apartó y entró apresurado. Jamala estaba en el centro del recibidor, retorciéndose las manos. Cuando lo vio, empezó a llorar.

-¿Qué sucede? -gritó Karim-. Por Alá, ¿qué sucede?

-La mujer… Lo siento mi señor. No debí dejarla. No debí…

-¡Habla! -exclamó Karim.

-Se ha ido -Jamala señaló el dormitorio-. Me envió en busca del médico y cuando regresé, ella…

Karim retrocedió como si lo hubieran golpeado. Por un momento se sintió morir.

-¿En dónde está el médico? -logró preguntar.

-Allí, mi señor -Jamala señaló hacia la habitación-. Está…

Como un ciego, Karim trastabilló por el recibidor. Desde el umbral de la puerta distinguió al médico de rodillas, inclinando sobre alguien. Debió de jadear ya que el médico se volvió.

-El se va a poner bien, sheik al-Raji. Ha recibido un golpe fuerte, pero…

-¡El! ¿De quién habla?

-De su guardia, mi señor. El… -

-Pero la mujer -Karim entró en el cuarto-. ¿En dónde está?

-No está aquí, sheik al-Raji. Cuando llegué con su sirvienta, había desaparecido. Encontramos al guardia derribado. Las puertas francesas estaban abiertas. Lo golpearon en la cabeza.

Karim salió corriendo de la habitación y pasó frente a Jamala.

-¡Convoquen a la guardia! -gritó al hombre apostado a la entrada-. Quiero que revisen los jardines y cada centímetro del palacio. Daré la paga de un año al que la encuentre.

El temor y la angustia de unos momentos antes fueron reemplazados por un ira desconocida en él. Juró que la encontraría. Y cuando lo hiciera…

Tan pronto como Diane escuchó risas y voces de niños, supo que estaba en los dominios de las mujeres. Frenéticamente trató de recordar la vez en que estuvo allí. Jamala la había guiado en esa ocasión, pero ella sola había encontrado el camino de regreso a sus aposentos. ¿Debía de tratar de cruzar la sección, llegar al corredor y sólo por un golpe de suerte encontrar el camino para salir del palacio, o debía tratar de escalar el muro del harén? El muro era más alto que el que rodeaba su apartamento; casi de dos metros, estimó. Sin embargo, lo haría. Tenía que salir de allí.

Permaneciendo a la sombra de las palmeras, Diane se abrió paso hasta el extremo más apartado del jardín. Contempló la pared de piedra y titubeó. Tal vez, después de todo, sería mejor tratar de ir por el harén…

-¡Guardias! -gritó una voz de hombre-. ¡Llamen a la guardia! -desde el muro, Diane distinguió las luces de unas linternas. Su corazón latió con fuerza contra su pecho. Tenía que salir de allí antes que la encontraran.

Empezó a subir, buscando dónde apoyarse con los dedos, dónde apoyar los pies. Se arañó los nudillos y se rompió una uña. Ya casi había llegado. Unos centímetros más… Jadeante, llegó a la parte superior, pero antes que pudiera descolgarse por el otro lado, una luz brilló y alguien gritó:

-¡Por aquí! ¡Alumbren por aquí!

Diane no se movió. Temía hasta respirar. Escuchó pasos que se acercaban a ella.

-Si ha saltado el muro, tiene que estar por aquí -declaró una voz. -El sheik al-Raji dijo que dará un año de paga al que la encuentre.

-Y si no la encontramos… -el hombre que habló maldijo entre dientes-. ¿Para qué quiere a una infiel?

-¿Para qué crees tú? -se rió otro-. Me han dicho que es más hermosa que cualquiera de las mujeres del harén.

-¿No viste la expresión del sheik cuando dio la orden de encontrarlá? Jamás lo vi tan furioso. Aunque sea una infiel, sentiré lástima por ella cuando la encuentre.

Las voces se acercaban. Diane se apretó contra el muro. Su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que los guardias lo oirían. Pasaron de largo. Por un momento ella estaba demasiado asustada para moverse. Al fin se obligó a ponerse en acción y descolgó las piernas por el otro lado del muro. No podía ver. Sólo podría tratar de sentir el suelo que esperaba estuviera debajo de ella. No lo estaba. Hizo una aspiración profunda y se dejó caer. El suelo surgió hacia ella con fuerza. Cayó, rodó y al cabo de unos instantes logró levantarse.

Ya no escuchaba las voces de los hombres que la buscaban. Estaba muy oscuro, pero aunque no hubiera sido así, tampoco tenía idea de dónde estaba. Parecía que se trataba de otro jardín, más grande. A la débil luz de las estrellas logró distinguir la piscina y… Santo Dios, había entrado en el ala del palacio correspondiente a Karim. Debía salir de allí.

-He oído -dijo una voz a unos metros de ella-. Alumbra por allí, Mustafá. Eso es. Ahora hazlo de adelante hacia atrás. Sí, allí…

La luz cegó a Diane. Jadeó y por un instante le pareció que la sujetaban unas manos invisibles. No podía moverse.

-¡Allí está!

Se escuchó el tono agudo de un silbato. Una voz gritó.

Diane corrió hacia la oscuridad tan rápido como pudo, hacia el muro opuesto. Las ramas bajas le arañaban el rostro. La pañoleta negra se le enganchó; Diane se la arrancó de la cabeza y continuó la carrera. Si pudiera llegar al muro y pasar al otro lado… Si pudiera…

Tropezó, cayó al suelo, se levantó y siguió corriendo. Sabía que los hombres iban detrás de ella. Llegó al muro y casi lloró de alivio. Se lanzó hacia él y empezó a subir. Algo se abría paso entre los matorrales en pos de ella. Hundió las uñas entre las hendiduras en la piedra para

ascender. Una mano se apoderó del borde de su túnica.

-¡No! -gritó ella y soltó una patada.

-¡Ahhh! -maldijo un hombre al apartar la túnica con mayor fuerza. Ella trató de sujetarse en las piedras, pero de pronto se encontró flotando en el aire antes de caer al suelo con violencia.

Le ataron las manos a la espalda y la llevaron a los aposentos de Karim. Tres, guardias la vigilaban mientras Abdulah llamaba a Karim por teléfono.

Sin hablarles, Diane mantenía la vista al frente, con los hombros erguidos y una apariencia de calma y desprecio totales. Por dentro, sin embargo, era una temblorosa masa de nervios. ¿Qué le haría Karim? Los guardias habían dicho que estaba furioso. ¿Qué…?

El entró en la habitación como un halcón listo para caer sobre su presa.

-Déjenme -ordenó a sus hombres y esperó hasta que quedaron solos. Sólo entonces se volvió para mirar a Diane.

El temor serpenteó como un dedo helado por la columna de Diane. -Me has humillado -le indicó él-. Me has hecho aparecer como un tonto ante mis súbditos.

-Entonces déjame salir de aquí.

-Golpeaste a uno de mis guardias -Karim tenía los labios apretados-. Pudiste haberlo matado.

-¿Está…? -Diane contuvo el aliento-. ¿Le hice daño? ¿Está…?

-Sí, le hiciste daño.

-No fue mi intención -Diane levantó el mentón-. Pero volvería a hacerlo. Haré cualquier cosa por alejarme de ti. Si insistes en mantenerme aquí, como tu prisionera, con las manos atadas a la espalda…

-Te ataré a tu cama si es necesario -cruzó la habitación y la levantó de su silla. La obligó a volverse y le desató las muñecas. Cuando vio que le sangraban los nudillos, le indicó-: Ve a lavarte las manos y la cara. Pareces una mujer de la calle.

La furia reemplazó al temor y Diane fue hacia el baño sin mirar hacia atrás. Ante el contacto del agua y el jabón sobre las heridas, sintió un fuerte escozor. Se convenció de que era por eso por lo que las lágrimas le quemaban en los párpados. No era por la forma en que Karim le había hablado.

-Tenemos que hablar -dijo él cuando ella regresó al recibidor.

-Nada tenemos que hablar hasta que me liberes.

-No te dejaré ir.

-Nunca me rendiré.

Un músculo saltó en la mejilla de Karim. Se volvió y fue hacia la ventana que daba al jardín.

-Fui sincero cuando te dije que había olvidado que estaba comprometido en matrimonio, Diane. El arreglo se hizo hace muchos años entre mi padre y el de Erani. Nada tiene que ver con el amor, sólo con el deber. Soy el sheik de Rashdani. Tengo una responsabilidad ante mi pueblo y con las leyes del Islam.

-Será un matrimonio -le indicó Diane, quedo-. Erani será la madre de tus hijos.

-Eso no puedo evitarlo -murmuró Karim, bajando la vista.

-No, supongo que no -Diane dejó caer los hombros con resignación-. Compartimos algo muy especial, Karim. te amaba… -se le quebró la voz-. Me… me entregué gustosa y con amor, pero si me retienes aquí contra mi voluntad, no volverá a ser así. Puedes obligarme porque eres más fuerte que yo, pero será una posesión vacía. Nunca tendrás esa parte de mí que te entregué con amor -cruzó la habitación hasta donde él estaba-. No mancilles lo que hubo entre nosotros.

-Diane… -la asió de los hombros-. ¿No sabes lo que significas para mí? ¿No comprendes cuánto te necesito y te deseo?

-Sólo sé que no puedo hacer lo que me pides. Nunca cederé.

Karim la miró a los ojos y comprendió que decía la verdad; quiso desahogar su furia con ella, herirla porque él estaba herido. Con voz fría y cruel le dijo:

-Si así ha de ser, así será.

Diane abrió mucho los ojos. No podía creer que ese fuera el hombre del que se había enamorado. Trató de liberarse, pero él la sujetó firmemente y la besó. Ella dejó de luchar y se quedó paralizada. La boca de Karim era ardiente; estaba llena de una insistente furia. Pero la de ella era de hielo.

Karim hundió los dedos en la suave piel de sus hombros, pero ella no protestó ni trató de alejarse. .

-No me hagas esto -le pidió él, apartándola un poco.

-Déjame ir.

-¡No!

Con un grito salvaje, Karim la tomó en sus brazos y la llevó al dormitorio. Diane luchaba contra él, pero él la sujetó con fuerza contra su pecho, apretándola con brazos de acero.

La dejó caer sobre la cama. Ella trató de escapar por el otro lado, pero Karim se apoderó del borde de su túnica y tiró de ella. Diane le dio una patada y se soltó. El se lanzó sobre la cama y volvió a apoderarse de la túnica, desgarrándola; y los diamantes se esparcieron sobre la colcha.

-Tomaste los diamantes -declaró Karim conteniendo el aliento. Diane percibió el asombro, la incredulidad en su voz. La vergüenza la hizo ruborizarse.

-Sí, los tomé -replicó desafiante-. No tengo dinero, nada. Pensaba usarlos para comprar mi salida de tu país.

-Entonces quédatelos -le espetó él.

-Ahora ya no los quiero. Jamás tomé algo que no me perteneciera.

Karim la obligó a abrir la mano y dejó caer los diamantes en ella. -¡Tómalos! -rugió.

-¡No los quiero! -con fuerza los arrojó lejos de ella-. ¡Y tampoco te quiero a ti! No…

Con una rapidez insólita, Karim la atrapó. La sujetó contra la cama, montándose sobre sus piernas a horcajadas.

-No permitiré que nos hagas esto. Nos pertenecemos el uno al otro. Te obligaré si tengo que hacerlo. Tú me amas. Me dijiste que me amabas.

-Te amaba -Diane trató de quitárselo de encima-. Eso fue en el pasado.

-No te creo. Sé cómo respondiste cuando hicimos el amor aquí en mi cama. Sé lo que sentías entonces, cómo tu cuerpo se elevababa hacia el mío. Cómo…

-¡Basta! ¡Basta!

Karim le cubrió la boca con la suya, como si con la sola fuerza de su voluntad pudiera hacerla reaccionar como antes. Quería que sus labios se suavizaran bajo los suyos, que se abrieran, que su lengua entablara un dulce duelo con la suya.

Pero la boca de Diane no se suavizaba, sus labios no se abrían. Estaban fríos y oprimidos y eso lo irritaba porque quería que fuera la Diane de antes. Quería a esa mujer de nuevo a su lado. Trató de quitarle su peso de encima y de inmediato ella intentó soltarse de nuevo. Lo golpeó hasta que él le sujetó las manos.

-No nos hagas esto -repitió.

-¿Nos? -Digne jadeaba-. No hay un "nos" Karim. Ya no lo hay.

-¡Maldita…! -estaba frustrado, furioso, decidido a doblegarla a su

voluntad como antes. La haría recordar cómo era antes. Ella lo amaba. Quería oírla repetirlo de nuevo. Quería escuchar sus suspiros temblorosos, sus murmullos llenos de frenesí.

Agarró la parte superior de su túnica y se la desgarró. Ella gritó de furia y cuando trató de golpearlo, él le asió las dos muñecas y se las sujetó con una mano encima de la cabeza.

-Hay un "nosotros" -le espetó él-. Siempre habrá un "nosotros". Se apoderó de su boca. Diane trató de volver la cabeza, pero él la mantuvo inmóvil y aun cuando luchó en contra, la besó. Cuando Diane protestó, Karim hundió la lengua en su boca. Era tan cálida y dulce como recordaba, tan suave como la seda. La besó durante largo rato para luego trazar un

sendero de besos sobre su cuello. Sintió el frenético latir de su pulso.

-Nos pertenecemos -murmuró él. Le acarició el lóbulo de la oreja con la lengua-. Dímelo, Diane, dímelo.

-¡Basta! -gritó ella-. ¡Suéltame!

-No, Diane. No, mi amor -todavía sujetándole los brazos por encima de la cabeza, comenzó a besarle los senos. La piel de Diane temblaba y un estremecimiento de excitación lo invadió porque ella respondía, porque sin importar lo que le dijera, todavía lo deseaba tanto como él a ella.

Tomó la tierna punta entre sus dientes para juguetear con ella. Su cuerpo se llenó de deseo, pero se contuvo, ya que aunque la había amenazado con poseerla por la fuerza, no lo haría. Por mucho que quisiera hacerlo, no la obligaría. Sólo cuando Diane lo aceptara se uniría a ella. Le soltó las muñecas y, abrazándola, la besó con delicadeza.

-Diane -murmuró-, no niegues lo que hay entre nosotros. No me apartes, no…

Ella trató de liberarse de su abrazó, pero él la mantuvo firme en tanto depositaba una lluvia de besos en su rostro y sus serios. Con todas las fuerzas de su voluntad, Diane trataba de contenerse. No cedería. No podía ceder ya que, si lo hacía, estaría perdida.

Pero su voz era tan dulce, sus caricias tan suaves. Deslizaba sus manos por todo su cuerpo, produciendo magia en cada sitio que tocaba. Su cuerpo ardió de deseo y aun cuando trataba de negar lo que sentía, no podía reprimir los pequeños gemidos y jadeos de placer que se escapaban de su garganta.

-No -dijo él contra su boca-. Déjame tocarte así, Diane. Estás lista

para mí, cariño. Me deseas ahora, me…

-¡No! -el grito que surgió desde el fondo de su ser alejó a Karim. Temblando sin control, se apartó de él, se tumbó boca abajo sobre la cama y empezó a sollozar.

Diane se dijo que lo deseaba. Quería entregarse a las dulces urgencias que la recorrían, a la llamada que amenazaba con consumirla. Pero no podía hacerlo, ya que si se entregaba no sería sólo por ese momento. Sería para convertirse durante toda la vida en la segunda mujer de Karim. La mujer oculta que esperaba en las sombras lo que él pudiera darle.

-¿Qué pasa? -Karim colocó una mano sobre su hombro-. ¿Qué sucede, Diane? -cuando ella no contestó, la abrazó-. No llores -murmuró contra su cabello. Le tomó el rostro entre las manos y besó las lágrimas que caían. -Por favor, cariño, no llores.

-No puedo vivir entre las sombras de tu vida, Karim -le indicó Diane cuando cedió el torrente de lágrimas-. Por favor, te lo suplico… no me digas que lo haga.

-Me amas -manifestó él.

-Sí, te amo. Y… y sé que tú me amas, Karim. Y porque lo haces, no creo que puedas obligarme a esto. Creo que puedes dejarme ir.

-¡No! -volvió a encerrarla en sus brazos. Ella era su mujer. Su vida. Lo era todo para él. No podía dejarla ir, sentía sus lágrimas contra su cuello, los estremecimientos de su cuerpo-. Te amo.

Permanecieron abrazados. Un temblor lo recorrió. La apartó un poco para mirar sus ojos grises. Luego bajó de la cama.

-De acuerdo -aceptó al fin; y aquellas palabras le dolían tanto que tuvo que apartar la vista-. Te llevaré a Casablanca, Diane -ella lo miró desde la cama-. Mañana -le indicó Karim-. Partiremos mañana.

En ese momento Diane comprendió que había ganado. Sin embargo, se preguntó por qué se sentía tan fría y vacía.

CAPITULO 6

CONFORME el enorme avión levantó el vuelo en un cielo sin nubes.

Diane observó el reino que estaba entre el desierto y el mar. Las cúpulas doradas del palacio brillaban como joyas bajo el sol de la mañana; el palacio de un cuento de hadas de un atractivo príncipe, un lugar mágico en el que todo sueño se hacía realidad.

Pero Karim no era un príncipe; era un sheik del desierto. Y no todos los sueños se hacían realidad.

Diane lo observó al otro lado del pasillo. Su rostro no mostraba expresión alguna. Había sombras de fatiga bajo sus ojos y líneas alrededor de su boca que no había advertido antes. Sabía que no había dormido mejor que ella.

La noche anterior, cuando la escoltó hasta sus aposentos, ordenó a los guardias que se retiraran.

-Partiremos a primera hora -le había indicado a ella-. Llamaré a tu padre para avisarle de nuestra llegada.

En ese momento, Diane contempló las dunas allá abajo y se preguntó lo que sería volver a su propio mundo. A ella siempre le había gustado París. Le gustaba su trabajo en la revista y disfrutaba de su pequeño círculo de amigos. Sería bueno regresar, no obstante…

Le pareció extraño, pero nunca había observado antes cómo el color de la arena pasaba de ámbar dorado cuando el sol adoptaba cierto ángulo. Con qué gracia parecía que las dunas habían sido esculpidas por una mano maestra. Era hermoso, infinitamente hermoso.

Durante un breve tiempo, había vivido entre los nómadas. Había sido una mujer del desierto, la mujer de Karim. Había ordeñado camellos, cuidado a las cabras y recogido estiércol de camello para el fuego. Había dormido cada noche con su hombre del desierto y durante un tiempo había sido gloriosamente feliz.

Nunca olvidaría esos momentos mientras viviera. Ni a Karim. El

había arriesgado su vida para rescatarla de Ben Zaidi. La había protegido durante la tormenta y la había salvado del desierto. Una parte de ella misma ansiaba ser lo que él deseaba que fuera. Pero no era posible.

Poco después sus ojos se cerraron y durmió. Cuando despertó, se acercaban a Casablanca.

-Estamos llegando -anunció Karim-. Tu padre se alegrará de verte.

-Sí -asintió Diane-. Sé lo terribles que estos meses debieron de ser para él. Me dijo que estuvo un tiempo en los campamentos petroleros, pero se mantuvo en contacto constante con Casablanca. Sin importar lo que dijeran los demás, tenía confianza en que estaba viva y en que tú me encontrarías -se volvió para mirarlo-. No sé si te lo dije en algún momento, Karim, pero muchas gracias por haber ido a buscarme, por rescatarme de las manos de Ameen Ben Zaidi y por salvarme la vida en el desierto.

Las ruedas tocaron tierra y el jet recorrió la pista. De un lado a otro del pasillo, Karim le tomó la mano.

-Te echaré de menos durante el resto de mi vida -confesó.

Justin St. James no podía creer que aquel momento al fin había llegado. Diane estaba a salvo. Volvería con él.

El jet plateado con el emblema de Rashdani, se detuvo. El personal de servicio acercó la escalerilla a la puerta. Esta se abrió y un hombre ataviado con una túnica negra salió del aparato y se colocó a un lado. Karim al-Raji hizo su aparición. Detrás de él se encontraba Diane. Karim le dijo algo, la tomó del brazo y la ayudó a bajar por la escalerilla.

Diane vio a su padre y saludó con la mano. El correspondió y se acercó al pie de la escalera.

-¡Papá! -exclamó la chica abrazándolo. Justin sintió que las lágrimas le quemaban en los párpados. La abrazó con fuerza y por encima de su hombro miró al hombre que se la había devuelto a salvo.

Karim al-Raji parecía enorme y formidable con su túnica blanca. Su expresión era tensa y tenía los labios apretados como si apenas pudiera controlar sus emociones. Justin le tendió la mano.

-Nunca podré agradecerle todo lo que ha hecho por mi hija -le dijo a Karim-. Sé que corrió un gran riesgo. Le estoy muy agradecido.

Diane se apartó y los dos hombres se estrecharon las manos. Karim no volvió la mirada hacia ella. La había llevado de regreso con su padre y en ese momento requería de toda su fuerza de voluntad para no abrazarla y volverse con ella al avión. La había dejado libre. Había

renunciado a ella y en ese momento se sentía vacío, como si le hubieran arrancado las entrañas.

-Confío en que pueda quedarse con nosotros unos días, sheik al-Raji -dijo Justin-. Ahmed llegará mañana y querrá verlo. He organizado una recepción mañana por la noche. Espero que nos honre con su presencia.

Karim frunció el ceño. Pensaba regresar a Rashdani de inmediato. Hacía dos años que no veía a Ahmed Jurani, pero si él y Diane debían separarse, sería mejor hacerlo cuanto antes.

-Por favor acepte quedarse unos días -insistió Justin-. Quiero aprovechar la oportunidad de conocerlo, de expresarle mi agradecimiento por lo que hizo.

-Muy bien. Me quedaré -aceptó Karim mirando a Diane.

Diane contempló el dormitorio que siempre había considerado encantador. Le parecía extraño y desconocido, al igual que la ropa que estaba en los armarios. Pasó las manos por encima de su túnica gris. Durante los últimos dos meses sólo había llevado túnicas o caftanes. Era a lo que se había acostumbrado, con lo que se sentía cómoda. Eso tendría que cambiar dado que había salido del mundo de las mujeres cubiertas con velos y túnicas para volver al mundo de la ropa moderna. Le llevaría mucho tiempo acostumbrarse.

Cuando se quitó la túnica y se detuvo desnuda frente al espejo, el asomo de una sonrisa suavizó sus labios antes de cruzar la habitación en busca de un sostén de encaje blanco y su ropa interior correspondiente. Ajustes. Tendría que hacer ajustes.

Después de bañarse y vestirse, fue a reunirse con su padre. Lo encontró ante su escritorio, trabajando. Sonrió al verla llegar.

-Cuánto me alegro de tenerte de regreso, Diane. Todavía no puedo creer que estés aquí. Háblame de tu odisea. Sé que debió de ser horrible.

-No todo -Diane tomó un lápiz del escritorio-. Los primeros días fueron los peores.

-¿Qué ocurrió, cariño? ¿Cómo te atraparon?

-Había ido a la Medina. Un hombre me siguió cuando salí. Corrí y apareció otro hombre. Me aplicaron cloroformo… -le hizo un relato completo de su aventura-. Fue por lo del petróleo, ¿verdad?

-Así es. Ben Zaidi llevaba más de un año dándonos problemas, pero resultamos demasiado fuertes para él. Trató de desquitarse secuestrándote. Lo siento, cariño, todo fue por mi culpa. Yo…

-No, fue culpa de Ben Zaidi. Me alegro de que esté muerto -titubeó-. Karim mató a uno de sus hombres.

-¿Cómo? -Justin estaba atónito.

-El campamento beduino en el que nos encontrábamos fue atacado mientras Karim y los demás hombres estaban fuera. Los hombres de Aneen nos tomaron por asalto y uno de los que me secuestraron y amenazaron, me capturó. Karim nos siguió. Si no hubiera llegado a tiempo, el otro hombre me habría… -Diane miró a su padre-. Karim lo mató. Lo hizo para salvarme.

-Me dijiste por teléfono que estás enamorada de él -Justin suspiró-. Estoy seguro de que comprendes los obstáculos a que te enfrentarás si te casas con él. Tienen religiones diferentes, proceden de culturas distintas. Karim vive en un mundo en el que dominan los hombres y las mujeres obedecen. Tú eres una mujer independiente, preciosa. Siempre lo has sido. No sé cómo podrías vivir una vida como esa si te casaras con él.

-No hay nada de matrimonio -Diane apartó la vista-. Karim se casará con otra mujer a fines de este mes.

-¿Con otra mujer? Pero creí…

-Es una chica de Rashdani, papá. El matrimonio fue arreglado hace muchos años. Ella es muy joven y hermosa -Diane inclinó la cabeza-. En una mujer de su raza.

-Lo siento, cariño. Lo siento tanto… -Justin le tomó la mano.

-Yo también, papá. Yo también.

Diane se sentó ante el espejo del tocador y empezó a maquillarse. Pero sus movimientos eran automáticos y requerían de un gran esfuerzo de su parte. Se sentía derrotada, congelada. Era como si parte de su ser hubiese dejado de funcionar.

¿Sería siempre así o el tiempo cerraría ese horrible vacío?, se preguntó. Conocía a Karim desde hacía poco más de tres meses y, sin embargo, había cambiado su vida por completo. Nunca volvería a ser la misma.

Comenzó a cepillarse el pelo y paró de hacerlo al recordar cómo Karim se lo había cepillado en Azrou Hamaam. Cómo la había invadido la languidez cuando empezó a acariciarla y se inclinó para besarle los senos.

Nunca volvería a sentir las caricias de sus manos ni la urgencia de sus besos. Nunca volvería a experimentar la alegría de la satisfacción total. Finalmente se obligó a levantarse e ir a su guardarropa. Deslizó

las puertas corredizas y observó el despliegue de ropa. No tenía caftanes ni túnicas. Tampoco zapatillas enjoyadas con las puntas levantadas.

Había logrado salir del mundo de Karim para volver al suyo propio; para demostrarse que así había sido, escogió un vestido sin tirantes, bordado con pequeñas perlas cultivadas. Era una prenda atrevida y ajustada que resaltaba su figura. La ayudaría a afirmar quién era; la ayudaría a enfrentarse a la velada que se abría ante ella.

Decidió ponerse unos sencillos pendientes de perlas y una joya con una perla suspendida de una delgada cadena de oro justo en el nacimiento de sus senos.

Para terminar, se aplicó perfume en los hombros y en las muñecas y fue a pararse frente a las ventanas con vista a las luces de Casablanca. Karim partiría por la mañana. Esa sería la última noche que pasaría con él. Dejó escapar una pequeña exclamación de dolor. Luego, con un suspiro reprimido, bajó a recibir a los invitados de su padre.

Participó en el comité de recepción integrado por su padre, Ahmed Jurani y Karim. Diversos embajadores de países occidentales y árabes estaban presentes, así como docenas de amigos de su padre y de Ahmed. Diane conocía a la mayoría y al saludar a cada recién llegado, lo presentaba a Karim. El estaba magnífico con su djellaba de color gris pálido.

-¿Puedo presentarle al sheik Karim al-Raji de Rashdani? -repetía una y otra vez con cortesía. Los caballeros que lo saludaban querían quedarse a conversar con él, las damas lo miraban con admiración. "Así que este es el hombre con el cual Diane St. James pasó dos meses en el desierto", parecían decir sus miradas.

Camareros con chaquetas blancas servían champaña y canapés. Karim y Ahmed Jurani estaban conversando con un embajador. Diane iba de grupo en grupo haciendo el papel de la anfitriona perfecta.

Con expresión adusta, Karim la veía ir de un grupo a otro con una sonrisa en los labios y una copa de champaña en la mano. Tuvo un momento de asombro, y también irritación, cuando se presentó esa noche. Diane, llevaba los hombros y el nacimiento de los senos al descubierto. El ajustado vestido blanco no dejaba nada a la imaginación. Había dado un paso al frente dispuesto a decirle que debía ir a cambiarse cuando comprendió que no tenía ningún derecho a decirle qué hacer, o qué ropa debería ponerse.

Apretó los labios y trató de contenerse. Cada hombre en la reunión era consciente de su encanto. Lo veía en sus ojos y los celos le

produjeron un dolor físico que lo corroía. ¿Cómo podía dejarla ir? ¿Cómo podía darle la espalda y dejar que se alejara de él?

Al fin anunciaron que la cena estaba servida y, al pasar al comedor, él y Diane fueron sentados juntos. Ella se inclino,hacia delante para decir algo a la mujer que estaba al otro lado junto a él. Karim aspiró el aroma de su perfume, vio el valle entre sus senos y su cuerpo se tensó de deseo. Justin se puso de pie, chocó la cuchara contra su copa y dijo:

-Damas y caballeros, quiero proponer un brindis por el sheik Karim al-Rajid. Hace casi tres meses, mi hija Diane fue secuestrada. Yo no sabía a quién acudir, pero mi amigo y socio, Ahmed Jurani, sí. Pidió ayuda al sheik al-Raji y éste, por ser su amigo, aceptó ayudarnos a encontrar a mi hija. Ella está con nosotros esta noche gracias a su valor -Justin levantó la copa-. Le agradezco mucho que me haya devuelto a mi hija, sheik al-Raji. Es usted un hombre valiente. Mi hija y yo jamás lo olvidaremos. Todos levantaron sus copas.

-Por el sheik al-Raji -declararon todos.

-Por el sheik al-Raji -murmuró Diane.

-¿Cómo fue su vida en el desierto? -preguntó la inglesa que estaba sentada frente a Diane-. ¿No hacía un calor infernal?

-¿Cómo lograste resistir? -le preguntó el marido-. Tu padre dice que vivieron con beduinos. Debió de ser terrible vivir entre salvajes.

-Los beduinos son un pueblo afectuoso y encantador -declaró Diane-. Nos aceptaron y nos dieron refugio.

-¿Y cómo se las arreglaban para dormir, querida? -preguntó la mujer-. ¿Qué…?

-¡Gertrude! -le espetó su marido.

-Apuesto a que tuvieron que compartir una tienda de campaña -manifestó entre risas una chica a quien Diane no conocía, dirigiéndose al caballero sentado a su lado.

Diane advirtió que Karim se tensaba, pero antes que él pudiera hablar, dijo:

-Me temo que no sé su nombre, ¿está aquí como invitada del señor Jurani, o de mi padre?

-No… -la chica se ruborizó-. Yo… he venido con alguien.

-¿Y se llama…?

-Davis… Ginny Davis.

-Muy bien, señorita Davis, para satisfacer su… -la sonrisa de Diane era fríamente cortés-… curiosidad, le diré que, en efecto, el sheik al-Raji y yo compartimos una tienda. Verá, de no haber sido así, habría sido

muy peligroso para mí siendo una mujer soltera. El sheik al-Raji no sólo arriesgó su vida y la de sus hombres para rescatarme, sino que me protegió durante las tormentas y el calor del desierto. Le debo la vida -se volvió hacia él y tocó su copa con la suya-. Y se lo agradezco con todo mi corazón.

Los ojos oscuros que instantes antes parecían tan fríos, se volvieron cálidos. "¿Cómo puedo dejarla ir?", se preguntó Karim de nuevo.

La tomó de la mano y la llevó al espacio que fue destinado para el baile.

-Hay muchos que se preguntarán y especularán sobre el tiempo que pasamos juntos en el desierto -murmuró Karim al rodearla con sus brazos. -No me importa.

-Es algo de lo que me gustaría protegerte.

-No necesito protección -replicó Diane, mirándolo a los ojos-. Lo que haga con mi vida es responsabilidad mía.

La expresión de Karim volvió a mostrar irritación. Quería que lo necesitara, quería que fuera su responsabilidad. Aborrecía la idea de que fuera a vivir sola en París.

-¿Cuándo irás a París?

-El próximo lunes.

-¿No habrá problemas con tu trabajo?

-No. Hablé con mi superior ayer. Quiere que le escriba una serie de artículos sobre mi… mi aventura. El secuestro, el rescate. Nuestra vida con los beduinos.

-¿Y lo harás?

-Por supuesto.

-¿Y escribirás sobre nosotros?

-Diré que me rescataste, que me salvaste la vida.

-¿Y que vivimos juntos como marido y mujer?

-Es parte de la historia, ¿no es así? -Diane se tensó-. Cuando sea publicada, tú ya estarás casado.

-Y tú estarás viendo a otros hombres.

-Es probable.

Karim la acercó hacia él. Era como una pieza de alabastro frío entre sus brazos. Su vista bajó hasta la perla en el nacimiento de sus senos y, porque tenía que tocarla, deslizó el pulgar por la extensión de la cadena de oro y pasó los dedos sobre la perla.

-Es muy hermosa.

Los dedos de Karim la quemaban: Hizo una aspiración profunda. -Gracias -murmuró.

-Diane…

-No -le dijo apartándose de él.

Karim la dejó ir. Diane bailó con un embajador, con un egipcio, luego con el inglés que había estado sentado frente a ella en la mesa. Y finalmente, porque no podía soportar que otros hombres la tuvieran entre sus brazos, fue a buscar a Justin St. James.

-Partiré mañana a, primera hora. Quiero agradecerle su hospitalidad y la cena de esta noche -se despidió Karim de Justin.

-Ha sido un placer -Justin estrechó la mano de Karim-. Usted salvó la vida de mi hija, sheik al-Raji. No sé cómo pagarle.

-Hay una forma, St. James -le indicó Karim-. Puede asegurarse de que, de ahora en adelante, esté protegida.

-¿Protegida? Me temo que no comprendo.

-Quiero contratar a alguien que la cuide. Yo lo pagaré, por supuesto.

-¿Un guardaespaldas? ¿En París? Diane nunca lo aceptaría.

-No tiene por qué enterarse.

-Comprendo su precaución, sheik -Justin movía la cabeza-, pero la respuesta es no. Diane se enteraría del acuerdo y se molestaría. Es una mujer adulta. Yo no le haría eso.

-Ya veo -un músculo saltaba en el mentón de Karim.

-Creo que está a punto de casarse -comentó Justin.

-Así es.

-¿Cuándo se celebrará la boda?

-A finales de este mes.

-Le deseo todo género de felicidades.

-Muchas gracias -Karim dio un paso atrás-. Le ruego me disculpe.

-Por supuesto. Lo veré por la mañana.

-Salgo al amanecer -Karim negó con la cabeza-. Por favor despídame de Diane.

-Maldición -murmuró Justin al ver que Karim se retiraba-. Maldición mil veces.

Eran casi las dos de la mañana. Diane se había lavado y cepillado el pelo. En ese momento estaba frente a las ventanas abiertas,

contemplando la noche. El último de los invitados había partido y la casa estaba en silencio. Se alegraba de que hubiera terminado la fiesta. Y deseaba haberse despedido de Karim. Deseaba…

Con un suspiro, volvió al interior de la habitación. Estaba a punto de quitarse la bata que hacía juego con su camisón, pero titubeó. Ella y Karim habían intercambiado palabras molestas esa noche; esa no era la manera como quería que terminaran las cosas.

Antes que pudiera cambiar de opinión salió del cuarto, cerrando la puerta. Su mano temblaba sobre la barandilla de la escalera al subir hacia la habitación para huéspedes de la planta superior. No se detuvo hasta que estuvo frente a la puerta. Había luz bajo ella. Llamó y, antes que él pudiera contestar, abrió y entró.

Karim estaba tendido en la cama con las manos detras de la cabeza y el pecho desnudo, cubierto por una sábana hasta la cintura.

-Karim… -Diane hizo una aspiración profunda-. Karim, yo… -volvió a empezar-. Te fuiste antes que pudiera despedirme de ti. Quería decirte… -no pudo continuar.

-¿A eso has venido? ¿A despedirte?

-No -tenía un nudo en la garganta-, no es por eso por lo que estoy aquí. Karim…

El apartó la sábana y se levantó. Estaba desnudo. Y magnífico. Esperó mientras ella, paso a paso, se acercaba a él.

-Diane -le dijo con voz gruesa, antes de abrazarla.

La chica temblaba como una hoja agitada por el viento.

-No, cariño, no lo hagas -Diane se aferró a él. La piel de Karim, todavía húmeda por la ducha, olía a jabón. Ella hundió la cabeza en su hombro, alegrándose de haberse reunido con él, satisfecha de estar allí unos minutos más.

Sintió sus labios contra su cabello, la tensión de sus músculos antes que le levantara la cara para verla. Sus ojos estaban llenos de promesas. Karim murmuró su nombre y la besó.

Los labios de Diane se abrieron bajo los suyos y su lengua buscó la de él. Acarició sus hombros desnudos y deslizó los dedos sobre su piel. Ella oprimió las manos contra su cintura para acercarlo más cuando su boca lo buscó.

Karim la apartó el tiempo suficiente para despojarla de la bata y el camisón. Cuando terminó, la contempló para memorizar cada línea y curva de su cuerpo, imprimiéndola en su mente para recordar para siempre su imagen tal y como la veía esa noche. Diane, gloriosamente

desnuda, suya por lo que restaba de aquella noche.

La tomó de la mano y la llevó a la cama. Se acostaron frente a frente. Le rodeó la cara con las manos y la besó como nunca lo había hecho antes, con hambre, desesperación y una tristeza profunda por lo que hubiera podido ser. Cuando al fin la soltó, apartó la manta que los cubría.

-Necesito mirarte, tocarte -le apartó el cabello de color dorado rojizo de la frente y le besó las cejas. Empezó a acariciarla levemente con las manos. Saboreó la línea de su cuello, sus hombros, deslizó los dedos sobre sus senos.

-¿Karim? -el calor invadía el cuerpo de Diane.

-Pronto, mi amor -le besó los senos, bajó hasta su vientre y sus muslos, antes de llegar al sitio más íntimo de su ser.

-Por favor -cada terminación nerviosa vibraba de excitación cuando él se acercó y la tomó entre sus brazos.

Volvió a besarla con delicadeza infinita. Murmurando palabras de amor en árabe, apoyó la cabeza sobre su brazo y empezó a besarle los pechos. Su lengua trazaba círculos cada vez más cerrados alrededor de la tierna punta.

Cuando al fin se apoderó de ella para succionarla con los labios, Diane dejó escapar un grito y enredó los dedos en su cabello.

-Sí -murmuró-, oh, sí.

Y cuándo su cuerpo comenzó a estremecerse, Karim depositó besos ligeros como plumas por todo su cuerpo, antes de volver a acariciarla íntimamente.

-Karim -gimió Diane, tratando de apartarse-. Por favor… por favor. Pero él ha mantenía inmóvil mientras la besaba, sólo por un momento, porque sabía que no podría contenerse más. Tenía que hacerla suya, tenía…

Con un grito, Karim se hundió en su suavidad. Ella lo recibió murmurando palabras de amor. La penetró con mayor profundidad, con más fuerza, se retiró para volver a hundirse, una y otra vez, desesperado, ya que aquella sería la última vez que ella dejaría escapar pequeños gemidos de placer.

Trató de obligarse a ir despacio, pero ella insistió: -Más -lo urgió-. Más, Karim.

Sosteniéndola, se dio ha vuelta para dejarla encima de él. -Lo que tú digas. Lo que tú me pidas.

Diane se movió sobre él, contra él, dulce y salvaje, con ha cabeza

hacia atrás, el cabello brillante acariciándole los muslos. El tomó sus senos entre las manos y ella jadeó. Oprimió los endurecidos pezones y ella dejó escapar un grito.

Karim levantó el cuerpo y se impulsó contra ella, incapaz de controlar el fuego atroz que lo devoraba. Ya no podía esperar. Tenía que hacerlo… tenía que…

Diane dejó escapar una exclamación. Su cuello se arqueó y su cuerpo se volvió rígido. Karim le tomó las manos, sosteniéndola, yendo con ella, junto con ella.

Se derrumbó contra él y, sollozando su nombre, hundió el rostro en su hombro.

-Karim -lloró-. Oh, Karim.

El frotaba la cara contra su cabello. La acarició y le dijo en árabe que la amaba, que siempre la amaría.

Y la abrazó hasta que su respiración se normalizó y comprendió que se había quedado dormida.

Cuando Diane despertó por ha mañana, él había desaparecido. Sobre la almohada había un manojo de flores del desierto.

Noche tras noche, sin poder dormir, Karim recorría las habitaciones de sus aposentos. Y en ocasiones, para asombro de sus ministros, los llamaba a reuniones a mitad de la noche.

Antes de conocer a Diane creía que dormir era algo que había que hacer solo. Las pocas ocasiones en que había intentado dormir con una mujer después de hacer el amor con ella, había descubierto que no podía hacerlo, que dormir era un acto íntimo que no quería compartir con nadie.

Luego conoció a Diane. En aquella su primera noche en el desierto después de rescatarla, durmieron juntos sobre su túnica. Despertó al sentir un bulto extraño y la encontró arrimada a él en busca de calor. Su cara estaba contra su hombro, los senos sobre su brazo. Una sensación que he resultaba desconocida hasta entonces lo invadió: el deseo de compartir, de sentirse completo.

Fue igual durante toda su estancia en el desierto. Se acostumbró a su calor y a su aroma, a su cabello extendido sobre su piel, a despertar durante la noche y saber que ella estaba allí. ¿Cuántas veces en aquel delicioso momento entre el dormir y el despertar se había vuelto para

buscarla? ¿Cuántas veces ella se había vuelto para rodearlo con sus brazos y levantado el rostro para que la besara? ¿Cuántas veces, en la quietud de la noche, sus cuerpos se habían unido hasta la culminación del éxtasis?

Pero Diane se había ido y él descubrió que no podía dormir sin ella. El rostro de Karim se volvió tenso y su carácter empeoró. Gritaba a sirvientes a los que jamás había levantado la voz. Y al fin, una semana después de su retorno de Casablanca, decidió hacer un viaje al desierto.

Eso era todo lo que necesitaba, se dijo. El calor y el caminar incesante lo agotarían y al fin podría volver a dormir.

Abdessalam y Saoud fueron con él, pero bien podría haber estado solo ya que raras veces hablaba con ellos. Recorrió kilómetro tras kilómetro, montando a camello, a veces caminando, entrecerrando los ojos para protegerlos del sol, subiendo a una duna y luego otra. Pero por las noches permanecía cerca de la fogata, sin poder dormir, tal como le ocurría en su cama allá en palacio.

No podía sacarse a Diane de la mente, ni del corazón. No podía apartarla de su pensamiento. Recordaba su valor al recorrer las dunas cuando perdieron el camello. Recordó la primera ocasión que hicieron el amor bajo el cielo del desierto. Recordaba todo lo referente a ella.

Y sabía que siempre lo haría.

-Llevas una gran tristeza en tu alma -le comentó Abdessalam una noche cuando estaban sentados frente al fuego-, y una fiebre en tu sangre -Karim lo miró por encima de las llamas-. Y no creo que sea por la prometida que aguarda tu retorno.

-Cuidado, amigo mío -le indicó Karim con una mirada amenazadora.

-Es por la americana que enviaste lejos.

-Yo no la despaché.

-La dejaste ir. Es lo mismo.

-No es lo mismo. Ella quiso irse. No podía retenerla contra su voluntad.

-Tu abuelo lo habría hecho.

-Yo no soy mi abuelo.

-El habría ido en pos de ella. La habría obligado a volver a Rashdani, como una vez obligó a tu abuela.

-¿De qué diablos hablas? Mis abuelos fueron muy felices juntos. Ella lo adoraba.

-No al principio, mi señor Karim -Abdessalam se acarició la barba mientras, reclinado sobre su codo, contemplaba las llamas-. Tu abuela

era de otro reino. Acompañó a su padre a una reunión de estados árabes y fue allí donde tu abuelo la vio por vez primera. No estaba en buenas relaciones con su padre. No obstante, concertó una reunión y la pidió en matrimonio. El padre se negó. Se alojaban en el hogar del embajador saudita y esa noche, aunque traté de disuadirlo, tu abuelo se las arregló para verla a solas en el jardín: Lo oí confesarle sus sentimientos. Ella estaba asustada, por supuesto, y lo rechazó. Pero él no admitió su derrota. Una semana después entró a hurtadillas en el palacio de su padre y la secuestró.

-¿Mi abuelo? -Karim miraba a Abdessalam incrédulo-. ¿Secuestró a mi abuela? Es imposible. Ella lo amaba.

-Pero no al principio -sonrió el viejo-. Hubo batallas y escaramuzas entre los dos reinos y entre tus abuelos. Pero él ganó al final, tanto las batallas como su corazón -el anciano miró a Karim-. Podría ocurrir lo mismo entre tú y la americana.

Las facciones de Karim se tensaron. Creía a medias en la historia que Abdessalam le contaba y no le gustaba que nadie, ni siquiera su amigo, le dijera qué debía hacer.

-Mis abuelos tenían los mismos antecedentes de raza. Su religión era la misma, sus creencias similares.

-El amor es una creencia -dijo el anciano-. No conoce límites, fronteras o religiones. Es un don raro y precioso. Sólo un estúpido lo deja escapar.

Karim se irritó. Nadie se había atrevido a llamarlo estúpido antes. Se levantó y miró amenazador a Abdessalam. Luego, con una maldición pronunciada entre dientes se dio la vuelta y se alejó hacia el desierto. Con los puños apretados a los costados, sin poder negar la angustia que lo embriagaba, levantó la vista a las estrellas.

La boda debía celebrarse dentro de dos semanas. Tenía que aceptarla. Deseaba que no fuera así. Deseaba…

Una estrella fugaz cruzó el cielo mientras él observaba. Surcó los aires y cayó hacia tierra.

-Deseo -declaró, sin quitar la vista del firmamento.

Diane estaba tratando de concentrarse en la historia que debía escribir, la historia de sus días en el desierto con Karim.

La parte relativa al secuestro le resultó fácil. Logró plasmar todo el

terror que había sentido en el bote y más tarde durante la torturante y larga jornada hasta la fortaleza de Ameen Ben Zaidi en el desierto. Incluso pudo escribir cómo Karim la había rescatado y se la había llevado en el caballo blanco. Había llegado al punto cuando fueron encontrados por los nómadas, pero a partir de allí no podía continuar.

Lo que ocurrió en el desierto había significado demasiado para ella; no podía ponerlo en palabras. Trató de decirse que era una escritora profesional y que, como tal, debía ser objetiva en sus escritos. Era su obligación escribir la historia. Eso era… una historia, un trabajo.

Pero por más que se esforzaba, no podía desligarse de lo que escribía. Eso le había ocurrido a ella; era su corazón, su sangre vital.

Miró el calendario sobre su escritorio. Ese era él último día del mes, la festividad de kaje-Rajman. Era el día de la boda de Karim. Ese día él y Erani Rahman serían declarados marido y mujer. Esa noche compartirían el tálamo nupcial.

Comenzó a temblar, así que tomó el suéter del respaldo de su silla y se lo echó sobre los hombros. Pero no le ayudó. Todavía tenía mucho frío. Estaba helada.

Las palabras de la pantalla de la computadora la contemplaban. "Llevábamos tres días en el desierto cuando los nómadas nos encontraron. Y esa noche y todas las noches que siguieron fuimos amantes. Nosotros…"

Oprimió la tecla para borrar, archivó su trabajo y salió del programa. No servía, no podía escribir el artículo. Abrió el cajón del escritorio y sacó su bolso. Luego se puso el abrigo y salió de la oficina.

El teléfono empezó a sonar cuando estaba cerrando la puerta, pero no lo oyó.

E1 otoño en París era una de las épocas más hermosas del año. Los preciosos y viejos árboles en la ribera del Sena empezaban a vestirse de tonos rojos y dorados. Los bateaux mouches seguían llenos de turistas y parisinos que nunca parecían cansarse de recorrer el río de un lado a otro.

Una joven pareja estaba sentada en un banco. Ella tenía la cabeza apoyada en su hombro en tanto él le acariciaba el cabello. Hacían caso omiso del aire frío y de la gente que, como Diane, deambulaba por la orilla del río. Eran jóvenes, estaban enamorados y eso era lo único que les importaba.

"Les deseo lo mejor", pensó Diane con lágrimas que ardían en sus ojos, llena del dolor del vacío que llevaba consigo desde aquella

mañana que despertó y descubrió que Karim se había ido. Trató de decirse que con el tiempo el dolor cedería, que con el tiempo olvidaría. Pero sabía que eso jamás sería cierto.

Se detuvo en el Boulevard Saint Michel para comprar manzanas y mandarinas. En el puesto contiguo compró un frasco de mermelada de frambuesa y unos croissants. Había comido poco durante esas últimas semanas, pero cada mañana se obligaba al menos a desayunar.

Su apartamento en la Rue de Latour estaba en un antiguo y encantador edificio. Saludó con una inclinación de cabeza al portero al entrar y subió por la escalera hasta el tercer piso. Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta.

-Hola, Diane -Karim se levantó de la silla que ocupaba y fue hacia ella.

-Tú… -al verlo tuvo que agarrarse a la puerta para no caer-. ¿Qué… qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

-Le dije al portero que era un primo tuyo.

-De… deberías estar casándote hoy -murmuró ella. Karim negó con la cabeza.

-Erani ha ido a reunirse con su madre y su hermano en Inglaterra. Allí es donde quiere estar.

-Pero… ¿y la boda? -Digne se humedeció los labios-. No comprendo.

Karim la tomó por los hombros, la hizo entrar en la habitación y cerró la puerta. Le quitó la bolsa de las compras de las manos, la dejó sobre la mesa para el café frente al sofá y le entregó un ramo de violetas.

-No comprendo -repitió Diane, llevándose las flores al pecho-. ¿Qué… qué haces en París?

-He venido a llevarte… -una sonrisa apareció en sus labios-… a cenar. Con seguridad podemos sentarnos frente a frente ante una mesa como personas civilizadas. Los dos tenemos que comer, así que más vale hacerlo juntos.

Diane permanecía inmóvil en medio de la habitación, todavía con el abrigo puesto.

-No… lo sé. Tengo que cambiarme.

-Te espero abajo en el coche -iba hacia la puerta cuando de repente se detuvo y se volvió-. No tardes mucho -al cerrar la puerta, ella seguía de pie, en estado de shock, oprimiendo el ramo de violetas contra sus senos.

Karim bajó del coche con chofer cuando la vio salir del edificio.

Diane llevaba un traje verde esmeralda con una blusa de satén color marfil, de escote profundo para mostrar el nacimiento de sus senos. Se había prendido una violeta en la solapa de la chaqueta.

Llevaba el cabello recogido en un chignon. Estaba muy hermosa, pero su actitud era firme, poco jovial.

-Es muy hermosa, mi señor al-Raji -le indicó Abdessalam desde el asiento delantero junto al chofer-. Bien vale el riesgo.

-Espero que tengas razón -murmuró Karim antes de adelantarse para ofrecerle la mano.

-¿A dónde vamos? -preguntó ella al entrar en el velículo,

-Ya verás -respondió Karim con tono enigmático-. Estoy seguro de que te gustará. La comida es excelente.

El coche seguía el camino que bordeaba al Sena. Diane miraba hacia afuera, no porque estuviera interesada por el exterior, sino porque su mente todavía giraba como un remolino. Todavía no podía creer que Karim estuviera allí. No sabía por qué había ido.

-Nunca te hablé de mi abuelo, ¿verdad? -preguntó él, empezando la conversación.

Diane lo observó, sorprendida de que decidiera hablar de sus familiares.

-Me dijiste que lo mató la familia del padre de Ameen Ben Zaidi.

-Se llamaba Kumar -asintió Karim-. Los que lo conocieron dicen que me parezco a él. Era un buen hombre, tal vez mejor que yo. Durante los años que gobernó como sheik, Rashdani progresó muchísimo. Construyó escuelas y hospitales y llevó el comercio internacional al país -buscó la mano de Diane y la colocó sobre su rodilla-. Mis abuelos pertenecían a reinos diferentes. Es muy extraño, pero hasta hace una semana, no sabía que mi abuelo la secuestró.

-¿La secuestró? -Diane lo miraba atónita.

-El padre de mi abuela no dio su consentimiento para que se casaran y, dado que ella apenas conocía a mi abuelo y lo rechazó, él acabó secuestrándola.

-¡Eso fue un acto de bárbaros!

-Lo fue -sonrió Karim-. Pero permanecieron casados durante casi cuarenta años y sé que mi abuela lo quería tanto como él a ella -le apretó la mano-. Pero no habrían pasado tantos años juntos si él no la hubiera secuestrado.

-¿A dónde vamos? -preguntó Diane cuando un estremecimiento la recorrió-. ¿A dónde me llevas?

-Al aeropuerto. Mi avión me espera listo para despegar tan pronto como lleguemos.

-¡No puedes hacer eso! -exclamó ella horrorizada-. No lo permitiré. Llamaré a la policía. Yo…

-Tengo inmunidad diplomática. Dudo que me arresten.

-¡Eres… eres un beduino! -gritó la chica.

-Tendremos un matrimonio civil en Rashdani -continuó Karim como si no la hubiera oído,- luego tal vez vayamos en caravana al desierto durante una semana para la luna de miel. Si quieres una ceremonia cristiana, se hará después, cuando regresemos a París para que renuncies a tu apartamento.

-No…

-Encontré un apartamento cerca de las Tullerías que creo que te gustará. Está amueblado, pero podrás cambiarlo como te plazca una vez que nos instalemos.

La cabeza de Diane giraba. Cerró los ojos y se apoyó en el respaldo del asiento. Las cosas sucedían demasiado rápido. Se sentía como si estuviera en una rueda de la fortuna sin control.

-No espero que pases todo el año en Rashdani -continuó Karim-. Por eso compré el apartamento aquí.

-No puedes decidir mi vida por mí. No puedes llevarme así…

-Claro que puedo -declaró él.

-Nunca me hablaste de matrimonio -le indicó Diane-. Nunca lo mencionaste durante todo el tiempo que estuvimos juntos en el desierto y en Rashdani. Ahora de pronto te apareces y, como un bandido del desierto, vas a secuestrarme y a llevarme a Rashdani, lo acepte o no.

-Diane… -el dolor y la duda lo hicieron fruncir el ceño, hizo una aspiración profunda, se inclinó hacia delante y golpeó el vidrio que los separaba del chofer-. Detén el coche -ordenó.

Cuando se detuvieron, se volvió hacia ella.

-Te amo. Mas de lo que nunca creí poder amar a nadie. Y te necesito, Diane. La necesidad me duele. Si ahora me dejas… -sacudió la cabeza-. Te necesito -repitió.

Diane aspiró dolorosamente. Lo miró a los ojos y le pareció que podía verle hasta el alma. Dejó escapar el aliento que había contenido, se inclinó hacia delante y llamó por la ventana.

-Al aeropuerto -indicó al conductor-. Y dése prisa.

Las turbinas ronroneaban en la noche callada. Era muy tarde, había luna llena y un millón de estrellas en el cielo. Diane suspiró y se

acomodó en los brazos de Karim.

-Te amo -le dijo él al besarla-. Nunca me separaré de ti otra vez -apretó su abrazo-. Dime que no lamentas que te haya secuestrado.

-Eres un bandido del desierto -dijo Diane con irritación fingida-, un beduino sediento de sangre. Eres…

-Sólo por eso -se colocó encima de ella-, mi futura esposa, volveré a hacerte el amor.

-Puras promesas -le dijo ella entre risas, que desaparecieron cuando la besó-. Karim -murmuró-, oh, Karim.

Mientras el avión surcaba la noche, sus cuerpos se unieron en el dulce acto del amor.

Y en el momento en que sus labios se unieron para el glorioso grito final, una estrella se separó de las demás para cruzar brillante el firmamento, dejando una estela de polvo dorado.